Caramuel

Quirología

Sobre el modo de hablar de las manos

Edición de Julián Velarde

CLASICOS DEL PENSAMIENTO • BIBLIOTECA NUEVA

This page intentionally left blank

QUIROLOGÍA
Sobre el modo de hablar de las manos

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO
Colección dirigida por
Jacobo Muñoz

Juan Caramuel de Lobkowitz

QUIROLOGÍA

Sobre el modo de hablar de las manos

Introducción, edición y notas de
Julián Velarde Lombraña

BIBLIOTECA NUEVA

Electronic version
published by

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2008
Almagro, 38 - 28010 Madrid (España)
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9742-651-0
Depósito Legal: M-14.434-2008

Impreso en Rógar, S. A.
Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

This page intentionally left blank

Introducción, por Julián Velarde Lombraña 11

1. El autor 13
2. La Quirología 20
3. La Quironomía 24
4. Los gestos 29
5. Gestos y lenguaje 34

Bibliografía 41

Cronología 47

QUIROLOGÍA

Sobre el modo de hablar de las manos 61

Sección I: Sobre la mano en general; y sobre la musa encargada de su dirección 63
Sección II: Sobre la Quironomía en general, y sobre sus tres especies en particular 75
Sección III: Sobre la gramática de la Quironomía 87
Sección IV: Sobre el léxico de la Quironomía 93
Sección V: Sobre la retórica de la Quironomía 123
Sección VI: Sobre la derecha. Sobre qué se considera en el mundo parte derecha y qué parte izquierda 135
Sección VII: ¿Por qué en las bulas pontificias, en las que se estampa el sello de plomo, se pone Pablo a la derecha y Pedro a la izquierda? 137

Sección VIII: Sobre si la Quirología es constante y perpetua, o bien varía con el cambio del tiempo y del lugar 143
Sección IX: Sobre el modo de contar y de hablar por medio de los dedos 145
Sección X: Sobre la lengua de los ángeles 153
Sección XI: Sobre si mediante el movimiento de la mano se elimina la ambigüedad de una oración 159

INTRODUCCIÓN

This page intentionally left blank

1. El autor

Juan Caramuel de Lobkowitz nace el 23 de mayo de 1606 en la calle de la Puebla, junto al barrio de Leganitos, en Madrid. Se educa en el ambiente cortesano —sus padres, oriundos de Luxemburgo, habían entrado al servicio de los Austrias españoles— y comienza a descollar muy pronto como niño prodigio, con extraordinaria aptitud para las lenguas y para las matemáticas. En éstas tuvo como maestro en su niñez a su padre, Lorenzo Caramuel, ingeniero militar, inventor de un cañón repetidor y astrónomo —observador de las fases de Venus.

A la edad de once años, Caramuel inicia sus estudios de Humanidades y Filosofía en la Universidad de Alcalá. Entre sus condiscípulos está su gran amigo Juan Eusebio Nieremberg. A los diecisiete años decide seguir la carrera eclesiástica e ingresa en la Orden del Cister, haciendo su profesión de fe en el Real Monasterio de la Espina, provincia de Valladolid (cerca de Medina de Rioseco) y diócesis de Palencia.

Pronto emprende Caramuel su vida itinerante: de la Espina pasa al monasterio, también cisterciense, de Monte Rama (Orense), y de allí al monasterio de Santa María del Destierro (Salamanca), donde culmina su formación filosófica y teológica. Comienza su labor docente explicando Teología en los colegios de su orden: en Alcalá durante tres años, en Palazuelos (provincia de Valladolid, diócesis de Palencia) y en Salamanca; visita también Portugal. Una vez que ha conseguido prácticamente todo lo que la universidad española podía ofrecerle, Caramuel viaja a los Países

Bajos. Sabemos que en 1632 asiste en Lovaina a las clases del matemático jesuita Ignacio Derkennis y que en 1635 participa, como ingeniero y jefe de obras, en la defensa de Lovaina contra el ataque de franceses y holandeses, demostrando por primera vez (luego lo hará en la defensa de Frankenthal, en 1644, y en la defensa de Praga, en 1648) los conocimientos que de artillería había recibido de su padre.

Su estrecha amistad con el cardenal-infante don Fernando —por entonces gobernador general en los Países Bajos— y el nombramiento de predicador real le abren las puertas de acceso a los poderes políticos y al trato con grandes protectores de sabios. Uno de esos protectores era el príncipe don Manuel de Portugal, de quien Caramuel obtiene una valiosísima documentación para sus obras sobre los derechos de España al reino de Portugal: el *Philippus Prudens*... (1639) y la *Respuesta al manifiesto del reyno de Portugal* (1642). En la tertulia habida en casa del príncipe don Manuel, entabla estrecha amistad y colabora con el famoso médico Juan Bautista van Helmont, cuyas teorías físicas y biológicas, sostenidas siempre por experimentos, tan grande influjo ejercieron sobre Caramuel, llevándole a establecer el lema siguiente: cualquier cuestión de filosofía natural debe ser rechazada o admitida, no por su novedad o por su tradición, sino por la experiencia, que constituye el argumento decisivo en estas materias. Al tribunal de la experiencia deben someter sus argumentos sobre cuestiones de filosofía natural las diversas escuelas, entre las que se halla la peripatética, contra la que Caramuel dirige con frecuencia sus críticas ya en su primera obra de filosofía, *Rationalis et Realis Philosophia* (1642).

Tras algunas peripecias debidas a las zancadillas puestas por los jansenistas (contra quienes él había sido el primero en levantar la voz públicamente), Ca-

ramuel se doctora, en 1638, en la Universidad de Lovaina. Con este título puede competir, en igualdad de condiciones, con cualquiera de los doctos europeos. En el terreno científico frecuenta el trato con los mejores matemáticos que trabajan en los Países Bajos: Van Langren, Van der Put, Van Helmont, Wendelin. Con todos ellos intercambia Caramuel sus instrumentos, sus experimentos y sus observaciones astronómicas. Con Bernardo Bottijn y Leandro van der Bandt establece observatorios en varias torres de Brujas y Dunkerque, con el propósito de encontrar un método seguro para la medición de la Tierra. A Van Langren le presta sus telescopios y éste confía a Caramuel el secreto de su descubrimiento de las frecuencias en las oscilaciones del péndulo, cuyo estudio proporcionaría pronto resultados definitivos en el campo de la mecánica, aprovechados por Caramuel para la construcción de modelos mecánicos aplicables a la resolución de problemas astronómicos. A través de Luis de Bolea, marqués de Torres, destinado en Amberes y aficionado a las matemáticas, entra en contacto con el gran matemático flamenco Godofredo Wendelin, cuyas opiniones eran muy respetadas por sus colegas europeos; los resultados de sus experimentos y de sus observaciones los compartió y discutió con Van Langren, con Caramuel y con Gassendi. Y de este modo, a través de Wendelin, entra Caramuel en comercio epistolar con los especialistas europeos: Gassendi, Rheita, Marci, Mersenne, Descartes, Kircher y otros, dándose a conocer entre los doctos europeos con su *Mathesis Audax* (1642), obra que sirve, además, para darle apodo, ya que a partir de entonces es conocido como «el Matemático Audaz»; apodo utilizado por algunos, entre ellos por Mersenne, en tono un tanto despectivo.

Entre 1642 y 1644 despliega Caramuel una intensa y febril actividad científica: a raíz de sus experimentos

con el péndulo, en disensión y discrepancia con Wendelin y Mersenne, sienta la isocronía de las oscilaciones, de la que se aprovecha para la construcción de relojes perfectísimos *(Solis et artis adulteria...,* 1644). Aplica asimismo sus experimentos sobre el péndulo a sus observaciones astronómicas y a la teoría de la gravedad. Interviene también a propósito de un sensacional descubrimiento hecho público en los primeros días del año 1643. En *Novem Stellae circa Iovem...* (1643) Caramuel defiende a Rheita —quien dice haber descubierto, mediante un nuevo telescopio por él inventado, cinco nuevos satélites de Júpiter (además de los cuatro mediceos descubiertos por Galileo)— frente a Gassendi, quien opinaba que se trataba, no de nuevos satélites, sino de estrellas fijas. Caramuel pone en conocimiento, tanto de Rheita como de Gassendi, sus observaciones y descripciones sobre Marte, Saturno, Júpiter y, en especial, las concernientes a la Luna, sobre la que, dice, tiene preparado un libro, titulado *Selenographia*.

De todas estas controversias obtuvo Caramuel merecida fama entre los astrónomos, y ella le posibilitó el contacto con otros sabios europeos, como Marci y Kircher. Los tres, precisamente, poseen las cualidades características del sabio prototípico del siglo XVII: éste, convencido de que todas las parcelas del saber están comunicadas entre sí, indaga en cada una de ellas, porque el ahondamiento en una constituye la vía de acceso a otras, y todas ellas resultan imprescindibles para la configuración del saber único, porque único es el mundo. En el siglo XVII no ha lugar para la especialización: Galileo, Mersenne, Gassendi, Marci, Caramuel, Kircher, Leibniz, etc., difícilmente pueden quedar encasillados como filósofos, físicos o matemáticos de forma exclusiva. Todos ellos están convencidos de que en el gran y único sistema del saber hay que enca-

jar no sólo los descubrimientos de los doctos europeos, sino también los conocimientos que de los pueblos exóticos llegan a Europa. De ahí la importancia que cobran los intercambios epistolares entre los sabios, comunicándose los descubrimientos y desarrollos científicos. Y también la importancia de las cartas y libros de misioneros, especialmente de jesuitas, que dan a conocer las culturas extraeuropeas.

En este ambiente hay que situar la febril actividad epistolar que despliega Caramuel a partir de 1644, fecha en la que se da a conocer entre los doctos europeos con sus obras sobre matemáticas y astronomía; se escribe con todos los grandes sabios europeos contemporáneos: Mersenne, Gassendi, Descartes, Wendelin, Rheita, Kircher, Marci, Chigi (después Alejandro VII), Tomás Compton, Bona-Spes, Diana, Passerino, Mendo, Gaspar Jongelincs, el conde Martiniz, Juan Hodierna, Hevelio, Tomás Cornelio, Luis de Bolea, Juan d'Espiers y otros. Muchas de estas cartas aparecen intercaladas en sus obras impresas (principalmente en la *Theologia Regularis,* vol. II, 1665, y en la *Mathesis biceps,* 1667-1670), aunque también quedan bastantes sin publicar entre los manuscritos conservados en el Archivo Capitular de Vigevano.

El convencimiento de la unificación del saber con su efecto inmediato del ideal enciclopédico son las notas esenciales de la Edad Moderna que definen también a Caramuel. Es a este viso como hay que enjuiciar la ingente obra de nuestro polígrafo madrileño, que *de omni re scibile scripsit*. En sus cerca de ochenta obras impresas y otras treinta manuscritas, Caramuel tocó todas las disciplinas de su tiempo, y aunque según su mejor enemigo (Humanus Erdman) «tenía ingenio como ocho, elocuencia como cinco y juicio como dos», la variedad de materias y su dispersión por todas ellas le restó profundidad y le impidió la obtención de

resultados decisivos o al menos tan espectaculares como los conseguidos por un Descartes o por un Leibniz. Ello se debió también, quizá, a la disipación a que le empujó su ajetreada vida política y religiosa tras abandonar los Países Bajos en 1644 para «hacer carrera política» cerca del emperador Fernando III.

Diez años estuvo Caramuel por Alemania y Austria interviniendo activamente en la guerra: primero en el Palatinado inferior defendiendo la fortaleza de Frankenthal, bajo dominio español, a las órdenes del Conde de Rebolledo, y luego en Praga tomando el mando de los eclesiásticos ante el asedio de los suecos. Y en política, escribiendo a favor de la paz (propuesta del Emperador), cuando la Iglesia (Chigi, luego Alejandro VII) y el Imperio (Fernando III) se enfrentaron durante las tentativas de paz para poner fin a la Guerra de los Treinta Años. Del Emperador recibió justos honores y prelacías. Pero para triunfar en la carrera eclesiástica resultaba más útil el favor de Roma que el de la corte imperial. Y a Roma acude nuestro cisterciense en 1654. Pero también en Italia sus expectativas quedaron, al fin, muy mermadas: los crecientes ataques de los jansenistas, la complicada diplomacia vaticana y el debilitamiento del apoyo que Alejandro VII le prestó, hicieron que sus aspiraciones al cardenalato quedasen reducidas a la concesión, en 1657, de un obispado (Campagna) en el reino de Nápoles, lo cual era más un destierro que una recompensa.

En su retiro de Campagna y tras superar el período de difícil adaptación a aquellos escarpados montes, emprende nuevos planes para dar rienda suelta a su fogosidad de escritor: a falta de libros para consultar, de colegas con los que discutir, de impresores para sus muchos manuscritos, decide sistematizar los saberes por él ejercitados hasta entonces y hacerse él mismo impresor, implantando en 1664 una imprenta en Sant'An-

gelo, que tres años después traslada a Campagna. Y establece la ordenación, subalternación y división de las artes y las ciencias en cinco *cursus:* I. *Cursus Artium Humanarum.* II. *Cursus Mathematicarum Facultatum.* III. *Cursus Philosophiae.* IV. *Cursus Theologiae.* V. *Cursus Ethicus seu Moralis*. La confección de todos estos *cursus* constituye la tarea que Caramuel se propone llevar a término en Campagna. En 1667 comienza la elaboración del *Cursus Mathematicarum Facultatum,* y tras tres años de intenso trabajo saca a la luz en su imprenta de Campagna, en 1670, una monumental obra, en dos volúmenes, titulada *Mathesis biceps, vetus et nova;* sus 1.800 páginas muestran la vastísima erudición de Caramuel, y constituyen una auténtica enciclopedia de las ciencias matemáticas —la más amplia y completa hasta entonces—. Con su publicación, el nombre de Caramuel brilla de nuevo en la república de los sabios europeos.

En 1673 obtiene gracia de la corte de Madrid y es nombrado obispo de Vigevano, en el ducado de Milán, con lo que mejora su situación económica y eclesiástica. En Vigevano no decreció su actividad de escritor. A poco de su llegada, concibió la idea de poner en práctica y sistematizar en teoría sus conocimientos sobre arquitectura. Comienza por reformar el palacio episcopal. Pero el trabajo arquitectónico de mayor envergadura acometido por Caramuel es la sistematización de la plaza y la fachada de la catedral. Sus vastos conocimientos en arquitectura y el respeto por lo clásico, eliminando las anomalías de la plaza, consiguen que la plaza ducal de Vigevano se convierta en la que, según muchos, es la plaza más bella de Italia, auténtica ágora de Vigevano, antecámara de la catedral. Entre 1678 y 1681 Caramuel codifica y sistematiza sus teorías sobre arquitectura, que aparecen cumplidamente expuestas en el voluminoso tratado *Architectura civil*

recta, y obliqua, publicado en Vigevano, en tres tomos entre 1678 y 1679.

En su apacible y económicamente holgado obispado de Vigevano puede dedicar Caramuel sus últimos años al estudio intenso y a la impresión de sus manuscritos, hasta acabar sus días, el 7 de septiembre de 1682.

2. La Quirología

La *Quirología* constituye el *articulus XXI* del Tomo I de la obra titulada: *Trismegistus theologicus, latine ter-maximus*[1]. Respecto del nombre de esta obra, dice Caramuel[2]:

> Se llaman en terminología escolástica *Máximas*, en griego Μέγισται, aquellas proposiciones que, o bien porque son *per se notae* y ciertísimas, o bien porque se demuestran clarísimamente, deben ser admitidas por todos [...]. Y esta misma significación retiene en otras lenguas; así, D. Eugenio Ruiz de Vega, en la actualidad Sargento mayor de Cremona, héroe de feliz ingenio (y aparece en la Cosmografía de D. Sebastián Uceda, que se titula: *Índice del Mundo conocido*, al principio) escribía en honor del Excmo. Sr. Conde de Melgar:
>
> > Se domen las cervices, ya en prudentes
> > Máximas vuestras, ya en resoluciones
> > Empuñando en la tierra sus bastones,
> > Y en el mar gobernando sus Tridentes.

[1] Ver título completo de esta obra en la bibliografía.

[2] En hojas preliminares, sin numerar: «de huius operis nomine».

> Y con la misma significación es usada esa misma voz en otras lenguas. En el librito que se titula *Nouveau Traité de la Fortification,* que el Sr. De la Fontaine editó en París, el año 1667, el Capítulo I lleva por título, *Contenant leurs Definitions & Maximes*. Y en el cuerpo del capítulo expone de manera curiosa e ingeniosa esas mismas máximas [...].
>
> Las tres proposiciones de las que trato en este libro son, a mi juicio, ciertas; y las apoyo con razones tan firmes que, creo, no tendrán adversarios. Por eso las llamo Μέγιστας, *Máximas*, y dado que son tres, a la obra completa en que se exponen y dilucidan la llamo Τρισμέγιστον, *Trismegistum*.

Sobre el porqué de aducir con frecuencia citas de escritores en lenguas vernáculas, replica[3] Caramuel:

> Toda gente, todo pueblo, tiene varones ingeniosos y doctos, que en discurso breve o extenso escriben elocuentemente, cuyas sentencias son selectísimas gemas, con las que pueden adornarse sublimes discursos y confirmarse egregias sentencias. Y no soy yo el primero o el único a quien deleita esta nueva erudición, pues Lorenzo Gracián aduce testimonios de escritores ilustres tal como los encuentra en sus lenguas; y lo justifica así:
>
> «Tomé los ejemplos de la lengua que los hallé, que si la Latina blasona al relevante Floro, la Italiana al valiente Taso, la Española al culto Góngora, y la Portuguesa al afectuoso Camoes. Previne la explicación a los de extraña lengua, y si frequento los Españoles, es porque la Agudeza reyna en ellos, assi como la Erudición en los Franceses, la Elocuencia en los Italianos, y la Invención en los Griegos.»

---

[3] En hojas preliminares, sin numerar: «quaestio incidens. Cur Opus hoc, praeter Autores Latinos, Graecosque, tanta Hispanorum, Italorum, Gallorum, &c. varietate exornetur».

Contra el prejuicio de quienes consideran que nada aprovechable cabe extraer fuera del parnaso griego y latino, echa mano Caramuel de las palabras del padre Marín de Torrecilla, autor de un «nuevo y erudito libro» titulado *El ente dilucidado,* y al porqué de no escribirlo en latín responde su autor en el proemio:

> Intento tuve de sacarlo a la luz en Idioma Latino: pero esto, que en otro tiempo fuera diligencia precisa, por lo limitado, y menos limado de nuestra lengua; hoy, que purificada en el estilo, y estilada y practicada en el Orbe ha llegado a merecerse el título de Universal y de Elegante, como vemos en las muchas Naciones que la usan, y en los innumerables libros, que con invidia de la Griega, y Latina, la acreditan, y enriquecen, fuera afectación, más que necesidad, el sacarle en Lengua agena, &c.

En el mismo sentido se expresa don García Coronel, quien ha dilucidado con comentarios eruditísimos las obras de don Luis de Góngora, poeta incomparable. Al exponer la estrofa XVIII de *Polifemo* (pág. 346 a.) escribe:

> Podrá ser que algunos juzguen falta de erudición alegar Autores tan modernos, como alguna vez advertirán en este Comentario, pero yo sufriré gustoso esta calumnia, por no incurrir en la culpa de los que se desdeñan de la Lección Española, pareciéndoles mayor autoridad la afectación estrangera, que el cuydado y estudios de nuestros Naturales Escritores [...]. Están, pues, obnubilados quienes desprecian a los autores hispanos, «porque la Lengua Castellana presume vitorias de la Latina», como dice Quevedo en la *Aprobación* del libro que Lope de Vega editó bajo el nombre de *Licenciado Burgillos*.

El Tomo I del *Trismegistus theologicus* se titula *Πολύμνεια,* en latín *Multa canens seu dicens.* Trata:

> de las restricciones sensibles; y en él se muestra que, comenzando por el último pelo de la cabeza y bajando hasta los pies, a través de los movimientos de la cabeza, las manos, los pies, etc., los hombres pueden y suelen expresarse *(eloqui)*[4] y precisar mucho más lo que presenta un discurso.

Los sucesivos capítulos (o «artículos») de la *Πολύμνεια* tratan: De Gestu universim. Σωματολογία (De Corporis colloquutione). Κομολογία (De Capillorum colloquutione). Κεφαλολογία (De Capitis colloquutione). Οπολογία (De Vultus colloquutione). Οφθαλμολογία (De simplici Oculorum colloquutione). Χρωματολογία (De colloquutione per Colores). Λαγρυολογία (De colloquutione Lachrymarum). Ρινολογία (De Nasi eloquutione). Στοματολογία (De Oris colloquutione). Γελωτολογία (De Risus colloquutione). Βεκολογία (De Tussis colloquutione). Φιλεματολογία (De Osculorum colloquutione). Ωμολογία (De Humerorum colloquutione). Νωτολογία (De Dorsi colloquutione). Βραχιονολογία (De Brachiorum colloquutione). Πηχυαιολογία (De Cubitorum colloquutione). Χειρολογία (De Manuum colloquutione). Χειρομαντία (De ea, quae fit per manuum lineas, Divinatione). Χειροθεσία (De manuum Impositione). Δωρολογία (De Donorum & Munerum colloquutione). Γονυολογία (De Genuum colloquutione). Ποδολογία (De Pedum colloquutione).

La *Quirología,* cuya traducción aquí presentamos, muestra la fertilidad del ingenio de Caramuel, su vas-

---

[4] Caramuel emplea dos derivados de *loquor* («hablar»): *eloquor* (que traducimos por «expresarse») y *colloquor* (que traducimos por «hablar con»).

tísima erudición y su propensión (más acentuada en la edad senil) a innumerables divagaciones.

3. La Quironomía

La Quironomía es el arte que prescribe las leyes de los movimientos de las manos. Caramuel la divide en tres especies, concernientes respectivamente al tripudio (la danza), al conmorio (o convivio) y a la declamación (oratoria). «La primera nace con el hombre, y está tan extendida, que no hay nación en el mundo que no cultive la danza.» La más excelente, empero, es la tercera, concerniente a la gesticulación retórica.

La mano y su repertorio de movimientos son el factor esencial de la humanización, como así lo vienen reconociendo los autores clásicos: antiguos y modernos. Anaxágoras (a quien siguen en esto Plutarco y Galeno) sostenía[5] que la superioridad del hombre sobre los seres vivos es debida a su mano. Aristóteles llama[6] a la mano el órgano (instrumento) de los demás órganos; ella es la que mueve las demás potencias (facultades) del alma. Cicerón dice[7] que la Naturaleza ha dado al hombre las manos, ejecutoras de muchas artes. Con las manos, dice Quintiliano[8]:

> pedimos, prometemos, llamamos, perdonamos, amenazamos, suplicamos, detestamos, tememos,

---

[5] Aristóteles, *De partibus animalibus,* IV, 10, 687a, 7: «Anaxágoras afirma, pues, que el hombre es el más sabio de los seres vivos debido a que tiene manos.»

[6] Aristóteles, *De anima,* III, 8, 432a, 1: «ἡ χείρ ὀργανόν ἐστιν ὀργάνων».

[7] Cicerón, *De natura deorum,* II, 150: «*Quam vero aptas quamque multarum artium ministras manus natura homini dedit.*»

[8] Quintiliano, *Institutio oratoria,* XI, 3, 4.

> preguntamos, negamos y mostramos gozo, tristeza, duda, certeza, arrepentimiento, moderación, abundancia, número y tiempo. Ellas incitan, suplican, aprueban, se admiran, adoran [...].

¿Qué no hacemos con las manos? Se pregunta Montaigne; y responde[9]:

> Con las manos requerimos, prometemos, llamamos, despedimos, amenazamos, rogamos, suplicamos, negamos, rehusamos, interrogamos, admiramos, contamos, confesamos, nos arrepentimos, tememos, nos avergonzamos, dudamos, instruimos, mandamos, incitamos, estimulamos, juramos, testimoniamos, acusamos, condenamos, absolvemos, injuriamos, despreciamos, desafiamos, desdeñamos, adulamos, aplaudimos, bendecimos, humillamos, nos mofamos, nos reconciliamos, recomendamos, exaltamos, festejamos, nos regocijamos, nos quejamos, nos entristecemos, exclamamos, reprendemos, ¿y qué otra cosa no ejecutamos, con variación y multiplicación que emula la lengua?

De las múltiples investigaciones actuales bajo las directrices de la teoría evolucionista resulta cada vez más evidente que, desde los comienzos de los homínidos, la mano y su repertorio de movimientos constituyen una parte integral de lo que iba sucediendo en la evolución conductual y cognitiva. La mano es recapitulación de lo específicamente humano: expresa, a la vez que soporta, la mente humana; su configuración estructural en conexión directa con el cerebro constituye para los humanos el centro de la organización «inteligente» de los movimientos y el fundamento de la evolución de la cognición humana. El control de la

---

[9] M. de Montaigne, «Apología de Raimundo Sabunde», en *Ensayos,* II, 12.

mano puede ser considerado como el paso de un Rubicón biológico (Donald, 1991, pág. 147). Y su uso especializado para la comunicación constituye un primer paso en la evolución del lenguaje:

> Las manos homínidas formaban herramientas para golpear, horadar y cortar; encendían y controlaban el fuego, hacían vestidos y habitáculos; domesticaban animales y cultivaban plantas. Pero con sus manos y desarrollado cerebro y su gran aumentada circuitería neuronal ojo-cerebro-mano, los homínidos bien pudieron haber inventado el lenguaje —no precisamente alargando la facultad de nombrar que poseen algunos animales, sino fundando un verdadero lenguaje, con sintaxis junto con vocabulario, en la actividad gestual[10].

A través de la mano humana se ejercita la *técnica*, generadora de las múltiples y diferentes destrezas que, entre sí coordinadas, configuran orgánicamente la «mente». La técnica, en su sentido aristotélico[11] (las habilidades incorporadas al sujeto operatorio), es a la vez una forma de conocimiento (conocimiento práctico) y una forma de práctica (práctica inteligente) del artesano. Es a través de la técnica como los objetos devienen herramientas. La herramienta hace referencia, no a las propiedades intrínsecas del objeto en sí, sino a lo que ella aporta al usuario. La herramienta está ligada al cuerpo humano, principalmente a su mano, y depende directamente de la destreza del usuario, al contrario de lo que sucede con la máquina, cuyos movi-

---

[10] D. F. Armstrong & W. C. Stokoe & S. E. Wilcox, *Gesture and the Nature of Language,* Cambridge, Mass., Cambridge University Press, 1995, pág. 197.

[11] La τέχνη es, según Aristóteles *(Metafísica,* A 1, 980b), el hacer diestro (habilidoso) del artesano en tanto que sujeto con experiencia.

mientos están predeterminados y son independientes de la destreza del usuario.

En el proceso de humanización, la mano del hombre habilidoso fue algo más que una exploradora y descubridora de cosas en un mundo objetivo; fue también separadora, juntadora, enumeradora, diseccionadora, ensambladora, etc. En su señero tratado sobre la mano afirmaba Bell que «en la mano humana podemos apreciar la consumación de la perfección instrumental»[12]. Y el mensaje colectivo, tanto de predarwinistas como de postdarwinistas, es que «la mano tiene una función y un estatuto muy especiales en cuanto a la organización del movimiento y la evolución del conocimiento»[13]. Y también es la mano el factor decisivo en la instauración del lenguaje humano. De los datos paleontológicos actualmente disponibles, y bajo los parámetros del evolucionismo, el panorama más verosímil, según Hewes (1996), es que el *feedback* entre el empleo de herramientas y gestos, durante un período de entre medio millón y un millón o algo más de años, pudo haber conducido a un alargamiento de los hemisferios cerebrales, tal como puede apreciarse en el cráneo KNM-ER 1470 *(Homo habilis,* Kenia, de alrededor de 1,9 millones de años). Es muy posible que estos homínidos con volumen cerebral de 700 centímetros cúbicos hayan sido capaces de sostener un protolenguaje de signos, esto es, un sistema que va más allá de la producción de señales y gestos aislados. La liberación de las manos (la posición bípeda) permi-

---

[12] Ch. Bell, *The Hand, its Mechanism and Vital Endowments, as Evincing Design: The Bridgewater Treatises on the Power, Wisdom and Goodness of God as Manifested in the Creation,* Nueva York, Harper & Brothers, 1840, Tomo IV.

[13] F. R. Wilson, *La mano. De cómo su uso configura el cerebro, el lenguaje y la cultura humana,* Barcelona, Tusquets, 2002, pág. 292.

te desarrollar en paralelo la manipulación (fabricación y uso) de herramientas y el lenguaje basado en la actividad gestual. Y estos dos rasgos interdependientes y mutuamente reforzadores, heredables por los homínidos, habrían alterado profundamente sus perspectivas de supervivencia, forjando un nuevo dominio de operaciones del cerebro de los homínidos y de manera concomitante nuevas potencialidades mentales. Es muy posible que el lenguaje gestual se emplease para la comunicación, y Donald lo considera una posible forma de comunicación mimética, y quizá hasta «el precursor de las invenciones semióticas más avanzadas subyacentes al lenguaje»[14].

Caramuel se apoya en los autores clásicos para sostener la importancia de la mano y sus movimientos como factor esencial de la humanización. Todas las artes de Atenea, como canta Homero, penden de los movimientos de las manos; razón por la cual se representa el arte con una mano: porque sus obras ejercitan las artes todas; no sólo las «factivas» —las que hacen algún artefacto que permanece, concluida la operación, como la herrería, la carpintería, la escultura, la pintura, la arquitectura y otras similares—, sino también las «operativas» —las que consisten en el movimiento artificioso de los miembros corporales, cuyo objeto es una acción material inmanente al cuerpo, que nada produce fuera del cuerpo, como la danza, la mímica, la retórica, la dialéctica—. Son éstas las que prescriben mover los pies, las manos, la cabeza, los ojos y demás partes del cuerpo según leyes.

La Quironomía tiene sus cánones, «que enseña la naturaleza y no sabemos representar con la lengua o

---

[14] M. Donald, *Origins of the Modern Mind: Three Stages in the Evolution of Culture and Cognition,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1991, pág. 220.

con la pluma». Y prueba de la importancia de la mano y sus movimientos en el proceso de humanización es que «no hay nación en el mundo sin quirónomos». En la Sección IV expone Caramuel «un breve tesauro, en el que, si no todos, al menos los principales movimientos de las manos quedan descritos, y se dilucida la noción de cada uno de ellos». La información que Caramuel recoge de fuentes antiguas y de diversas tradiciones resulta muy valiosa para el estudio del gesto desde el punto de vista cultural.

4. Los gestos

Los movimientos de las manos pueden conformar *gestos* o *actitudes*. El gesto es un movimiento del cuerpo o de un miembro del cuerpo que expresa un pensamiento o una emoción. Se puede establecer una distinción de sentido entre *gesto* y *actitud,* ya que la actitud no es un movimiento, sino el resultado de un movimiento; pero en el uso corriente estos términos son a menudo sinónimos, quedando el gesto como fijado por la actitud; así se habla del gesto o de la actitud de plegaria (las manos abiertas, juntas y hacia arriba).

El gesto es, generalmente, una acción voluntaria de un sujeto, por lo que se distingue de los actos reflejos y de otros aspectos de la conducta (forma de proteger los ojos con las manos, forma de caminar, etc.). Pero no cabe trazar límites precisos entre los movimientos que son gestos y los que no lo son.

Desde mediados del siglo xx, el estudio de los gestos ha cobrado gran interés para varias disciplinas: Antropología, Filosofía, Lingüística, Psicología, etc.[15]. Como punto común de partida en el estudio y categorización de los gestos suele tomarse el libro de

D. Efron ([1941], 1972). Los teóricos modernos distinguen cuatro tipos de gestos manuales:

(1) *Simbólicos*. Efron los llama también *emblemas;* y otros autores, *semióticos*. Son configuraciones y movimientos de las manos, frecuentemente en ausencia de habla; a menudo usados para comunicarse cuando la distancia o el ruido hacen imposible la comunicación verbal. Pero también aparecen como acompañantes del habla, expresando conceptos que también son expresables verbalmente. Por ejemplo: el gesto conformado por el alzamiento del brazo y el movimiento de los dedos de la mano juntos hacia el cuerpo de quien quiere, en un bar, llamar a un camarero.

(2) *Deícticos*. Vienen configurados mediante movimientos indicativos, formados típicamente con el dedo índice extendido y los demás dedos cerrados. Funcionan de modo similar a los pronombres demostrativos. Frecuentemente acompañan al habla; pero a veces la sustituyen. Al contrario de los gestos simbólicos, que generalmente poseen significados fijos, el «significado» de un gesto deíctico es el acto de indicar lo apuntado.

(3) *Cadenciosos*. Consisten en ciertos movimientos simples, repetitivos y rítmicos; suelen estar coordinados con la prosodia del habla, sin que por ello tengan relación con el contenido del habla a la que acompañan, y aunque la sincronía gesto-habla esté lejos de ser perfecta. El gesto de batir el aire con la mano al pronunciar cierta palabra indica que esa palabra es signi-

---

[15] De la abundante bibliografía sobre los gestos puede consultarse la seleccionada en el trabajo de A. Kendon, «Gesture», en *Annual Review of Anthropology,* 26, 1997, págs. 109-128; y la que aparece en el colectivo: D. McNeill (ed.), *Language and gesture*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

ficativa, no por su contenido, sino por la función que desempeña en la estructura del discurso.

(4) *Léxicos*. Forman una categoría menos precisa que las anteriores. Son llamados también gestos *representativos, ideativos, ilustrativos* o *gesticulaciones*. Al igual que los cadenciosos, ellos varían considerablemente en extensión, pero no son repetitivos y suelen tener también relación significativa con el contenido del habla a la que acompañan. A esta categoría de gestos pertenece la gesticulación retórica. Hadar (1989) ha definido los gestos ideativos como movimientos de mano-brazo que constan de dos componentes vectoriales independientes. Y se los intenta definir como una categoría residual: gestos de co-habla, que no están en alguna de las tres categorías anteriores.

Ésta y otras tipologías de los gestos establecen distinciones de dudosa utilidad y fiabilidad. Pero si bien los límites entre categorías son difusos, también es cierto que el empleo correcto de uno u otro tipo de gestos tiene una importancia fundamental. La Quironomía prescribe leyes sobre el tipo de gestos y su uso en cada arte: no cabe gesticular en la tribuna como en el teatro. Así, Cicerón y Quintiliano insisten en que la gesticulación del buen orador es diferente de la del actor.

La consideración del gesto en el ámbito de la Retórica se remonta a la Época Clásica (griega: Demóstenes; romana: Cicerón y Quintiliano)[16] y perdura en la tradición medieval y renacentista sobre el arte de la Retórica. En esta tradición[17], el arte de la Retórica

---

[16] Quintiliano, *Institutio oratoria,* XI, 3: «Pero de las manos, sin las cuales la *actio* sería defectuosa y débil, apenas puede decirse cuántos movimientos tienen, pues casi igualan al número de palabras. Porque las demás partes del cuerpo acompañan al habla; pero éstas, casi estoy por decir que hablan por sí mismas [...].

comprende cinco partes: *invención, disposición, elocución, memoria* y *pronunciación*. El término *pronunciación* es usado como sinónimo de «acción», en correspondencia con los términos latinos *pronuntiatio* y *actio*, y siguiendo las fuentes clásicas, la pronunciación se compone, a su vez, de dos partes: *voz* y *gesto*[18]. Esta división es mantenida por la mayoría de los tratadistas medievales y renacentistas. Así, por ejemplo, Geoffrey of Vinsauf *(fl.* 1200), en su *Documentum de modo et arte dictandi et versificandi* (escrito hacia 1213), dice:

> Est pronuntiatio quasi totius orationis condimentum, ut sine qua totum est insipidum et inconditum. Pronuntiatio sic describitur a Tullio in *Rhetoricis:* «Pronuntiatio est vocis, vultus, gestus moderatio cum venustate». Haec autem tria secum debet habere pronuntiator: vocem venustam et moderatam, vul-

---

De tal manera que, siendo tan grande la variedad de lenguas que hay entre todas las gentes y naciones, me parece que éste es un lenguaje común a todos los hombres.»

[17] Cfr., por ejemplo, Sir Thomas Wilson, *The Art of Rethorique* [1560] (Edición de G. H. Maireu en Clarendon Press, Oxford, 1909), libro 1, *§ Five things to be considered in a Oratour*: «Any one that will largely handle any matter, must fasten his mynde firts of all, uppon the five especiall pointes that followe, and learne them every one. (i) *invention* of matter; (ii) *Disposition* of the same; (iii) *Elocution*; (iv) *Memorie*; (v) *Utterance.*» Y la *Utterance* (o *Pronunciation)* «is a framing of the voice, countenance, and gesture after a comely manner».

[18] Cicerón supone esta distinción en muchos lugares; cfr., por ejemplo, *Orator,* 55: «*actio quasi corporis eloquentia*». Y en *De oratore,* 1, 128*: «in oratore [...] acumen dialecticorum, sententiae philosophorum, verba prope poetarum, memoria iuris consultorum, vox tragoedorum, gestus paene summorum actorum est requirendus*». Y de manera explícita, Quintiliano *(Institutio oratoria,* XI, 2.1) dice: «*Cum sit autem omnis actio, ut dixi, in duas divisa partes, vocem gestumque, quarum altera oculos, altera aures movet, per quos duos sensus omnis ad animum penetrat affectus.*»

> tum venustum et moderatum, gestum venustum et moderatum, ne gestus noster sit gestus histrionis vel operarii, similiter et vox et vultus.

El ramista Abraham Fraunce, en su *Arcadian Rhetoric* (1588), I, 7 v, dice:

> Utterance or pronunciation is a fit delivering of the speach alreadie beautified. It hath two parts, Voyce, and Gesture. The one pertaining to the eare, the other belonging to the eye.

La mayoría de las autoridades del Renacimiento concuerdan con Quintiliano en enfatizar la importancia del gesto en el arte de la Retórica. Así, J. Luis Vives, en *De disciplinis* I. *De causis corruptarum artium* (1531), libro IV, cap. III, ataca a los oradores contemporáneos, porque

> la disposición es deslavada y derramada; no dicen cosa en su lugar propio; su pronunciación es exagerada; nada atañe al asunto o a la ocasión, ni en la voz ni en los ojos ni en el semblante, ni en las manos ni en los dedos, ni en el gesto ni en la postura de todo el cuerpo.

El gesto retórico, empero, es de naturaleza y características distintas de las del gesto mímico. La distinción entre estos dos tipos de gestos y evitar la apariencia de un actor mímico es fundamental en la Retórica romana. Cicerón hace la distinción[19] entre: «gesto teatral, que expresa las simples palabras» (y cuyo uso desaprueba en el buen orador); y «el gesto retórico, que

---

[19] Cicerón, *De oratore* 3, 220: «*Non hic (sc. gestus) verba exprimens scaenicus, sed universam rem et sententiam non demonstratione, sed significatione declarans.*»

explica el asunto todo y la sentencia, no por demostración, sino por significación». También Quintiliano reprueba los gestos pictóricos (mímicos) en la Oratoria: «Los gestos que indican cosas por medio de la mímica [...] deberían estar rigurosamente prohibidos en la Oratoria»[20]. Y da dos razones: el orador nunca debe parecer ser un actor mímico *(saltator);* y el gesto debe acompasarse a los pensamientos más bien que a las palabras del habla. Asimismo, Cicerón prohíbe explícitamente el tipo de gestos que en la clasificación anterior denominábamos «cadenciosos»: gestos que cortan el tiempo al ritmo del habla. Entre las virtudes del buen orador está «un dedo que no bate rítmicamente» *(non ad numerum articulos cadens)*[21].

5. Gestos y lenguaje

Uno de los criterios de clasificación de los gestos es su relación con el lenguaje hablado. Y esa relación se plantea en varios planos; principalmente en dos: el de la génesis y el de la estructura. En el primero, las cuestiones son del siguiente tenor: ¿Es el lenguaje de gestos precursor y fundamento del lenguaje vocal? ¿Es ese lenguaje gestual *natural* o *convencional?* En el segundo plano, supuesto ya en funcionamiento el lenguaje hablado, ¿poseen ambos lenguajes (aunque sea en grado diferente) la misma estructura gramatical? ¿Es cada uno de ellos autónomo y sin dependencia alguna del otro?

Caramuel trata en esta obra de las cuestiones atinentes al segundo plano, principalmente al funcionamiento de los gestos manuales que acompañan al habla y de la que constituyen, en ciertas circunstancias,

---

[20] Quintiliano, *Institutio oratoria,* XI, 88.
[21] Cicerón, *Orator,* 59.

un complemento indispensable. Pero también describe los gestos sustitutos del habla: los que en la clasificación anterior se denominan *simbólicos*.

En el art. I del *Trismegistus* («De gestu universim», pág. 55) cita Caramuel a Nicolás Caussin (*De Eloquutione Sacra et Profana,* 164) y se apoya en Marcial y Plutarco, para mostrar que «el idioma de los gestos y de los dedos es muy expresivo y muy antiguo». Es éste un idioma de gran energía, «pues los gestos exteriores son índices fieles y veraces de los síntomas de los que la mente se ve afectada». Con los movimientos de las manos podemos conformar multitud de gestos, representativos y expresivos de cualesquiera ideas o sentimientos. «La mano —dice Caramuel— es otra lengua que bastaría, y en realidad basta, para que los hombres hablen entre sí.» La musa que dirige los movimientos de las manos es *Polymnia (multicanens),* quien con su tácita elocuencia canta multitud de himnos.

Con respecto al habla, los gestos de la mano son de dos tipos: (A) gestos sustitutos del habla; y (B) gestos de co-habla. Entre los gestos que sustituyen al habla distingue Caramuel: (1) gestos en buena medida «naturales», en tanto que son icónicos, al menos en su origen; y (2) gestos totalmente convencionales, que permiten instaurar un lenguaje sobre base visual (el lenguaje de sordomudos), con la misma estructura gramatical que el lenguaje vocal, sobre base auditiva.

El argumento en pro del naturalismo de los gestos de tipo (1) se basa en que ellos son culturalmente universales y próximos en el continuo evolutivo a los gestos de los animales. En el rastreo cultural, muchos se remontan hasta el *Cratilo* (422, E) de Platón, quien por boca de Sócrates dice:

> Si careciéramos de la facultad del habla y del órgano de la lengua, y quisiéramos comunicarnos con

> los demás, ¿no intentaríamos como los mudos hacer señales con las manos, con la cabeza y con el resto del cuerpo?

En el tratamiento de este tipo de gestos, Caramuel acude también a la tradición griega, y se remonta aún más atrás: a la tradición hebrea del Antiguo Testamento. En primer lugar, aduce un término, cuyo significado y elucidación tiene gran importancia para la lingüística: el χειρέμβολον. Este término guarda estrecha relación etimológica y de significado con σύμβολον. La relación etimológica nos lleva, en primer lugar, a traducir χειρέμβολον por *quirémbolo*, por analogía con *símbolo* (σύμβολον).

En cuanto a la relación de significación resulta provechoso acudir a la semiótica de Peirce. Éste busca la significación de *símbolo* en su etimología, para hacerla encajar en su teoría general del signo (semiótica). En esta teoría funcional, la distinción más importante es entre *signo* «natural» (el *icono* y el *indicio* o la *señal)* y *símbolo* «convencional». Los signos cumplen su función semiótica —representan su objeto— por estar en una relación *natural* con él (relación de semejanza, en el caso del icono; relación dinámica o causal, en el caso del indicio o la señal). El símbolo, en cambio, representa el objeto en virtud de una ley o convención, como es el caso de las palabras en el lenguaje hablado. Según esta teoría, lo que diferencia a los símbolos de los otros signos es una relación *convencional* entre el signo y su objeto. Los signos lingüísticos (es decir, los símbolos) son, pues, convencionales. Y Peirce se apoya para su definición (convencional) de *símbolo* en Aristóteles, defensor asimismo del convencionalismo lingüístico:

> Σύμβολον etimológicamente significaría una cosa arrojada junta, igual que έμβολον [...] es una cosa arrojada en algo [...]. Pero los griegos usaron «arrojar junto» (συμβάλλειν) muy frecuentemente

> para significar la realización de un contrato o convención. Ahora de nuevo y frecuentemente encontramos símbolo (σύμβολον) usado para significar una convención o contrato. Aristóteles llama a un nombre símbolo, i. e., un signo convencional[22].

Pero la etimología del término y la apelación a Aristóteles permite poner al descubierto un aspecto importante del simbolismo lingüístico, la conexión simbolismo-técnica: el συμβάλλειν lingüístico es una manera, entre otras, de arrojar, que supone desarrollada una técnica[23]. Para obtener un símbolo, dice Aristóteles[24], hay que arrojar juntos los ruidos, que se estructuran entonces formando sonidos articulados. Y entonces para Aristóteles *convencional,* en este sentido, quiere decir *tecnológico:* la τέχνη (en el sentido aristotélico arriba mencionado) como una actividad que busca transformar la realidad y se caracteriza, frente a la ἐμπειρία, que no conoce más que hechos particulares, porque utiliza reglas generales; se requiere la intervención de la actividad humana y es esencial la idea de producción, que imita o supera la naturaleza[25].

---

[22] Ch. S. Peirce, *Collected Papers,* Ch. Hartshorne y P. Weis (eds.), Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1931-35, vol. 2, § 297.

[23] W. Calvin (1990) ha desarrollado una teoría explicativa de la expansión del cerebro humano y de su lateralización (hemisferio izquierdo) como base de las funciones (habilidades) del lenguaje y de las habilidades manuales, en la que el factor (técnico) de desarrollo es el *arrojar* (en la caza). El acto de arrojar una piedra a cierta distancia implica una secuencia de juicios y acciones con una estructura (sintaxis): ojo-brazo-mano-piedra; y un lenguaje visual. El arrojar constituye, según Calvin, un factor fundamental en la evolución hacia el lenguaje y la plena consciencia.

[24] *De interpretatione,* 16a, 30.

Por esta vía de interpretación, el «convencionalismo» del signo lingüístico nada tiene que ver con la «arbitrariedad del signo lingüístico» (Saussure). *Natural* no se opone a *convencional*, sino a *artificial* (tecnológico). Y la negación del naturalismo es consecuencia de ligar el lenguaje a la técnica, al desarrollo instrumental. El desarrollo de un protolenguaje de gestos, principalmente manuales, permite poner en relación de mutuo reforzamiento el lenguaje y el manejo de herramientas.

> Nuestro lenguaje gestual, expresiones faciales y lenguaje vocal presuponen un tipo de evolución «instrumental» de la mano y la faz humanas [...]. El desarrollo del uso y fabricación de herramientas implica aprendizaje, imitación social o incluso enseñanza. G. Tembrok (1997), siguiendo a Napier (1962) distingue seis niveles [...]. El último, la fabricación cultural de herramientas, sólo se puede observar en los primates y en el hombre (Wildgen 2004: 48).

Y a esta interpretación contribuye la elucidación que hace Caramuel del término *quirémbolo,* en conexión significativa con el término *símbolo:* para construir un *símbolo* hay que arrojar juntos con técnica (es decir, según reglas) los sonidos vocales. De manera análoga, para construir un *quirémbolo* hay que arrojar juntos con técnica (es decir, según reglas prescritas por la Quironomía) los movimientos de la mano. El *quirémbolo* es, pues, un signo lingüístico, no acústico sino visible, con propiedades sintácticas y semánticas, construido según las reglas de la Quironomía, «solamente con el movimiento de la silenciosa mano».

---

[25] Aristóteles, *Ética a Nicómaco,* 1140a; *Física,* 193a.

Según esto, *símbolos* y *quirémbolos* son componentes de dos lenguajes, auténticos y autosuficientes; sólo que basados en sistemas diferentes: audición y visión, respectivamente. Y dentro del artificio (construcción tecnológica) del lenguaje vocal o de gestos, la convención puede tener fundamentos más o menos «naturales», entendiendo por «natural» la relación física, espacio-temporal, entre el signo (gesto o palabra) y lo que representa o significa. Por eso no resulta correcta la dicotomía que presentan muchos tratadistas entre lenguaje gestual (como lenguaje *natural)* y lenguaje vocal *(convencional)*.

El rastreo que Caramuel hace por textos antiguos muestra la gran cantidad de signos que en diversas culturas y épocas se han usado mediante los movimientos de las manos. Si en ese rastreo por épocas y culturas lejanas encontramos los mismos signos (configurados mediante movimientos manuales) significando lo mismo, ello apoya la tesis de que al menos una buena parte del lenguaje es *natural*, y por tanto queda debilitada la tesis de la *arbitrariedad* del signo lingüístico. Pero de la no arbitrariedad absoluta de los signos lingüísticos no infiere Caramuel el *naturalismo* del lenguaje[26]. Su posición es la siguiente: el lenguaje de las manos —exceptuado el diseñado convencionalmente para los sordomudos (y del que Caramuel ofrece un modelo sencillo, mediante la correspondencia entre posición y movimiento de los dedos y las letras del alfabeto latino)— es una *parte* y un *complemento* del lenguaje humano.

---

[26] Caramuel desarrolla este tema (naturalismo / convencionalismo) en sus obras: *Metalogica* (págs.11-12); *De severa argumentandi methodo* (págs. 52 y 88); *Rationalis et realis philosophia* (pág. 5); *Grammatica audax,* Pamplona, traducción de Pedro Arias en EUNSA, 2000, págs. 13-23.

Por ser una parte, no cabe erigirlo, como pretende Bulwer[27], en lengua natural universal, porque también hay en la mano movimientos significativos *por convención* como muestra Caramuel con un ejemplo bien expresivo.

Pero también los gestos de la mano resultan ser en ocasiones complemento necesario del habla: sirven para determinar, restringir o completar el significado de ciertas expresiones vocales. En este plano, los gestos de la mano cumplen una función de soporte para el habla, lo que Caramuel llama «hablar con» *(colloqui)*. Son éstos los gestos artificiosamente reglados por la Quironomía e indispensables en la *actio* oratoria; pero también en otros ámbitos: un juicio, una demostración, una representación, etc. Esto implica que el lenguaje humano no puede ser caracterizado de manera puramente formal, ya que muchos signos y expresiones sólo son significativos con la concurrencia de los movimientos de las manos.

---

[27] J. Bulwer, *Chirologia: or the Natural language of the Hand. Composed of the Speaking Motions, and Discoursing Gestures thereof. Whereunto is added Chironomia: or, the Art of Manuall Rhetoricke, etc. by J. B. Gent Philochirosophus*, Londres, 1644. Bulwer considera que el lenguaje de gestos difiere de todas las lenguas habladas en que es una lengua *natural* (de las bestias, de Adán y de la humanidad entera). Por tanto, esa lengua podría ser universalmente entendida sin necesidad de ser aprendida o traducida. «This *natural Language of the Hand,* as it had the appinesse to escape the curse at the confusion of Babel: so it hath since been sanctified and made a holy language by expressions of our Saviours *Hands*» (pág. 7).

Bibliografía

Principales escritos de Caramuel

Steganographiae, nec non Claviculae Salomonis Germani, Joannis Trithemii, genuina, facilis, dilucidaque declaratio, Colonia, 1635.

Declaración mystica de las Armas de España, invictamente belicosas, Bruselas, 1636.

Philippus Prudens Caroli V. Imperatoris filius, Lusitaniae, Algarbiae, Indiae, Braxiliae legitimus rex demonstratus, Amberes, 1639.

Rationalis et Realis Philosophia, Lovaina, 1642.

Respuesta al manifiesto del Reyno de Portugal, Amberes, 1642.

Mathesis audax rationalem, naturalem, supernaturalem, divinamque sapientiam arithmeticis, geometricis, catoptricis, staticis, dioptricis, astronomicis, musicis, chronicis, et architectonicis fundamentis substraens exponensque, Lovaina, 1642.

Novem Stellae circa Iovem, circa Saturnum sex, circa Martem nonnullae, a P. Antonio Reita detectae et Satellitibus adiudicatae, de primis (et si mavelis de universis) D. Petri Gassendi Iudicium. D. Ioannis Caramuel Lobkowitz eiusdem Iudicii censura, Lovaina, 1643.

Perpendiculorum inconstantia ab Alexandro Calignono Nobili Delphinate excogitata et a Petro Gassendo bona fide tradita et pulcro comentario exornata a Ioanne Caramuel Lobkowitz examinata et falsa reperta, Lovaina, 1643.

Theologia Regularis, videlicet, in Sanctorum Benedicti, Basilii, Augustini et Francisci Regulas Commentari historici, scholastici, morales, judiciales, politici, Fráncfort, 1646.

Sacrae Romani Imperii Pax, variis olim consiliis agitata, nunc demum medullitus discussa, ad binas Hypotheses

reducta; *sub primam condemnata et dissuasa; sub secundam pia, licita, et valida demonstrata, commendata et persuasa,* Fráncfort, 1648.

Theologia Moralis fundamentalis, praeterintentionalis, decalogica, sacramentalis, canonica, regularis, civilis, militaris, Fráncfort, 1652.

Theologia Rationalis... Pars Prior, Praecursor Logicus complectens Grammaticam audacem... Pars altera, Herculis Logici Labores tres, videlicet I. Nil-negans. II. Non-omnis. III. Contingens, Fráncfort, 1654-55.

Metalogica, disputationes de logicae essentiae proprietatibus, et operationibus continens, Fráncfort, 1654.

Apparatus Philosophicus, quatuor libris distinctus. In Primo, de omnium scientiarum... arte traditur. In Secundo, de omnium gentium... agitur. In Tertio, de ciphris mentis arcana edisserentibus dicitur. In Quarto, metaciphricae secreta...explicatur, Fráncfort, 1657.

Apologema pro antiquissima et universalissima doctrina de probabilitate contra novam, singularem, improbabilemque D. Prosperi Fagnani opiniationem, Lyon, 1663.

Primus calamus, ob oculos ponens Metametricam, quae variis currentium, recurrentium, adscendentium, descendentium necnon circumvolantium versuum ductibus, aut aeri incisos, aut buxo insculptos, aut plumbo infusos, multiformes labyrinthos exornat, Roma, 1663.

Primus calamus, tomus secundus, ob oculos exhibens Rhytmicam, quae Hispanicos, Italicos, Gallicos, Germanicos, &c. versus metitur, eosdemque concentu exornans, viam aperit, ut Orientales possint populi (Hebraei, Arabes, Turcici, Persici, Indici, Sinenses, Iaponici, &c.) conformare, aut etiam reformare proprios numeros, Sant'Angelo, 1665.

Pandoxion physico-ethicum, cuius tomi sunt tres, primusque Logicam; secundus Philosophiam, & tertius Theologiam, realiter & moraliter novo modo, & studio dilucidat..., Campagna, 1668.

Mathesis biceps, vetus et nova, in omnibus et singulis Veterum et Recentiorum placita examinantur; interdum corriguntur, semper dilucidantur: et pleraque omnia Mathema-

ta reducuntur speculative et practice ad facillimos, et expeditissimos conones, 2 vols., Campagna, 1670.

Architectura civil recta, y obliqua, considerada y dibuxada en el templo de Ierusalen... Promovida a suma perfeccion en el templo y palacio de S. Lorenzo cerca del Escorial..., Vigevano, 1678.

Trismegistus theologicus, latine ter-maximus, cuius tomi sunt tres, in quibus tres virtuales et morales Maximae, quae subcollant restrictionum doctrinam radicitus edisseruntur, earum est: Prima. Restrictiones Sensibiles, a circumstantiis consignificantibus, quae externae & notae sunt, desumptae, veniunt necessario admittendae. Et toto Tomo I. qui Πολύμνεια, Multiloquens nominatur, discutitur. Secunda. Restrictiones Insensibiles, quae a silentio proveniunt, debent necessario concedi. Et toto Tomo II. qui Σιγαλιών, Harpocrates [Taciturnitas] dicitur, examinatur. Tertia. Restrictiones Mentales, sunt realiter loquendo impossibiles: si essent possibiles, essent prorsus inutiles: essentque adhuc illicitae, etsi aliqualem utilitatem prae se ferrent. Et toto Tomo III. qui inscribitur Ἁπλότης, Sinceritas, certissimis & clarissimis analogismis demonstratur. Accedit Κριτής, Judex, Arbiter, qui agit de Legibus, Contractibus, Testamentis, Judiciis, &c. De Sacramentis Ceremoniis, &c. de Professione Fidei, &c. & discurrens accurate per singula, ostendit quisnam sit & non sit legitimus usus Sensibilium Restrictionum in Praxi. Est Opus Ingeniosum & Varium: &, ut Doctrinam Generalem edisserat, multos Veteris, & Novi Testamenti locos ex Hebraicis, Syriacis, Graecis & Arabicis fontibus accurate dilucidat: & Quaestiones Criticas, Rhetoricas, Dialecticas, Philosophicas, Theologicasque, & praecipue de externa Fidei Confessione, de Habitu Heterodoxae Professionis, de Persarum Petaso, Quizilbascio, de Funiculis Indicis, de Inauribus Ethnicis, de Pythagorea Παλιγγενεσία & Μετεμψύκωσι; quibus scatent Orientales Provinciae: nec non Impositione Manuum, de Sacramentorum formis, & singularum vocum, quae in ipsis ponuntur, necessitate & utilitate dispuntantes decidit, 2 vols., Vigevano, 1679.

Moralis seu Politica Logica, praemittit sintagma, quod Σύνοψις inscribitur... et deinde quoniam haec ingeniosa facultas a sermone et ratione nomen sumit, in duos libros dipescetur, quorum prior, qui λόγον, sumptum pro Sermone *concernit... posterior vero, qui λόγου pro* ratione *usurpati in Tribunalibus & Consistoriis Operationes dirigit...,* 2 vols., Vigevano, 1680.

Pandectes philosophicus. De rerum et nominum analogia, Vigevano, 1680.

Critica philosophica, artium scholasticarum cursum exhibens. In tres partes digesta, Vigevano, 1680.

Leptotatos, latine subtilissimus. Est Opus Ingeniosum et Novum, Sublimium Scientiarum Professoribus maxime necessarium. Demonstrat enim, non solum Ethnicos Priscae Aetatis Philosophos, sed et Cristianos Graecae et Latinae Ecclesiae Patres, ubi debebant proprias Ἰδέας & Conceptus exprimere, haesisse omnino, nec potuisse voto suo satisfacere Terminorum defectu. Et, ut huic Generali Morbo opportunam Medicinam adhibeat, dialectum metaphisicam, brevissimam, facillimam, & significatissimam exhibet, Vigevano, 1681.

Sobre Caramuel y la Quirología

Armstrong, D. F.; Stokoe, W. C. y Wilcox, S. E., *Gesture and the Nature of Language*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press, 1995.

Bell, CH., *The Hand, its Mechanism and Vital Endowments, as Evincing Design: The Bridgewater Treatises on the Power, Wisdom and Goodness of God as Manifested in the Creation,* Nueva York, Harper & Brothers, 1840, Tomo IV.

Bellazi, P., *Juan Caramuel Lobkowitz,* Vigevano, Editrice Opera Diocesana, 1982.

Bulwer, J., *Chirologia: or the Natural language of the Hand. Composed of the Speaking Motions, and Discoursing Gestures thereof. Whereunto is added Chironomia: or the Art of Manuall Rhetoricke, etc. by J. B. Gent Philochirosophus*, Londres, Th. Harper, 1644.

Calvin, W. H., *The Cerebral Symphony,* Nueva York, Bantam Books, 1990.

CEÑAL, R., «Juan Caramuel. Su epistolario con Atanasio Kircher, S. J.», *Revista de Filosofía,* 12, 1953, págs. 101-147.
DONALD, M., *Origins of the Modern Mind,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1991.
EFRON, D., *Gesture, Race, and Culture* [1941], La Haya, Mouton, 1972.
HADAR, U., «Two types of gesture and their role in speech production», *Journal of Language and Social Psychology,* 8, 1989, págs. 221-228.
HEWES, G., «A history of the study of language origins and the gestural primacy hypothesis», en A. Lock y C. Peters (eds.), 1996, págs. 571-95.
KENDON, A., «The study of gesture», *Semiotic Inquiry,* 2/1, 1982, págs. 45-62.
— «Gesture», en *Annual Anthropology*, 26, 1997, págs. 109-128.
KNOWLSON, J. R., «The idea of gesture as a universal language in the XVIIth and XVIIIth centuries», en *Journal of the History of Ideas,* 26, 1965, págs. 495-508.
LOCK, A. y PETERS, C. (eds.), *Handbook of Human Symbolic Evolution,* Oxford, Clarendon Press, 1996.
MCNEILL, D. (ed.), *Language and Gesture,* Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
MUCHEMBLED, R., «Pour une histoire des gestes (XV^e^-XVIII^e^ siècle)», *Revue d'histoire moderne et contemporaine,* 34, 1987, págs. 87-101.
NAPIER, J., *Hands* [1980], Princeton, N. J., Princeton University Press, 1993.
PASTINE, D., *Juan Caramuel: Probabilismo ed Enciclopedia*, Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1975.
PISSAVINO, P. (ed.), *Le meraviglie del probabile: Juan Caramuel 1606-1682,* Vigevano, Comune, 1990.
PIVETEAU, J., *La main et l'hominisation,* París, Masson, 1991.
POZZI, G., *La parola dipinta,* Milán, Adelphi, 1981.
REINACH, S., «L'histoire des gestes», *Revue archéologique,* 20, 1924, págs. 64–79.
ROBLEDO, L., «El cuerpo como discurso: retórica, predicación y comunicación no verbal en Caramuel», *Criticón,* 84-85, 2002, págs. 145-164.
VELARDE, J., *Juan Caramuel. Vida y obra*, Oviedo, Pentalfa, 1989.

VELARDE, J., *Juan Caramuel. Filosofía de la matemática (Meditatio prooemialis)*, Barcelona, Alta Fulla, 1989.
WILDGEN, W., *The Evolution of Human Language*, Amsterdam, John Benjamins, 2004.
WILSON, F., *La mano. De cómo su uso configura el cerebro, el lenguaje y la cultura humana*, Barcelona, Tusquets, 2002.

CRONOLOGÍA

This page intentionally left blank

1606
— El 23 de mayo nace en Madrid, en la calle de la Puebla (junto al barrio de Leganitos), de madre bohemia y padre luxemburgués.

1609
— F. Bacon: *Novum Organon*.
— J. Kepler: *Astronomia Nova*.

1609
— Expulsión de los moriscos.

1610
— Luis XIII: rey de Francia.

1614
— J. Napier publica la primera tabla de logaritmos.

1616
— F. Alvia de Castro: *Verdadera razón del Estado*.

1617
— Cursa Humanidades y Filosofía en la Universidad de Alcalá.

1618
— Comienza la Guerra de los Treinta Años.

1621
— Muere el rey de España Felipe III. Le sucede su hijo Felipe IV.

Vida y obra de Juan Caramuel	Acontecimientos filosóficos y científicos	Acontecimientos históricos
		1621 — Es elegido papa el cardenal Alejandro Ludovisi con el nombre de Gregorio XV (1621/1623).
1623 — Ingresa en la Orden del Cister, haciendo su profesión de fe en el Real Monasterio de la Espina (Valladolid).		**1625** — Carlos I: rey de Inglaterra.
	1628 — W. Harvey: *De motu cordis et sanguinis.*	
1629 — Cursa Teología en Salamanca.		
1632 — Viaja a los Países Bajos.	**1632** — Galileo G. : *Dialogo supra i due massimi sistemi del mondo.*	**1632** — Batalla de Lützen. Muere Gustavo Adolfo de Suecia. Le sucede su hija Cristina.
		1633 — Muere Isabel Clara Eugenia. Es nombrado gobernador general en los Países Bajos el cardenal-infante don Fernando.
1635 — Participa como ingeniero militar en la defensa de Lovaina contra el ataque de franceses y holandeses. — *Steganographia.*	**1635** — F. Quevedo: *Epicteto y Phocilides.*	

1637
— R. Descartes: *Le Discours de la Méthode.*

1637
— Muere el emperador Fernando II. Le sucede su hijo Fernando III

1638
— Se doctora en Teología en la Universidad de Lovaina.

1639
— *Philippus Prudens*

1640
— C. Jansenio: *Augustinus*

1640
— Sublevación e independencia de Portugal.
— Sublevación de Cataluña.

1641
— Se opone públicamente a la doctrina de Jansenio.

1641
— R. Descartes: *Meditationes de prima philosophia.*

1641
— Muere el cardenal infante don. Fernando. Le sustituye don Fancisco de Melo.

1642
— *Rationalis et Realis Philosophia.*
— *Respuesta al manifiesto del Reyno de Portugal.*
— *Mathesis audax.*

1642
— Guerra civil en Inglaterra.

1643
— *Novem Stellae circa Iovem.*
— *Perpendiculorum inconstantia.*

1643
— Batalla de Rocroy. Son vencidos los Tercios españoles.

1644
— Es nombrado abad del monasterio cisterciense de Disemberg, diócesis de Maguncia.

1644
— R. Descartes: *Principia Philosophiae.*
— J. Bulwer: *Chirologia.*

1644
— Cristina es proclamada reina de Suecia.

1644
— Pasa a Alemania.
— Participa como ingeniero militar en la defensa de Frankenthal, bajo dominio español, atacada por los franceses.

1645
— *Ut, Re, Mi, Fa, Sol, La, Bi, Nova Musica.*

1647
— Es nombrado abad de Montserrat, que comprende dos abadías benedictinas: la de Emaus en Praga y la de Montserrat en Viena.

1647
— Mueren B. Cavalieri y E. Torricelli.

1648
— *Sacrae Romani Imperii Pax.*
— Participa como ingeniero militar en la defensa de Praga, atacada por los suecos.

1648
— Independencia de Holanda.Tratado de la Haya.
— La Paz de Westfalia pone fin a la Guerra de los Treinta Años.

1649
— R. Descartes: *Les passions de l'âme.*
— P. Gassendi: *Syntagma philosophiae Epicuri.*

1649
— Surgimiento de la Fronda en Francia.
— Inglaterra: ejecución de Carlos I.
— Cromwell proclama la República.

1651
— *Apparatus Philosophicus*

1651
— Th. Hobbes: *Leviathan*.
— B. Gracián: *El Criticón*.
— D. Saavedra Fajardo: *Idea de un príncipe político cristiano.*

1652
— Guerra entre Inglaterra y Holanda (1652/1654).
— Unión de Inglaterra y Escocia.

1653
— P. Bermudo: *Arithmeticus Nomenclator.*

1653
— Francia: Fin de la Fronda.
— Inglaterra: Cromwell es nombrado Lord-Protector.

1654
— Se traslada a Roma.

— *Theologia* (léase *Philosophia) Rationalis*.

1654
— B. Pascal: *Mémorial.*
— Experimento de Guericke.
— M. Martini: *De bello tartarico historia*.

1654
— Cristina abdica de la corona sueca.

1655
— Se encuentra en Roma con Cristina de Suecia.

1655
— Th. Hobbes: *De corpore (Sectio I* de los *Elementa philosophiae)*.
— J. Vallis: *Arithmetica infinitorum*.

1655
— Es elegido papa el cardenal Fabio Chigi con el nombre de Alejandro VII (1655/1667).
— Cristina de Suecia abjura del protestantismo. Llega a Roma para ser recibida por el papa.

1657
— Es nombrado obispo de Campagna y Satriano, en el reino de Nápoles.
— *Apparatus Philosophicus.*

1657
— B. Pascal: *Lettres provinciales*.

Vida y obra de Juan Caramuel	Acontecimientos filosóficos y científicos	Acontecimientos históricos
	1658 — Ch. Huygens: *Horologium oscilatorium.* — Th. Hobbes: *De homine.* — M. Martini: *Sinicae Historiae Decas prima.*	**1658** — España pierde Dunkerque. — Muere Cromwell. — Es coronado Emperador Leopoldo I.
1659 — Se traslada a Sant'Angelo (Satriano), y fija allí su residencia episcopal.		**1659** — Termina la guerra de Francia con España (Paz de los Pirineos).
	1660 — Fundación de la Royal Society de Londres. — M. Malpighi: descubre los vasos capilares a través del microscopio.	**1660** — Restauración de la monarquía en Inglaterra. Es proclamado rey Carlos II (1660/1685).
	1662 — A. Arnauld y P. Nicole: *La logique ou l'art de penser.* — M. Marci: *Philosophia vetus restituta.*	
1663 — *Apologema pro antiquissima et universalissima doctrina de probabilitate.* — *Metametrica.*	**1663** — A. Kircher: *Polygraphia nova et universalis ex combinatoria arte detecta.*	

1664
— Miembro de la *Academia Indagatrice* de Nápoles.
— El *Apologema* de C. es incluido en el *Índice*.

1664
— A. Geulincx: *Ethica*.

1665
— Implanta una imprenta episcopal en Sant'Angelo.
— *Rhythmica*.

1665
— Fundación del *Journal des Savans*.

1665
— Segunda Guerra Inglaterra-Holanda (1665/1667).
— Muere Felipe IV. Carlos II el Hechizado (1665/1700). Regencia de Mariana de Austria.

1666
— G. W. Leibniz: *Dissertatio de arte combinatoria*.
— R. Boyle: *The origin of forms and qualities according to the corpuscular Philosophy*.
— G. de Cordemoy: *Le discernement de l'âme et du corps*.
— Luis XIV y Colbert fundan la Real Academia de Ciencias de París.

1667
— Es elegido papa el cardenal Julio Rospiglioni con el nombre de Clemente IX (1667/1669).

1668
— *Pandoxion physico-ethicum*.

1668
— J. Glanvill: *Plus ultra or the Progress and Advancement of Knowledge*.
— J. Wilkins: *An Essay towards a Real Character and Philosophical Language*.

1668
— Tratado de Aquisgrán, por el cual Francia se queda con parte del Condado de Flandes.
— España reconoce la independencia de Portugal.

Vida y obra de Juan Caramuel	Acontecimientos filosóficos y científicos	Acontecimientos históricos
	1669 — I. Newton: *Methodus fluxionum et seriarum infinitarum.* — J. Swammerdam: *Historia insectorum generalis*.	
1670 — *Mathesis biceps, vetus et nova.*	**1670** — B. Spinoza: *Tractatus theologico-politicus*.	**1670** — Es elegido papa el cardenal Emilio Altieri con el nombre de Clemente X (1670/1676).
	1671 — G. W. Leibniz: *Hypothesis physica nova.* — *Theoria motus concreti y Theoria motus abstracti.*	
	1672 — E. Pufendorf: *De iure naturae et gentium.* — R. Cumberland: *De legibus naturae disquisitio philosophica*.	**1672** — Inglaterra declara la guerra a Holanda y Francia (1672/1674). — Guerra de España contra Francia (1672/1678).
1673 — Es nombrado obispo de Vigevano en el Milanesado.	**1673** — G. D. Cassini: *Découverte de deux nouvelles planetes autour de Saturne*. — E. Mariotte: *Traité de la percussion ou choc des corps*.	

1674
— N. Malebranche: *Recherche de la vérité*.

1675
— G. W. Leibniz inventa el cálculo diferencial.
— J. Wallis: *A discourse of gravity and gravitation*.
— I. Newton: *An Hypothesis Explaining the Properties of Light*.

1676
— Es elegido papa el cardenal Odescalchi con el nombre de Inocencio XI (1676/1689).

1677
— *Phosphorus philosophicus*.

1677
— Muere Spinoza. Se publica, en un volumen de *Opera posthuma*, su *Ethica*, un *Tractatus politicus* y un *Tractatus de intellectus emendatione*.
— Leeuwenhoek descubre los espermatozoides a través del microscopio.

1678
— *Architectura civil recta, y obliqua*.

1678
— R. Cudworth: *The true intellectual system of the Universe*.

1678
— Paz de Nimega. España pierde el Franco Condado y Flandes meridional.

1679
— *Trismegistus theologicus*.

1679
— P. D. Huet: *Demonstratio Evangelica*.
— M. Malpighi: *Anatomes plantarum*.

1680
— Inaugura la nueva fachada de la catedral de Vigevano por él proyectada.
— *Moralis seu Politica Logica.*
— *Pandectes philosophicus.*

1681
— Reforma la plaza ducal de Vigevano para convertirla en la *piazza del Duomo.*
— *Critica philosophica.*
— *Leptotatos.*

1681
— J. B. Bossuet: *Discour sur l'Histoire universelle*.
— Leibniz funda en Leipzig, junto con Otto Mencke, la revista *Acta Eruditorum*.

1682
— Muere en Vigevano el siete de septiembre.

1682
— Newton descubre la ley de la gravitación universal.

1682
— Pedro el Grande se proclama nuevo zar de Rusia.
— La Declaratio cleri gallicani afirma la independencia del poder real con respecto a la Iglesia.

ΧΕΙΡΟΛΟΓΙΑ (QUIROLOGÍA)

This page intentionally left blank

Sobre el modo de hablar de las manos

Así como en el canto armónico ajustan, en intensión y extensión rítmica, la lira y los órganos con la voz: (pues se cometería disonancia inarmónica, si hubiera discordancia entre la voz y el instrumento musical), así también, de manera similar, los movimientos de las manos y la disposición de todo el cuerpo deben atemperarse a lo que se dice y al modo en que se dice. De ahí que Plutarco en *Demosth.* sostiene, con razón, que la ejercitación en el arte de la Oratoria no alcanza valor alguno si se descuida la técnica de la pronunciación. He conocido oradores muy agudos y elocuentes que no se llevaban aplausos por ser fríos en la actuación y tener voz desagradable; por el contrario, he conocido otros que, si bien nada bueno decían, por estar dotados de una voz clara y sonora, eran ensalzados por los ignorantes (y éstos son muchísimos). Así discurren los asuntos humanos. Porque, así como una buena fábula a veces es abucheada por la mala representación del actor, así también el buen discurso desagrada si se expone de manera inepta, lo que ocurre a veces. Erasmo, en *Simil.,* pone juntos a la pronunciación y al aliento: pues así como con el mismo aliento, pero emitido de manera distinta, calentamos y refrigeramos, así también el mismo discurso, pronunciado de manera distinta, conmoverá y congelará los sentidos. Los hay que, cuando deberían declamar, cantan; los hay que ladran o mugen: y a uno de éstos se dirigía C. César aún joven: «si declamas, cantas; pero si cantas, mal cantas». Y si tomamos en consideración el gesto, los

hay que en la cátedra nadan; los hay que vuelan; los hay que serpentean o quedan tirados.

Muchos ha habido que han tenido una voz vehemente y férrea: y éstos se defienden de manera óptima en causas desesperadas, pues dice el refrán español: «el que mal pleyto tiene, a vozes le mete». Tal fue Esténtor, de quien dice Homero, *Iliada* ε:

> Στέντορι εἰσαμένη μεγαλήτορι χαλκεοφώνῳ,
> ὅς τόσον αὐδήσασσχ' ὅσον ἄλλοι πεντήκοντα·

Simulando la figura de Esténtor, de gran corazón y voz
[de bronce,
Cuyo grito sonaba como si otros cincuenta a la par gritasen.

Véase Erasmo, en *Adagia*. El emperador Pescenio Níger, hablando en campo abierto o dirigiéndose a los soldados, era oído a mil pasos. Celio, libro 19, cap. 12, *A. L.* Cosas similares narraba Saxo, libro 12, de Erico II, rey de los daneses. Cuán innoble era Alcibíades y con cuánto derecho odiado por el pueblo, lo saben todos los que reflexionan sobre las causas por las que había sido proscrito. Con todo, cuando se estaba tratando su causa en el ejército, Trasíbulo, jefe de la armada, del que se decía que no hablaba sino que tronaba, había vociferado con tanto ímpetu, que los acusadores no pudieron ser entendidos por el vulgo militar, y por ello debió, al fin, hacérsele volver del exilio.

Sección I

Sobre la mano en general; y sobre la Musa encargada de su dirección

Entre los númenes del Parnaso que ensalzados por los antiguos inscribió la omnipotencia de los versos en la lista de las diosas y condecoró con el nombre de *musas,* aparece *Polymnia,* en la que deben considerarse muchas cosas.

En primer lugar, lo concerniente al nombre: la cuestión crítica es si proviene de Πολύμνεια, grandeza de memoria (pues a ésta llaman los griegos μνείαν) o por el contrario, de Πολυύμνειαν, multitud de cánticos (pues a los cánticos llaman los griegos ὕμνους). Mas como los griegos no gustan de la concurrencia de dos υυ, y en interior de palabra no aspiran las vocales, la voz *Polyhymnia* queda para los latinos, que la fijaron, y nosotros usamos con los griegos la voz *Polymnia*.

¿Y qué distingue a esta musa? Aparece en Virgilio un erudito epigrama, que comienza: «*Clio gesta canens, etc.*», y en él se enumeran las propiedades de cada una de las musas; y el ministerio de Clío se dilucida en el último verso. Están llenos de doctrina estos versos:

Signat cuncta manu, loquiturq; Polymnia gestu.

Polimnia designa todo con la mano y habla con el gesto.

Fija la atención en el *cuncta,* porque la mano es otra lengua, que bastaría, y a veces basta, para que los

hombres hablen entre sí. Homero proclamó que las ciencias matemáticas, así como penden de la lengua, así también, de manera similar, penden de la mano

Χειρῶν ἀπολλυμένων ἔρρει πολύεργος Ἀθήνε.

Es ἔρρω, *abire in malam rem,* en español: «irse nora mala, esto es, irse en hora mala». Y χειρῶν es genitivo absoluto, equivalente al ablativo absoluto de los latinos, como si el sentido fuese: *sublatis manibus it in malam rem multa-faciens Minerva,* «eliminadas las manos, en mala hora va la politécnica Minerva», sentencia que Mersenne *(In Genes.,* cap. 4, v. 21, columna 1614) formula así: *Defectis manibus pereant quoque Palladis Artes* «a falta de las manos, perecen también las Artes de Palas».

Y aquí es conveniente observar que en la primera palabra la ω se hace breve contra natura, para que Χειρῶν ἀ constituya un dáctilo; mas los griegos no observan de manera tan religiosa como los latinos la cantidad de las sílabas.

Ciertamente, lo que Homero cantó es verdad en las artes mecánicas; pues no se labraría la madera, se grabaría la piedra, se esculpirían estatuas, se pintarían imágenes, se escribirían libros, si todos careciesen de manos. (Y por eso dice el intérprete Artemidoro que la razón de representar el Arte con una mano es que las artes se ejercitan a través de sus obras. Y Cicerón dice: «la naturaleza ha dado al hombre las manos, ejecutoras de muchas cosas». Véase Pierio Valeriano, libro 35, pág. 328. Pero, además de las facultades factivas, también la propia Retórica y la Dialéctica resultarían desvirtuadas sin la ayuda de las manos. Teniendo en cuenta lo cual, dice Hipócrates en el cap. 8 de *De Hominis Fabrica* que todo discurso oratorio estaría ἄναρθρον, falto de articulación (no leas ἔναρθρον, «bien articulado»), sin la ayuda de las manos co-hablantes.

Aparecen dos antiguos jeroglíficos, a los que hacen referencia Horus y otros autores. En efecto, los egipcios dibujaban una lengua y una mano, para mostrar que todo lo que se dice con la lengua se puede significar con la mano; los griegos, un corazón y una mano, para que supiésemos que todos los secretos del corazón son designados con las manos; de ahí el pasaje en la Oda 4 de Píndaro: Χεῖρας δέ καί ἦτορ ἴτον (teniendo las manos y el corazón).

Ensalza la magnificencia expresiva y práctica de las manos aquel dístico:

> Lucha, juega, ama, tiembla, gira, se detiene
> Ilustra la verdad, todo lo llena de belleza.

De ahí que otro poeta exclama:

> —Admirable es el Arte,
> Que con la boca callada hace hablar a los dedos.

Ensalza también la pulquérrima elocuencia de las manos Apolonio, quien en medio de un tumulto, al no servir de nada la lengua, debido a los clamores del vulgo, él, que no pudo ser oído, pudo ser visto, y, hablando mediante gestos con la elocuencia de las manos y la gravedad del rostro, recompuso de tal manera a los agitadores, que cesó el tumulto. Virgilio introduce a Turno hablando con la mano en el Canto duodécimo de su obra heroica; canta, en efecto:

> Entre los fugitivos corre Turno, derecho a las murallas,
> Donde el suelo en sangre más se empapa,
> Y estridentes silban las flechas por los aires.
> Con la mano hace señas, y con potente voz grita:
> «Basta ya, Rútulos, etc».

En lo que sigue hallarás muchas cosas, cuando trate, en particular, de los principales movimientos de las manos.

Los quirólogos de la comedia

La discusión versará ahora sobre las comedias; pero quiero hacer notar brevemente que entre los antiguos estuvo en uso el silencio, y en tales comedias todos los actores hablaban, no con la lengua, sino con la mano o con otros gestos.

Las delíades, que eran las ministras de Apolo, *repraesentabant* (en español, «las remedaban») tan exacta y perfectamente con gestos las costumbres de todas las gentes, que éstas mismas parecían estar presentes, actuar y hablar. Homero, en el himno compuesto en alabanza de Apolo, dice:

> ῞υμνον ἀείδουσιν, θέλγουσι δέ φῦλ᾽ ἀνθρώπων.
> πάντων δ᾽ἀνθρώπων φωνάς καί κρεμβαλιαστύν
> μιμεῖσθ᾽ ἴσασιν; φαίη δέ κεν αὐτός ἕκαστος
> φθέγγεσθ᾽; οὕτω σφίν καλή συνάρηρεν ἀοιδή.

Esto es:

Cantan un himno, y fascinan a todas las naciones
[de los hombres.
Saben imitar las lenguas y los gestos* de todos los hombres,
Cada cual pensaría que es él mismo el que habla:
¡Con tanta fidelidad se adapta su bello canto!

---

* El término κρεμβαλιαστύς está emparentado con otros términos con reduplicación, como βαμβαλιαστύς, lo que no se entiende; o con βαμβαίνω, βαμβαλίζω, «castañear los dientes»; o con βαρβαρίζειν, «expresarse mediante movimientos convulsivos», «balbucear». Las delíades sabían imitar las diversas lenguas de las gentes —los diversos dialectos griegos— así como también las maneras de expresión de los bárbaros *[N. del T.]*.

Aquí, las palabras iniciales son introductorias y secundarias; sólo las últimas exigen una exposición. Ὠδή, ἡ, de donde procede, sin duda, *canticum* (canto); ᾠδός οῦ, ὁ, *canotor* (cantor); ᾠδεῖον οῦ, τὸ, *locus, in quo canitur* (el lugar en donde se canta); κωμῳδία, ἡ, (comedia); τραγῳδία, ἡ, (tragedia); etc.; y de ahí que ἀείδω, pese a que tiene el prefijo negativo α, es *cano* (canto), y se aplica a los poetas, como se aplica λέγω a los oradores. Por tanto, ἀείδω, por razón de su origen es *non cano* (no canto); por razón de su acepción es *cano* (canto); de ahí que ἀοιδή es *cantus tacitus* (canto callado). Mas, ¿cómo estas últimas voces concilian circunstancias contradictorias? Responderé: porque quienes hablan o cantan con las manos al mismo tiempo hablan y callan, y por tanto están en silencio y cantan al mismo tiempo. Por eso, de las delíades, puesto que cantaban con las manos, dice Homero que ἀείδειν, y su manera de expresarse *(sermo)* mediante gestos es, no ᾠδή, sino ἀοιδή, «canto callado». Y de ahí que, considerando el sentido más bien que la letra, traduzco así los versos de Homero:

Las Delíades, aunque calladas, modulan con las manos
[los honores,
Que con clamor ofrecen a Febo los más variados pueblos.
Y lo hacen de manera tan perfecta, que pensarías
[estar oyendo
Con los ojos recitar versos a un griego, a un fenicio y a
[un escita.

Y junto a éstas puedes poner a Tacio (llámese así), quien representó con sólo gestos a Marte y a Venus hablando entre sí de amor y finalmente cayendo en adulterio; a Vulcano tendiendo trampas y exponiendo a los sorprendidos a la vista de todos los dioses; a Marte con acceso de furor y rabia; a Venus sofocada de gran vergüenza, pidiendo perdón; éste, sólo con el gesto de las

manos, de los pies y de otros miembros, lo expresó tan exactamente, que Demetrio exclamó estas palabras:

> ἀκούω ἄνθρωπε ἃ ποιεῖς οὐκ ὁρῶ μόνον ἀλλά μοι δοκεῖς ταῖς χειρσίν ἀυταῖς λαλεῖν.
>
> Oigo, ¡oh hombre!, lo que haces; y no sólo lo veo, ya que incluso con las propias manos parece que hablas.

Ésta (es decir, la χειρολογία), que en un principio era una Gracia y compañera de la Honestidad, con el paso del tiempo, como suele suceder con todas las cosas buenas, degeneró en lascivia y vileza, tan cargada de insolencia, que Arnobius, libro 2, escribe: «Otra multitud de almas lascivas se entrega a movimientos desordenados de sus cuerpos, danza, canta, llena todos los escenarios y con las piernas levantadas hasta las caderas, flota con contorsiones de cintura.» Lo que también reprochan la sátira 11 de Juvenal y el libro 5, ep. 8 de Marcial. Pero, como estaban oyendo:

> Consuelo para los desgraciados es haber tenido a los Penates como compañeros,

para, si no encontrar, al menos buscar, excusa a sus pecados, adjudicaron a los númenes estos actos obscenos e impuros; de ahí que en el libro 7, el autor citado diga que «incluso los dioses mismos juegan, se entregan a la lascivia, danzan, componen cánticos obscenos y flotan contorneando las caderas».

Muchas cosas podría decir, concernientes a este punto; pero omito referirme a la obscena Bridalice; a las Gingras, que bailan al son de las flautas; a la Gimnopedia, con coronas tireáticas y peyanas; a Dáctilo, llamado por los griegos πολιτικόν, a quien imitaban los coribantes, haciendo chocar entre sí sus escudos de metal, para que Júpiter, custodiado en Creta, no se

pusiera al descubierto con sus gritos, según cuenta el gramático Diómedes, libro 3; a la eclatisma, en la que lanzando los pies a lo alto golpeaban los hombros; a la itálica, que consistía en danza sicínida y cordácea, creada por Batilo, cuyo canto con la flauta se llamaba ἐμμέλεια; y a otras danzas y cantinelas, que tomaban frecuentemente nombre de quienes las inventaban o quienes eran famosos por ellas, como puedes leer en Julio Póculo, libro 4; Ateneus, libro 14 y otros lugares; Hesiquio; Luciano, περί ὀρχήσεος; Rodiginus; Plutarco, creador de muchas etimologías; Platón, *Sobre las leyes,* libro 7 y en otros lugares; Arnobius; y Meursio, que hace poco ha escrito sobre la orquesta.

Músicos quirólogos

La música se divide en instrumental y vocal. Se llama instrumental la que se hace con instrumentos; y a ella pertenecen no sólo las campanas que se tañen y las cuerdas que se pulsan; los tambores que se percuten, sino también las flautas, las trompetas y los cuernos que se soplan. La música vocal, en cambio, es la que se ejecuta con la voz.

Y sin duda, es cierto que la música debe atemperarse a la significación de las palabras; pues cuando se trata de agilizar algo, se utilizan notas fusas; cuando de dilatar algo, notas largas; cuando alguien exulta, asciende a notas superiores; y cuando se deprime, desciende a las inferiores. Y de este modo, la concordia de los ánimos es representada por la unisonancia de las voces. Lo cual, si bien con habilidad puede observarse en cualquier parte, acaece sin duda felizmente en la cláusula: «Tres son los que dan testimonio en los Cielos, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y éstos tres son uno.» (I Juan 5, 7). La modulan, en efecto, tres vo-

ces, que poco a poco se elevan hasta la voz «en los Cielos», y discurriendo mediante suaves consonancias, cuando llegan al final se hacen unísonas («son uno»).

Pero, como no siempre estaban a mano las voces para acompañar a los instrumentos, los antiguos suplían las voces con las manos; y cuando cantaban con la voz también adornaban la música con el movimiento de las manos. Milesius dice:

> El músico, mientras hace uso del canto (y con el nombre de «canto» entiende la música instrumental) acomoda la gesticulación de las manos al sonido de la voz; y alternativamente, lo que figura con la mano eso mismo lo hace más claro modulándolo con instrumentos vocales. Mas también los cantores en el coro, si no adecuan las gesticulaciones de las manos al tono de los salmos de manera que parezca que ellas acompañan a los propios cantores, ofrecen de sí un ridículo espectáculo.

Etimología de la voz

En caso de que las voces de las demás lenguas provengan del hebreo, entonces de la raíz אמן, *aman,* «ser fiel», vendrá אמן, *emen,* «verdad», y de ahí la voz latina *Manus*, y las germánicas *Man* y *Alemán.*

Ciertamente, se dice *manus* a partir de «verdad», porque es veraz, y porque obliga a confesar manifiestamente a la lengua, en caso de que se atreva a mentir. Por eso, en otro tiempo, volviendo la vista hacia Titio, que habiendo negado lo debido era obligado a confesar por el propio quirógrafo, así jugábamos:

Mientras con la boca la verdad niegas, la hoja escrita
[lo confiesa.
Es, por tanto, según veo, más cierta la mano que la boca.

Difieres de los demás a los que la tierra sostiene:
Pues tienen ellos lengua una y manos dos;
Mas tú tienes lengua doble, puesto que engaña a los oídos
[de los hombres;
Y simple, puesto que a nadie engaña ella, la mano.

Y proveniente de «verdad» tiene también el germano la voz *Man,* mediante la cual, en dichos y hechos se advierte de constancia; de ahí el adagio *ein word, ein word; ein man, ein man*. Y de la misma raíz proviene «Alemán», en lugar de «germano», *einen rentschen auff, richtigen menschen,* «el que no actúa con engaño»; «el hombre sincero» y ἀνυπόκριτος, «el que en ningún modo es hipócrita»; *derohn falsch ist; alman,* «constante: en todo y por todo fiel». Así consta en Cruciger.

Además, *iaman* significa «ser diestro, inclinarse a la derecha»; de ahí que *iaman,* significa «mano derecha». Y de ahí proviene la voz latina *manus*, que significa una u otra mano. Y la voz griega μάννος, ὁ, *armilla manuum* (en español, «la manopla»). Y dado que se juraba levantando la mano derecha, ὀμνύω y ὄμνιμι significan «jurar».

Resulta también útil al respecto la raíz *mana,* «numerar», de donde proviene *mena;* en griego, μνᾶ, ᾶς, ἡ; en latín *Mina*, «peso de 60 siclos»; μνάσιον, «cierta medida con capacidad de dos médimnos»; μήν, μηνός, ὁ, *mensis,* «mes»; μήνη, «luna», etc. Μένος, τό, *animus,* «ánimo»; y también *mens,* «mente». Luego, si *manus* se dice así por provenir de «numerar», diremos que dio lugar al nombre la Aritmética de los antiguos, que se ejercitaba con las manos. Luego, si de ahí se deduce la voz germana *Man,* que en nuestra España suele decirse «Hombre de cuenta y razón», entonces éste en Germania se llamará *Man.*

Finalmente, *Manah* es «reportar, ofrecer, dar»; y de ahí aquello que se da: *munus,* «regalo», y el instru-

mento con el que aquello se da o se ofrece: *manus,* «mano».

Si queremos ceñir el discurso a los términos de la lengua latina, diré que los críticos se dividen, y que unos derivan la voz *manus* de *manando,* ya que las manos cuasi manan de los brazos; y otros, de *manendo,* ya que permanecen en ellos.

Y no vayas a rechazar la primera derivación por causa de la medida de las sílabas; pues así como *Manes* se dice a partir de *manendo* y alarga la primera sílaba, breve en *maneo*, así también *manus* podría decirse de *manando,* con la primera breve, aunque en mano sea larga. Y esta misma derivación es del agrado del maestro Tirso de Molina, pues en los libros que se titulan *Cigarrales,* en el libro primero (f. 195) busca la etimología de la voz española «mano» e invita a derivarla del verbo «manar». Así escribe, en efecto:

> Ay Rey: ay Padre: si el principio mio
> Tu sangre fue, y es cierto, que interesso
> De ella el Amor, por quien vivir confio,
> Si a questa Mano, que obediente beso,
> Por afrentar larguezas de Dario,
> Con que al Monarca Macedon excedes,
> Se llama MANO, por manar mercedes.

Por último, considero la voz griega χείρ, a la que Aristóteles, *De part. animal.,* libro 4, cap. 10, llama ὄργανον πρό ὀργάνων; y sostengo que χείρ se dice así a partir de ἀπό τῆς χρήσεως, *ab utilitate,* «de utilidad», porque sin instrumentos nada harían los hombres, y ella es el instrumento del alma, mediante el cual mueve todos los instrumentos.

Ciertamente, חור, *charar,* es «calentar», «quemar»; חרה, *charar,* «irritar»; חרה, *cara,* «hender», «cavar»; חרץ *gara,* «doblar»; קרא, *qara,* «llamar»; etc. Así pues, el nombre χείρ bien pudo salir de estas raíces, pues con la mano calentamos la mano; con la mano, si hierve la ira, castigamos; con la mano hendemos las cosas y cavamos los campos; con la mano doblamos lo recto; y por último, si queremos hablar a alguien, le llamamos con un movimiento de la mano.

This page intentionally left blank

Sección II

Sobre la Quironomía en general, y sobre sus tres especies en particular

La Quironomía es el arte que prescribe las leyes para las manos, y quien profesa este arte se llama χειρονόμος, pues χείρ significa «mano», y νόμος, «ley». Y de ahí procede el verbo χειρονομεῖν, «mover las manos según leyes».

Y ciertamente, puede y suele dividirse la Quironomía en diversas especies; pero las principales son tres: de las cuales, la primera concierne al tripudio, la segunda al convivio, y la tercera a la declamación.

La primera nació con los hombres y con ley general tan extendida, que no hay nación en todo el mundo en la que no se cultiven los tripudios. Quirónomos tuvieron los griegos, y a partir de ellos los romanos, o también otros. La Sátira VI de Juvenal dice:

> Cuando Batilo baila impúdicamente la pantomima de Leda; etc.

Y ciertamente, entre los romanos, íntegras aún las costumbres de la ciudad, sólo se danzaba en el teatro; lo cual incluso ahora observan los persas, pues entre ellos sólo las meretrices aprenden el arte de danzar. Mas también había dicho ese mismo vate en la quinta:

Mientras tanto, para que no falte ningún motivo de cabreo,
Podrás contemplar al trinchador *(structore)* bailoteando
[*(saltantem)* y

haciendo juegos con las manos (χειρονομοῦντα)
Con un cuchillo que vuela, hasta ejecutar todas las
[instrucciones de su maestro.
Y no es chica desde luego la diferencia que media
Entre el modo de cortar las liebres y el modo de cortar una
[gallina.

Sobre las voces *saltans* y *structor* tengamos en cuenta esto[1]:

Salio, is da en supino *saltum,* de donde nace el frecuentativo *salto, as,* que con propiedad es en español «salto», en griego πηδάω. Mas aquí se toma por *saltare ad numeros* (saltar con ritmo) o *tripudiare* (danzar), en griego ὀρχέομαι.

Entre otras, Sempronia fue en su época célebre en la ciencia de la danza. Salustio, *in Catil.,* dice:

> Pero entre ellas estaba Sempronia, que había cometido a menudo muchos crímenes de audacia varonil. Esta mujer fue bastante afortunada con su familia y belleza, además con su marido y sus hijos; instruida en las artes griegas y latinas, instruida en cantar, danzar más ligeramente de lo que es necesario en una mujer honrada, instruida en muchas otras cosas que son instrumentos de la lujuria.

Luego en este género, del mismo modo que Cicerón alaba la mediana erudición, así también condena la excesiva en la noble matrona.

---

[1] Sobre la Quironomía tripudiatoria. Que de un modo danzaron los varones y de otro las mujeres se colige de lo que dice Séneca en *De Tranquill.,* cap. 15: «Escipión solía, al modo viril, *tripudiare* y *moveri ad numeros*» (en francés, *a la cadence).*

Los hispanos, en cambio, distinguen entre «bailar» y «danzar», como los griegos y latinos distinguen entre «comedia» y «tragedia», de manera que entre los rústicos y plebeyos «se baile», y entre los próceres y principales «se danze».

A Cicerón, que dice en *Pro Murena*: «¿Pero es que apenas nadie danza sobrio?», responderé con las palabras de un gran príncipe: «El tripudio es, sin duda, un juego, y por ello resultan tolerables los primeros (los que bailan), pues juegan jocosamente; pero, verdaderamente, a los segundos (los que danzan), que juegan seriamente, ¿quién los tolera?»

Al maestro del tripudio llama Juvenal «instructor». Y puesto que los tripudios, si no los corrompe alguna circunstancia accidental extrínseca, son lícitos y honestos, conviene que en una ciudad bien organizada haya maestros que enseñen este arte a los adolescentes; en ella admite, efectivamente, Quintiliano una utilidad. «Pues, ciertamente, los lacedemonios, como sabemos por tradición, también tuvieron entre sus prácticas militares una forma de danza, como un entrenamiento útil para la guerra.» Y por esa razón se la inculcan a los próceres. En otro tiempo, efectivamente, como atestigua Macrobio, *Saturn,* libro 3: «Los hijos de los senadores frecuentaban el juego de la danza, y allí, tocando los *crotala* aprendían a danzar.» Los *crotala* eran lo que nosotros llamamos «cascabeles» o también *sonaxas*.

Pero no va contra éstos la indignación de Juvenal, sino contra los maestros que frecuentan y dirigen el tripudio mismo: cual viejo digesto, embutido en un vestido de seda, se presenta en el aula en la que se celebra el tripudio (en español, «el sarao»), y para dirigir, πανηγυριαχής, a quien no sigue el ritmo exclama: «adelante, atrás, vuelta», etc. Y con éste se indignan, no sólo Juvenal, sino los espectadores todos; pues,

¿por qué hacer con la voz lo que podría hacer con un χειρέμβολῳ[2] o con algún otro signo tácito, que bastaría para advertir (cuando fuese necesario) a los danzantes, sin que resultase molesto para los demás?

---

[2] El χειρέμβολον es un signo con el que el capitán de navío, en la efervescencia del combate, da órdenes a los soldados y siervos: pues entonces, dado que el sonido de las trompetas, el fragor de las explosiones de los cañones, el clamor y griterío de los que pelean, no permite oír la voz, solamente con el movimiento de la silenciosa mano dice qué deben hacer o dejar de hacer. Ulpiano, *leg. 1, D, de naut. caup. & stab.,* usa este vocablo; así escribe, en efecto: «Por más que él mismo o el capitán de navío o el maestro haga eso que los griegos llaman χειρέμβολον.» Véase Alciatus, en *Parerg.* Es, pues, el χειρέμβολον el signo que se hace con la mano.

Y ahora empiezo a entender aquellos versículos del Salmo CXXII: «A ti he levantado mis ojos, que habitas en los cielos. He aquí que, como los ojos de los siervos están puestos en las manos de sus señores, como los ojos de la esclava en las manos de su señora, así nuestros ojos se alzan a Dios nuestro señor, hasta que tenga misericordia de nosotros», cuyo sentido parece que no captó Vatablo, pues los dilucida con este escolio: «A la mano, esto es, al auxilio; lo que se infiere de que las siervas esperan auxilio de sus dueñas.» La doctrina del comentarista es buena, es verdadera, pero no es la expresada por el salmo en este lugar. Porque quien para expresar la pronta disposición de obediencia había dicho simplemente (Salmo 56, 8; 107, 2): «Dispuesto está mi corazón, ¡oh Dios!, dispuesto está mi corazón», aquí, hablando figuradamente, tomando metonímicamente la causa por el efecto, afirma que tiene los ojos en las manos del Señor: porque entre los hebreos, los señores rehusaban hablar a los siervos con la voz, y por eso, ἐχειρόλεγον «hablaban con las manos».

Sin duda (y lo atestigua nuestro Santo Padre en el cap. V de la *Regla),* aquel de quien decía el Señor, «en cuanto oía mi nombre, me obedecía» (Salmo 17, 45), hablaba a la manera usual; y si hubiese querido referirse a esta costumbre de mandar con las manos, habría podido decir: «en cuanto veía mi mano, me obedecía», y donde el Santo Padre escribía *(Regla,* cap. V): «Acompañan con

Commoria podrían llamarse los convivios de Catilina, puesto que los invitados a celebrar el convivio solían *commori* (morir juntos); pues allí les eran propinados, a veces, pésimos venenos por engalanados y hermosos jóvenes. Oigamos a Cicerón: «Estos jóvenes tan lindos y voluptuosos aprendieron, no sólo a amar y ser amados, a cantar y danzar, sino también a lanzar las dagas y a repartir venenos.»

Dado que las danzas corales adornaban los convivios, para que mientras estaban reclinados no careciesen los συνθόινοι (los convidados) de espectáculo, la ostentación introdujo el χειρονομοῦντα («trinchante») —y de esta voz hizo uso Juvenal—, que, manejando los cubiertos rítmicamente, troceaba las carnes servidas. Se carecía de nombre entre los latinos, y por eso tomó Juvenal el nombre griego. Hoy en día los quirónomos sirven a los príncipes, y con suma agilidad y destreza trocean las aves; pero no observan ritmos armónicos en el movimiento de las manos.

Dejando, pues, estas dos quironomías, para ser dilucidadas por otros con más profundidad, vayamos a la tercera, a la que la nobleza y la excelencia colocan en primer lugar, y tratémosla con más cuidada diligencia. Ella podría llamarse declamatoria y dar ocasión de suscitar algunas cuestiones.

Indagaré, por tanto, primero: Si la Quironomía de este tipo debe ser censada entre las artes; y

---

hechos la voz de aquel que los manda, como al instante explican las órdenes predichas del Maestro y las obras realizadas del discípulo», habría podido escribir: «acompañan con hechos la mano de quien manda» (en griego, χειρέμβολον, «signo de la mano»), y en un instante concurren el mandato del Maestro insinuado con el movimiento de la mano y el mandato cumplido con obediencia del discípulo.

segundo: Si prescribe cánones, y si quien los viola, por exceso o por defecto, debe ser condenado en el parnaso.

A lo primero responde negativamente Quilón: pues las artes mecánicas se ejercen con las manos; y todas las liberales, como es la Oratoria, que se conciben y se inician en el intelecto, se realizan y se acaban con la voz (Laercio, libro 1, cap. 4).

Fue Quilón filósofo lacedemonio y uno de los siete sabios, como atestigua Plinio, libro 7, cap. 32. A él se deben tres χρισόδοξα (sentencias áureas), que están consagradas en Delfos, en el templo de Apolo, a saber: «Conócete a ti mismo. Nada en exceso. Quienes engordan con dinero o pleitos ajenos son miserables.» Murió de la alegría recibida por la victoria de su hijo obtenida en los juegos olímpicos. Y toda Grecia siguió con lágrimas su funeral.

Y podría confirmarse la erudita sentencia de Quilón; puesto que las artes deben dividirse en contemplativas, operativas y factivas. Son contemplativas las que se ejercen con la sola mente, sin el concurso de los sentidos externos. Se llaman, en cambio, operativas las que consisten en el movimiento artificioso de los miembros corporales; y se llaman, finalmente, factivas las que hacen algún artefacto, que permanece concluida la operación. Del primer género es la Aritmética: pues para saber que 2 y 2 son 4 no necesito de ojos ni de oídos ni de otros sentidos; ni empleo las manos o los pies, sino que percibo esta verdad con la luz natural de la sola mente. También se sitúa aquí la Geometría: pues para ver que un triángulo no puede constar de cuatro líneas me bastan las potencias interiores del alma, sin que tenga que acudir a la ayuda y auxilio de los sentidos externos. Son artes del tercer género las que dejan un artefacto que permanece después de la acción: como la herrería, la carpintería, la escultura, la

pintura, la arquitectura y otras similares. En medio están las que pertenecen al segundo género, a saber, las operativas, cuyo objeto es una acción material inmanente al cuerpo, que nada en absoluto produce fuera del cuerpo. Y tales son las que prescriben mover, según leyes, los pies, las manos la cabeza, los ojos. Mas siendo la Oratoria el arte de declamar, no debe confundirse con la Tripudiatoria, que dirige los pies, ni con la Quironomía, que concierne a las manos, ni con otras afines a esa familia: pues es un arte preclara, que tan sólo se ejerce con la lengua. Y dado que hay también otras artes que atañen a la lengua, es preciso distinguirlas cuidadosamente.

Con la lengua, ciertamente, se ejercen la Gramática, la Lógica, la Retórica, la Métrica y la Música. Todas ellas son operativas, y las primeras suelen incluirse en las siguientes. A hablar enseña la Gramática, esto es, a exponer los conceptos del intelecto, los crea, o no, el oyente. La Lógica da eficacia a la dicción, pues habla de manera apropiada para persuadir. Luego el gramático puede carecer de la Lógica; mas no el lógico de la Gramática. Ornato da a la dicción la Retórica, y así también conlleva la Gramática, ya que sin ella no puede adquirirse. Y éstas son aquellas tres Gracias de la Escuela, que se dan la mano, y aspiran a una estrecha unidad. Omito la Métrica y la Música, pues supongo conocida la distinción[3] entre el sonido, la voz y la dicción, y con toda firmeza sostengo que la Música pro-

[3] El «sonido» consiste en el rompimiento del aire por cualesquiera cuerpos que él sea fracturado. La «voz» es el sonido causado por la boca del animado: por esa razón se dice que los insensibles lanzan sonidos, pero no voces. La «dicción» es la voz significativa; pues las voces que nada significan no pertenecen al conjunto de las dicciones.

porciona ritmo al sonido; la Métrica, a la voz; y que ni una ni otra dependen de la dicción[4].

Y volviendo a Quilón, podría parecer que él defendía una opinión conforme a razón, pues del mismo modo que quien danza no debe ῥητορίζειν, así tampoco el retórico debe χειρονομεῖν, jugar con las manos.

No obstante esto, sostengo que el orador no sólo puede, sino que también debe χειρονομεῖν (mover las manos artificiosamente): pues declamaría como un muerto si quedase inmóvil como una estatua. Suscribo las palabras del príncipe de los oradores griegos, Demóstenes, quien sostenía que tres cosas, fundamen-

---

[4] Los metros y los ritmos son accidentes de la voz, y no necesitan de las dicciones para ser formados; pues las voces que a continuación escribo están desprovistas de significación, y sin embargo constituyen metros y ritmos. Considéralas:

Morticor protens tenerint abossos
Pantinux Collans puger archiglossos

En ellas encontrarás el ritmo y la medida de las sílabas de los versos que Safo inventó y con su nombre los selló, para que los demás los disciernan. Y el inventor de los ritmos, acentos y consonancia alabará mucho su discurrir. Está claro, por tanto, que la Métrica y la Rítmica pueden ejercerse con voces que no significan nada en absoluto.

Confirma esto el Lícidas de Virgilio, que dice (Égloga 9):

¿Y aquellos versos que una noche serena te oí cantar a tus solas?
Recuerdo el ritmo pero no la letra.

En donde, como ves, se acuerda del ritmo, pero no de las palabras. Así pues, la versificación no depende de las palabras.

Las armonías son, en cambio, accidentes del sonido, pues además de las dicciones y las voces, también la agitación de las cuerdas, de las tubas, etc., provocan repercusión del sonido del viento.

talmente, se requieren para la eficacia y ornato del discurso. Y a quien preguntó «cuál era la primera de ellas» respondió: «Acción»; y a quien le rogó «cuál era la siguiente» respondió: «Acción»; y al que le pidió «cuál era la tercera» también respondió: «Acción»; es decir, atribuyendo a este modo de oratoria tanto como para considerar que en él se encierra todo, pues la acción abarca muchas cosas, y todas ellas son necesarias para la elocuencia, a saber, la moderación de la voz, el vigor de los ojos, el movimiento de las manos, el aspecto del rostro y, en fin, el gesto de todo el cuerpo. Véase Alexander ab Alexandro, libro 6, cap. 14[5].

Releo estas últimas líneas, y a partir de ahí, aprovechando la ocasión, escribo las siguientes:

El doctor Tomás y, a partir de él, Egidio Coninch y otros doctos varones nos persuaden de que, además de la oración puramente mental y de la mixta, que une la voz con la contemplación, se da la oración puramente vocal. Añado yo, ahora, que arrodillarse, elevar las manos o también los ojos, es un acto de religión externa, y que es una oración virtual. Clarísimamente persuade de ello aquella historia que se cuenta en el Éxodo, 17, 8-13, con estas palabras:

> Amalec vino a Rafidim a atacar a los hijos de Israel, y Moisés dijo a Josué: «Elige hombres y ataca

---

[5] Hay un apotegma similar a éste, referido a la guerra; en efecto, un emperador N., que tenía que equipar un numeroso ejército y enviarlo a una provincia limítrofe, consultó a Marte para aprender del Numen de las guerras qué cosas se requerían para salir exitoso. Y, tres cosas se requieren, respondió Marte al emperador: en primer lugar, sin duda, *dinero;* en segundo lugar, *dinero;* y finalmente, en tercer lugar, *dinero;* para que todos fuésemos advertidos de que en el solo *dinero* consiste la robustez y la potencia de una guerra.

> mañana a Amalec. Yo estaré sobre el vértice de la colina con el cayado de Dios en la mano». Josué hizo lo que le había mandado Moisés, y atacó a Amalec. Arón y Jur subieron con Moisés al vértice de la colina. Mientras Moisés tenía alzada la mano llevaba Israel la ventaja, y cuando la bajaba, prevalecía Amalec. Moisés estaba cansado y sus manos le pesaban; tomando, pues, una piedra, la pusieron debajo de él para que se sentara, y al mismo tiempo Arón y Jur sostenían sus manos, uno de un lado y otro del otro, y así no se le cansaron las manos hasta la puesta del sol, y Josué derrotó a Amalec y a su pueblo al filo de la espada.

He aquí que, además de la oración mental y vocal, también la imploración al Divino Numen que se hace elevando las manos al cielo es grata al Señor. Don Isidoro Clario afirma que Amalec era descendiente de Esaú, y escribe esta ascética admonición dirigida a los monjes:

> Así como la súplica enérgica del justo resulta muy útil, así la débil perjudica, porque, cuando la enfermedad de la carne debilita (lo que viene significado por la pesadez de las manos de Moisés), hay que apoyarse en la Piedra, que es Cristo, cuyas virtudes y ejemplos nos fortalecen. Y también los prójimos, como Arón y Jur, deben prestar ayuda a quienes vacilan. Es fuerte Josué, en lucha contra Amalec, cuando Moisés eleva sus manos, pero se entiende espiritualmente.

Y a todo lo que se aduce apoyándose en Quilón respondo con una sola palabra: que él condenó, no el uso, sino el abuso de la χειρονομίας.

A lo segundo respondo: que tiene la χειρονομία cánones prescritos, que violan los oradores, bien por defecto, bien por exceso. Y tenemos un ejemplo en aque-

llos pantomimos, a los que quiso reunir el emperador Augusto. Y a la vista de sus gestos sacó la conclusión de que uno era «danzante» y el otro «interruptor». Con estos nombres insinuó, como recoge Erasmo en *Apoth.,* libro 4 de Suetonio, que el uno gesticulaba exageradamente (aquí está el exceso), y que el otro no sólo no gesticulaba, sino que interrumpía al danzante (he aquí el defecto).

This page intentionally left blank

Sección III

Sobre la gramática de la Quironomía

Axioma muy conocido es: «Callan las leyes entre las armas»; pues la eficacia de éstas (sean justas o injustas) consiste en la violencia. Muchas cosas, ciertamente, dispone con muy previsora prudencia el *Ius canonicum* (en español, «el derecho del canon»), y a ellas, dice, se opone con ciega violencia la potencia de las armas (en español, «el derecho del cañón»), y convierte la *quaestio iuris* en *quaestio facti*. Efectivamente, hoy en día «la razón última de los reyes»[6] son los cañones militares, lo cual no ignoraron los antiguos sumos pontífices; pues Bonifacio VIII prescribe esta regla: «No cabe aducir como argumento lo que alguna vez se concedió por necesidad.» De la justicia y de la benevolencia resulta, por tanto, una doble Quironomía: una civil; otra militar.

Esta última es el artificioso método para mover bien las manos en la guerra. Y dado que Dios es el Señor de los ejércitos, él es también el verdadero y sumo Maestro del arte militar: pues es, como cuando David adiestraba el sonido de las tubas y tambores, Διδάσκων χεῖρας μου εἰς πόλεμον, «el que adiestra mis manos para la guerra» (Salmo 17, 35; 143, 1). De ahí que lue-

[6] El Cardenal Richelieu, pocos meses antes de morir, mandó fundir cañones de guerra con esta inscripción: *Ultima ratio Regum*. Y de ella, la envidia y la sinceridad pudieron extraer muchas consecuencias. En la fortaleza de Milán queda al menos uno de esos cañones, que interceptamos con otros junto al Tichino.

go, para que la merced «minerval» penda tan sólo del preceptor, dice: Ἐυλογητός Κύριος ὁ Θεός μου ὁ διδάσκων τάς χεῖράς μου εἰς παράταξιν τοῦς δάκτυλους μου εἰς πολέμον. «Bendito sea el Señor Dios mío, que adiestra mis manos para el combate y mis dedos para la guerra.»

A este respecto, los españoles, para alabar a un soldado o a cualquier otro varón valiente, decimos «que es hombre de buenas manos»: y concordamos con Virgilio *(Eneida,* libro 8), puesto que, dispuesto el frente de batalla por ambas partes, mientras los jefes superiores (en español, «los sargentos mayores») colocan «las banderas iguales a las águilas y las picas, que se yerguen sobre otras picas, él mismo se dirige a ellos y dice así»:

> Armas para un valiente varón hay que hacer al instante,
> Empleando todas vuestras fuerzas y rápidas manos.

A Marón sigue Lope de Vega cuando dice:

> En vuestra mano está tener victoria:
> Porque si con valor queréis movellas,
> Testigos podrán ser hoy las estrellas,
> Que todos merecéis laurel y gloria.

Sin duda «milicia es la vida del hombre sobre la tierra»: y del mismo modo que los soldados probos oran con las espadas, así también los religiosos ascetas batallan con preces e himnos. Y esto es lo que, parece, había tomado en consideración David cuando cantó: «Las alabanzas de Dios en sus gargantas y las espadas de doble filo en sus manos.» Pero, puesto que voy a tratar luego de armas con más detalle, centrémonos ahora en la oración de las manos.

Hay otra Quirología, un arte de co-hablar por medio de la mano. Digo expresamente «co-hablar», no

«hablar»; pues una cosa es hablar con la mano sin el concurso de la voz, y otra adornar con el movimiento de las manos las palabras formadas por la voz.

La Quironomía tiene sus cánones, que enseña la naturaleza y no sabemos representar con la lengua o con la pluma. Y que se dan en este arte tales cánones se demuestra clarísimamente, porque si no se diesen, en la Quironomía nunca se cometerían faltas (barbarismos y solecismos); pues dijo el Apóstol: «donde no hay ley tampoco hay prevaricación». Y sin embargo, como vemos a diario, se perpetran barbarismos y solecismos con la mano y con el gesto.

Se comete un barbarismo vocal cuando se acuña de manera inepta un nuevo vocablo o cuando, tomado de una lengua ajena, se somete toscamente a las reglas latinas. Barbarismo en el gesto será, por tanto, un gesto bárbaro, es decir, cuando alguien hace un gesto nuevo e insolente, o traslada a un lugar inoportuno el que en otro lugar podría hacerse. Explico el asunto con un ejemplo.

En cierta ocasión, César, dirigiéndose a un testigo que al hablar se retorcía el mentón, así ironizó: «Detente un momento, y di lo que quieres, cuando hayas cascado la nuez.» Se percató, como ves, de las bárbaras y toscas costumbres del perorante. Pues las gesticulaciones que tal vez se tolerarían en un rústico, de ningún modo podían tolerarse en un jurisconsulto. Y por eso quiso César bromear con él: pues quien tiene en la boca una dura nuez retuerce el mentón para cascarla.

El solecismo vocal concierne, no a la materia, sino a la forma misma; y se comete cuando la materia (el vocablo en sí mismo) es buena y apta, pero violenta las reglas de la Gramática. Pues si alguien asignase al nombre *iter* el acusativo *itinerem,* no pecaría en la materia (pues la voz *iter* no es bárbara, sino elegante y aceptada), sino en la forma (pues el acusativo es *iter).*

Será, por tanto, solecismo manual el movimiento de la mano que en sí no sería indecente ni improcedente si se hiciese en un lugar apropiado, pero peca contra las leyes, porque sigue la contraria de la que debiera.

Para poder persuadir de esta doctrina con un oportuno ejemplo, traeré a la memoria al sofista Polemón, quien fue hijo de Filóstrato, *el Ateniense* y sucedió a Jenócrates en la escuela[7]. Elegido árbitro en un certamen de pantomimos, mandó que ellos saliesen a actuar. Entre otros, cuyos gestos y voz al recitar le habían agradado mucho, compareció Teodomiro (llamémosle así), quien comenzó:

Júpiter, estas lágrimas, estas míseras lamentaciones
[de la Tierra.
Acoge; y concédeme que descienda sobre mí todo el
[bien que te pido.

Y, porque al invocar a Júpiter movía hacia abajo las manos y al mencionar la Tierra movió las manos hacia arriba, gritó Polemón: «en la mano perpetró solecismo este inepto hombrecillo». Y admitidos los demás a participar en el premio, excluyó a Teodomiro.

Con las manos cometemos no sólo solecismos, sino también barbarismos. Juan Matos Fragoso, en la comedia titulada *Pocos bastan, si son buenos* (parte 34, núm. 4, pág. 162), presenta a un valiente príncipe de la milicia, abandonado de los suyos, exclamando:

PRÍNCIPE: Ha soldados alentaos,
Que socorro os vendrá presto,
TODOS: Mas seguro es el pretesto
De volvernos a las naos.

---

[7] Diógenes cuenta que escribió muchos libros; pero Suidas dice que no dejó ningún escrito.

PRÍNCIPE: O mas peligroso caos!
Pueblo vil, que es del abysmo,
Cuyo ciego barbarismo,
Si a explicarme me accommodo
Manos nada y lengua todo,
Es un monstruo de sí mismo.

Y, sin duda, generosa y prudentemente callan en el campamento los nobles, pues con las manos hablan elocuentemente los soldados, y cuando las mueven con diligencia, doctísimamente retorican. Mas, cuando pronuncian con la lengua las muertes que deberían infligir con las manos, cometen barbarismo, porque con un rito de bárbaros poco cumplen y mucho vociferan.

Y en esto parece que se fijaba Emanuel, quien aparece en la parte 34, núm. 8 de la comedia titulada *La Virgen de la Aurora,* y debida al ingenio de Agustín Moreto y Jerónimo Cáncer, y dice así:

EMAN. Las espadas lo han de hablar,
Que aquí son lenguas las manos.
DIDAC. Si Dios lloviera villanos
viles.
EMAN. Reñir y callar.

This page intentionally left blank

Sección IV

Sobre el léxico de la Quironomía

Así como hay varios idiomas de lengua (hebreo, griego, latín, germánico, etc.), así también la χειρόγλωσσα puede distribuirse en varios dialectos. Y ésta se llama otras veces κωφόγλωσσα (*lingua mutorum propria,* «la lengua propia de los mudos»), pues expresa los conceptos de la mente por medio de las variadas articulaciones y movimientos del cuerpo. Y, ciertamente, representar bien a una persona muda en una comedia es una ardua tarea, y sin duda tan difícil, que si bien podemos ver que frecuentemente se introducen en escena a ciegos y deformes, sin embargo, raramente aparece en el teatro un mudo, porque raramente se encuentra un actor que pueda representarlo. En cambio, una o dos veces vi en España a una persona muda expresarse con mucho éxito. Y más de una vez me he percatado de que los rústicos, las cosas que no saben expresar con la lengua, las expresan con el gesto (que pertenece al idioma natural). Y fijándose en esto Calderón, en la comedia que se titula *La hija del Ayre,* acto 2, pág. 128, al soldado que había sido acogido en el hospicio, Chato, aunque rústico, ingeniosamente le hacía quejarse:

> Mostrábale mala cara
> Yo (bastaba la que tengo)
> Y buena Syrena, si es,
> Que la suya puede serlo

El que no estaba muy ducho[8]
En entender bien a gestos,
El de Syrena entendía,
Y no el mío. Con a questo
Comía como un descosido,
Que es poco como un hambriento.

Entre los movimientos del cuerpo, los más hermosos y expresivos son los que pertenecen a la mano; y por esa razón se considera que concierne especialmente a esta musa la Χειρολογία: la cual nos enseña a hablar por medio del movimiento de los dedos. No es mi propósito exponer ahora todos los modos artificiales de hablar; pues con la variada disposición de los dedos podemos formar tantos o más caracteres de cuantos encontramos en el alfabeto. Y siguiendo este método, los mudos y sordos en lengua materna (griego, hebreo, latín, español, francés, belga, inglés, etc.) pueden hablar no sólo entre ellos, sino también con nosotros. Es más, en nuestra época (que ha alumbrado para el mundo y la escuela no pocas artes y ciencias ignotas para los antiguos) ha aparecido un maestro que ha enseñado a los mudos y sordos a Χειρολόγειν (a «hablar por medio de la mano»); y entre otros hemos visto, instruido por él, a un gran príncipe*:

---

[8] He aquí que Chato y Syrena hablan con gestos. Y esto es tan común entre nuestros rústicos, que un abad X dijo, estando yo presente: «Aunque el matrimonio debe celebrarse con palabras, también resulta válido celebrado con gestos por los contrayentes; pues éstos hablan con gestos, y en su idioma apenas tienen palabras, exceptuados los gestos.»

* Se trata del aragonés Juan de Pablo Bonet, que siguió y perfeccionó el método del benedictino fray Pedro Ponce de León. Bonet fue secretario del condestable de Castilla y maestro de uno de sus hijos y de otros jóvenes nobles, todos ellos mudos de nacimiento. Su ingenioso libro *Reducción de las letras y arte para enseñar* a

—Quien, lo que la Naturaleza negara
De lengua humana, lo suplió con los movimientos de las manos.

Pero, sí me propongo exponer un breve tesauro, en el que, si no todos, al menos los principales movimientos de los dedos queden descritos y quede dilucidada la función de cada uno de ellos.

«De Júpiter el principio», decía un poeta pagano, y purificando sus palabras, «De Jehová (verdadero Dios) tomo el comienzo, e imploro su auxilio y favor.» Y para testificar la devoción interna con un signo externo elevo mis manos hacia lo alto; pues canta Virgilio en el libro primero de su obra heroica:

Al cielo las dos manos tendiendo.

Y Estacio, en la *Tebaida,* 10:

—Elevando las manos mojadas al cielo.

Y, ciertamente, en opinión de los antiguos paganos, el levantar las manos era modo más eficaz de orar y

---

hablar a los sordomudos, Madrid, 1620, es considerado, en la historia de la educación, como el primer cimiento en el arte de enseñar a los sordomudos, y motivó la siguiente décima de Lope de Vega *[N. del T.]:*

Los que más fama ganaron
por las ciencias que entendieron
a los que ya hablar supieron
a hablar mejor enseñaron.
Pero nunca imaginaron
que hallara el arte camino
que los defectos previno
de naturaleza falta:
sutileza insigne y alta
de vuestro ingenio divino.

suplicar que levantar los ojos. De ahí que Casandra, al no poder levantar aquéllas levanta éstos, para obtener auxilio del cielo. Virgilio, *Eneida,* 2:

> He aquí que sacan arrastrada del templo
> Y del santuario de Minerva a Casandra,
> Hija de Príamo, revueltos los cabellos,
> En su angustia, inútilmente eleva los ojos al cielo,
> Pues rudas cadenas sujetan sus tiernas manos.

Además, en la oración, las ceremonias externas fomentan la devoción y contribuyen al ornato, si bien no debemos pensar que bastan por sí solas. Séneca, en *Epístolas morales a Lucilio,* epístola 41 dice:

> No se debe elevar las manos al cielo ni suplicar al guardián del santuario para que nos permita acercarnos hasta el oído de la imagen con el pretexto de ser escuchados más favorablemente *(proprie*[9]). Dios está dentro de ti.

Y Cicerón, en *De legibus,* libro 1, «Hay que acercarse a los dioses castamente, con piedad, dejando a un lado las riquezas; si alguien actuara de otro modo, Dios mismo lo castigará». Por esta razón escribió san Benito, en el cap. 20 de la *Santa Regla:* «Al Señor de todos, con toda humildad hay que suplicar; y no con mucho hablar, sino con pureza de corazón, y con compunción de lágrimas sepamos ser oídos.»

En la simbología, *la mano izquierda* significa *esta vida mortal y caduca; la derecha, la otra vida, que es celeste y eterna.* San Gregorio, papa, Hom. 21 in Evang.,

---

[9] Lee, si quieres, *prope* («cerca»); pues el Rey Profeta (Salmo 144, 18) dice: «*Prope* (cerca) está el Señor de todos los que le invocan: de todos los que le invocan de veras».

propone dos cuestiones, a saber: «¿Por qué se apareció un ángel a las mujeres que compraron los aromas para ir a ungir a Jesús? Y ¿por qué el ángel estaba, en el monumento, sentado a la derecha?» Y responde a la primera: «Ven a los ángeles aquellas mujeres que vienen con aromas porque, sin duda, son capaces de ver a los habitantes celestes aquellas mentes que marchan con los olores de las virtudes hacia Dios a través de sus santos deseos.» Y luego responde a la segunda con estas palabras:

> debemos fijarnos en cuál es la razón por la que se ve al ángel sentado a la derecha. Porque por medio de la mano izquierda sólo se designa la vida presente; por medio de la derecha, en cambio, sólo la perpetua. De ahí que en el Cantar de los Cantares está escrito: Su izquierda descansa bajo mi cabeza, y su diestra me abraza cariñosa. Por tanto, puesto que nuestro Redentor ya había pasado la corrupción de la vida presente, el ángel, que había venido a anunciar su vida perenne, estaba sentado correctamente a la derecha, y estaba vestido con una túnica blanca, porque anunció el gozo de nuestra festividad, etc.

Elevar el índice de la mano derecha es prometer: de ahí que los niños en la escuela, cuando se les manda prometer que no van a cometer más aquello por culpa de lo cual han sido castigados, levantan el índice.

El dedo así levantado puede oscilar y moverse de dos modos: bien de derecha a izquierda, bien desde los ojos hacia la parte delantera y viceversa. *Si hace señas del primer modo, niega.* Y hubo en nuestro tiempo un célebre discurso que habría debido ser un sermón apostólico, pero que se convirtió en sátira difamatoria; en ella, el gobernador N ante cada una de las incriminaciones agitaba el índice de un lado a otro, y al agitarlo así negaba públicamente la acusación. El orador,

perturbado por estas constantes negaciones, exclama imprudentemente: «luego yo miento»; asiente con la cabeza el gobernador, y al asentimiento acompañan las risas del pueblo. Desciende de la cátedra el predicador confundido y puesto en ridículo, y con su ejemplo nos enseña que en un eclesiástico se requiere gran prudencia y piedad, y que los pecados secretos y los que atañen a los varones importantes no pueden incriminarse en público, pues muchas veces sucede que no pueden hacerse de otra manera las cosas que se dice que han sido precisamente hechas: en la práctica política, los juicios de quienes han hecho unos cálculos y han calibrado unos resultados divergen mucho de las opiniones de quienes ignoran los poderes de la República y no saben según qué ley y modo se gasta y se consume el erario.

Si el índice hace señas del segundo modo, esto es, si repetidamente se lanza desde los ojos hacia delante, *entonces amenaza.* Y este movimiento de la mano suele acompañarse de palabras amenazantes. Así parece que expresó Filipo, con la lengua y con la mano, la furia de su ánimo, cuando exclamó: «sabed romanos que no se ha puesto el sol de todos los días»; en efecto, la furia no pudo mover la lengua sin que oscilara al mismo tiempo la mano. Ésta fue la causa de su indignación: Acusado por los tesalios ante los legados romanos de sus deshonestas costumbres, se lamentaba de las calumnias, alejadas de la verdad, y como de nada servía, encendido de ira, con la voz y con las manos advirtió: «el día llegará en el que será castigada la soberbia de los romanos». Y con estas palabras él mismo provocó el abucheo de ambas gentes (romanas y tesalias) (Tito Livio, 4 *Decad.,* libro 9).

Dare alicui manum, de un solo modo se dice en latín, pero de muchos en español: puesto que «dar con alguno» significa encontrar alguna vez, como cuando

alguien dice: «Buscaba a Pedro todo el día, pero últimamente di con él.» También es trasladar o conducir a otro lugar, como si alguien dice: «Se levantó después un viento que dio con nosotros en las costas de Irlanda.»

Si se considera el nombre «mano», también significa varias cosas, puesto que estas cuatro frases, «dar de mano», «dar con la mano», «dar mano» y «dar la mano», difieren entre sí. Pues la primera («dar de mano») es descuidar y dejar de proteger. La segunda («Dar con la mano») es golpear con la mano, y hablando en general, golpear con una piedra o con armas indeterminadas. La tercera («dar mano»), permitir, no tiene efectivamente el matiz positivo que parece conlleva la última («dar la mano»): pues decimos «dar la mano», cuando ayudamos a alguien, para que no caiga; y si ya hubiera tropezado, para que se levante.

Y, finalmente, la frase «dar la mano», si se toma en sentido político, es, universalmente hablando, pactar, y cuando se trata de guerra, establecer la paz.

A la vista están selectos ejemplos; expondremos algunos, el primero extraído de la Historia Sagrada.

Había castigado el Señor al malvado Ajab. Había destruido, además, conforme a la profecía de Elías, a sus hijos, parientes y amigos. Y finalmente (II Reyes 10, 15) Jehú, a quien la justicia divina usaba como instrumento,

> encontró a Jonadab, hijo de Recab, que venía a su encuentro; le saludó y le dijo: «¿Es sincero conmigo tu corazón, como lo es el mío contigo?» Y Jonadab le respondió: «Sincero». «Si es así —replicó Jehú—, dame la mano». Jonadab le dio la mano, y Jehú le hizo subir a su carro junto a él, y le dijo: «Ven conmigo y verás mi celo por Yavé». Llevólo, pues, en su carro; y cuando llegó a Samaria mató a cuantos de Ajab quedaban en Samaria,

exterminándoles del todo, según la palabra que Yavé había dicho a Elías.

Desde un principio y también después, los hebreos utilizaron esta costumbre de conciliar los ánimos y este rito de establecer la paz. Así, en I Macabeos 6, 57, aparece Lisias diciendo al rey y a los generales del ejército:

> De día en día perdemos fuerzas, escasean las provisiones y la plaza que combatimos es muy fuerte, y debemos ocuparnos en las cosas del reino. Tendamos, pues, la mano a estos hombres, hagamos las paces con ellos y con todo su pueblo, etc. Fue bien acogida la propuesta por el rey y los generales, y enviaron mensajeros de paz a los judíos, que la aceptaron. El rey y los generales les juraron, etc.

Y cosas semejantes se leen en el Capítulo 11, 49:

> Cuando vieron los de la ciudad que los judíos eran dueños de ella a su arbitrio, perdieron el ánimo, y, suplicantes, clamaron al rey diciendo: «danos la mano y haz que cesen ya los judíos de combatir contra nosotros y contra la ciudad». Y depusieron las armas e hicieron la paz. Los judíos adquirieron grande gloria ante el rey, etc.

En el mismo capítulo, v. 63: «Los de Gaza pidieron la paz a Jonatán, y éste les dio la mano, aceptando como rehenes a los hijos de sus jefes, que envió a Jerusalén», etc.

Y poco después, v. 65: «Simón fue contra Betsur, la combatió muchos días, teniéndola cercada, hasta que le pidieron estrechar la mano (la paz), que les conce-

dió. Los arrojó de allí, apoderándose de la ciudad y poniendo guarnición en ella», etc.

Después, Simón, hermano de Jonatán, sumo sacerdote, general y caudillo de los judíos, asedió y atacó a Gazer, ciudad infectada de superstición en dioses paganos.

> Y los de la ciudad subieron a las murallas con sus mujeres e hijos, rasgadas las vestiduras, y a grandes voces clamaban pidiendo a Simón que les estrechase la mano (que les concediese la paz). Y le decían: «no obres con nosotros según merecen nuestras maldades, sino según tu misericordia». Simón se dejó aplacar y suspendió las hostilidades contra ellos, pero los expulsó de la ciudad, purificó las casas en que había ídolos, y así hizo su entrada en ella en medio de cánticos y bendiciones al Señor.

He aquí cómo los de Gazer, siguiendo un rito material, clamaban y decían a Simón: «acepta y concede la mano», etc. Los cuales, si hubiesen querido expresar la significación de tal rito, hubieran dicho: esto es, «seamos amigos: iniciemos la paz, y entablemos una fiel concordia entre nosotros».

Similar es la historia que se reseña en el v. 49:

> Los de la ciudadela de Jerusalén no podían salir de ella, ni entrar en la región para comprar o vender, y pasaban mucha escasez, pereciendo de hambre muchos de ellos. Clamaron a Simón para que les diese la mano (la paz), y él se la dio, echándolos de allí; limpió la ciudad de impurezas y entró en ella, etc.

En II Macabeos 4, 32, el historiógrafo relata la perfidia en el asesinato de Onías con estas palabras:

> Menelao, juzgando la ocasión propicia, arrebató ciertos objetos de oro del templo, que regaló a An-

> drónico; otros logró venderlos en Tiro y en las ciudades vecinas. Cuando de esto supo con certeza Onías, que se hallaba retirado en su lugar de asilo junto a Dafne, cerca de Antioquia, le reprendió. Por lo cual Menelao, llamando aparte a Andrónico, le pidió que matase a Onías, y aquél, yendo a verle, con dolo, dándole la mano y haciendo juramento, persuadió a Onías (aunque a éste no dejaba de serle sospechoso) a que saliese de su asilo, y al instante le mató, sin respeto alguno de la justicia. Fue esto motivo de que, no sólo los judíos, sino también muchos de las otras naciones, se indignasen y llevasen muy a mal la inicua muerte de tal varón, etc.

Y aquí, además del rito principal de *dar la mano,* quiero señalar varias cosas: primera, me fijo en el término *certissime* (con certeza), para que sepan quienes quieran corregir al prójimo que deben, en caso de duda o probabilidad, callar, y que no deben convertir a nadie en reo hasta que les conste *certissime* (con certeza) que él ha cometido el crimen. En segundo lugar, me fijo en la expresión *apud Daphnem* (junto a Dafne), para que conste cuán grande es el respeto de asilo. El lugar era pagano y, sin embargo, en él un judío se hallaba seguro y asilado. Por tanto, puesto que la inmunidad se concede al lugar mismo, también los judíos, paganos y mahometanos deben tener asilo en nuestros templos, esto es, estar protegidos y seguros. Antonio Cotonio, *In Summ. Dianae, verb. Immunitas,* núm. 14, sostiene que, de acuerdo con la constitución gregoriana, todas las personas, sin exceptuar las afectadas por delitos, y aunque sean infieles o judíos, pueden gozar de la inmunidad de la iglesia y librarse del rigor del derecho en lugar sagrado: porque, sin duda alguna, los derechos no hacen excepción con estas personas, y las personas buscaban refugio seguro en los asilos de los gentiles de cualquier religión. Ésta es la razón: que la inmunidad ha sido con-

cedida, no a la persona, sino al lugar. Hago notar, en tercer lugar, que la vida o cualquier otra cosa que los hombres hayan pactado «dándose la mano» es un deber, no sólo de lealtad, sino de justicia. Y esto lo demuestran aquellas palabras de la Sagrada Página: *non veritus Iustitiam,* y estas otras: *de nece injusta.* Y la razón es que por medio de un contrato, así como uno adquiere derecho sobre tal cosa, así otro lo adquiere sobre tal otra; y actúa injustamente quien priva al prójimo de la cosa en cuya posesión está por derecho.

En II Macabeos 11 se aducen dos cartas del rey Antíoco. En la primera, dirigida a Lisias, dice: «Harás, pues, bien en ir a ellos y darles la mano (hacer con ellos la paz), para que, sabiendo nuestra voluntad, vivan contentos y atiendan a sus propios negocios.» Y en la siguiente, dirigida al senado de los judíos, dice:

> y a los que lo hagan hasta el treinta del mes de Xántico les damos la mano de la sinceridad, para que los judíos puedan usar de sus comidas y de sus leyes como antes, y nadie sea en modo alguno molestado por los errores que por ignorancia se han cometido, etc.

Y en el v. 11 del capítulo siguiente se dice:

> Empeñada la lucha, con la ayuda de Dios, los de Judas salieron vencedores, y los árabes nómadas, vencidos, pidieron a Judas que les diese la mano (la paz), comprometiéndose a darles ganado y ayudarles en todo. Judas, convencido de que en mucho le podían ser útiles, les prometió la paz, y, una vez estrecharon las manos, se retiraron los árabes a sus tiendas, etc.

Y en el Capítulo 13, 22: «Por segunda vez el rey entró en tratos con los de Betsur y, una vez se estrecharon las manos, se retiró», etc.

Y luego, en el Capítulo 14, 19:

> Por eso envió a Posidonio, a Teodoro y a Matatías para que se estrechasen las manos (para proponer la paz). Después de un largo examen de las condiciones y de haberlo comunicado el general a la muchedumbre, de común acuerdo convinieron en hacer conciertos de paz, etc.

Pondré fin a esta disertación sobre la tradición de dar la mano aduciendo las palabras que se leen en Gálatas, 2, 7:

> Cuando vieron que yo había recibido el evangelio de la incircuncisión, como Pedro el de la circuncisión —pues el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión obró también en mí para el de los gentiles—, Santiago, Cefas y Juan, que pasan por ser las columnas, reconocieron la gracia a mí dada, y nos dieron a mí y a Bernabé la mano en señal de comunión, para que nosotros nos dirigiésemos a los gentiles y ellos a los circuncisos. Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres, cosa que procuré yo cumplir con mucha solicitud.

Y aquí nota, en primer lugar, que en vano pretenden los *novatores* extraer de este pasaje que Pedro no es el príncipe de los apóstoles; pues las palabras de Pablo apuntan en otra dirección, como eruditamente persuade el padre Angelo Petricca a Sonnio en su *Turris David,* libro 2, disp. 1, pág. 50, en el § *ad illud Dextras*. Nota, en segundo lugar, que también entre amigos se da la mano en señal de comunión. Por eso, Crisóstomo, al explicar este pasaje, comienza así: «¡Oh, qué eximia prudencia!, ¡oh qué demostración irrefutable de concordia! muestra este pasaje, y que la doctrina de aquéllos es la de él mismo, y que la de él es la de ellos.»

De ahí que cierto *Junior,* para expresar que Tomás es tan fidelísimo intérprete de san Agustín y que la doctrina de cada uno de ellos era la del otro, mandó pintar en un cuadro, *datis manibus* (mejor, en español, «dados de las manos») a estos dos sumos doctores, que reconocemos son columnas de la doctrina ortodoxa. Nota, en tercer lugar, cuánta atención prestaban a los pobres san Pedro y los demás apóstoles, y que recomendaban a Pablo. Aprendan, pues, los apóstoles de nuestro tiempo (los obispos) que si alguien se olvida de los pobres, no usa, sino que abusa, de las rentas, que han sido legadas por sus fundadores, no para alimentar la soberbia y la pompa de ellos, sino para socorrer a los pobres. Pero advierto que con el nombre de «pobre» siempre entiendo a los verdaderos pobres: los que no pueden agenciarse lo necesario; y no a los hombrezuelos perezosos, a los que favorece en su indolencia la confusa devoción de algunos ricos; pues contra éstos, como contra los males de la República, a menudo son publicados por reyes y príncipes severos decretos.

Además de los autores sagrados, también en los libros de los paganos encuentro muy frecuentemente ejemplo de este signo εἰρηνικοῦ (de paz). En Virgilio, *Eneida,* 8, Palas acoge pacíficamente a los teucros y dice a Eneas: «¡Oh, quienquiera que seas!, desciende a la orilla y ven a hablar con mi padre, y sé huésped de nuestros Penates; le tiende la mano y le abraza largamente y juntan sus diestras. Dejan el río y echan a andar por el bosque.»

Y luego, al generoso y benigno Palante dice Eneas: «Acepta, pues, mi fidelidad ¡oh señor!, y dame la tuya. Tenemos pechos llenos de ardor y una juventud valiente y esperanzada.»

Y en la *Eneida,* 10, entre otras cosas vociferaba Juno: «¿Qué diré de buscarse suegros, y arrancar a las

ya prometidas de los suyos? ¿Qué de implorar la paz con la mano y a la vez colgar las armas de las popas?»

Aquí consta que una cosa es «pedir la paz» *(pacem orare)* y otra «hacer la paz» *(pacem inire):* pues se pide la paz cuando se tiende la mano; pero se hace, cuando se acepta esa mano.

De ahí que, luego, los romanos conservaron este rito: y en los símbolos, cuando pintaban dos manos (dada y aceptada), significaban la paz. De este mismo modo establecían los pactos y ofrecían sacrificios a los dioses de la paz (Gel. Rhod., libro 4, cap. 3; Pierio Valeriano, libro 35; Plinio, libro 1, cap. 45; Livio, libro 23; Virgilio, libro 8 y 11; y en otros muchos lugares).

Numa Pompilio, a quien atraían mucho los símbolos morales, colocó la fe en la mano derecha; para que todos supiesen que era lo mismo dar la mano que la fe. Por eso, aquellas palabras de Eneas que poco ha hemos reproducido, *acepta y dame la fe,* son metafóricas; y gramaticalmente serían: *acepta mi mano y dame la tuya* (Livio, libro 1).

Según cuenta Josefo, *Antiquit.,* libro 18, cap. 12, Artábano, rey de los partos, para confirmar la paz comprometida con Anileo, le dio la mano.

Con tanto odio perseguía a los romanos la esposa del rey Sifax, de nombre Sofonisva, que, cuando finalmente fue capturada por Masinisa, prefirió sufrir cualquier pena con tal de no ser entregada al romano. El vencedor le dice que se esté tranquila, y le promete que no será entregada a ningún romano; y para que quedase segura y tranquila le dio la mano (Livio, libro 30).

Juliano no pudo obtener de Nebridio que éste le prometiese, junto con los demás, fidelidad contra Constante. Estaba Nebridio obligado a Juliano por grandes beneficios, pero rehusaba reconocer gratitud. Van a por él los soldados, y le hubiesen matado a no ser por la protección de Juliano. Sumisamente da las

gracias a su ὑπερασπιστῆ (superprotector), y para estar más seguro le pide la mano. Juliano se la niega diciendo: «Si se la doy al enemigo, ¿qué voy a dejar para poder honrar a los amigos?» (Amian. Mart., libro 21).

No sólo realmente, sino también moralmente se daban las manos; pues lo mismo que hoy se envían por mensajero «besos de manos», y en español se dice: «a Fulano daréis mis besamanos», así también en otros tiempos se enviaba por un intermediario el ofrecimiento de manos. Así es confirmado por Quinto Curcio, quien, en el libro 5, *in fin.*, describe minuciosamente la muerte de Darío, y entre otras cosas cuenta que Darío, cuando ya estaba a punto de morir, había dado las gracias a Alejandro por los favores y honores prestados a su madre e hijas, cuando estaban cautivas, y que había dicho: «Acepta esta mano, Polístrato; y así como de mí la aceptas, así en mi nombre se la tenderás, y en ella mi fe, a Alejandro Magno; y suplicante le pedirás que la vindicación de mi muerte se convierta en causa común para todos los reyes.» Y ciertamente, es causa común para todos los reyes la protección contra el regicidio[10]. Y Darío[11], vencido por Alejandro una

---

[10] A partir de los nombres *pater* y *caedes* se obtiene *Parricidium* (parricidio), esto es, *patris-caedes* (matanza del padre). Sólo de este vocablo han usado los antiguos; pero no emplean los que podrían y deberían, si por la misma regla hubieran dicho *Matricidium* (matricidio), *Fratricidium* (fratricidio), *Regicidium* (regicidio), *Tyrannicidium* (tiranicidio), y otros vocablos similares.

[11] *Darius* alarga la penúltima sílaba, pues en griego se escribe Δαρεῖος, con acento circunflejo en ει. Dice el mantuano:

Tampoco relatan de qué muerte pereció Darío el persa, etc.
Qué pueblo de los descendientes de Eneas, qué reinos del negro
[Darío.

vez y otra vez e incluso una tercera vez, provoca tanta indignación ante los suyos, que por ellos mismos es, al final, capturado y asesinado. Claudiano, en *Epistola ad Adrian.,* dice que «Darío pereció a manos de un siervo suyo». Y cosas similares se narran de Jerjes y otros generales vencidos.

Y puesto que las cosas con el uso común se devalúan, para que esta ceremonia de dar y aceptar la mano conservase el honor y la dignidad debidos, Pitágoras mandó a los de Samos que no diesen la mano sino en contadas ocasiones y en asuntos importantes. (Véase don Cristóforo de Benavente, *Legati,* cap. 23, pág. 543).

Ya sé que entre los persas, armenios, escitas y medos se ha deshonrado la pureza de esta ceremonia con un rito a veces un tanto espurio. Según Gemistius Pletho, *De rebus Graecor. & Persar,* libro 2; Tácito, *Annal.,* libro 12, cap. 10; Solinus, *Polistor.,* cap. 20, éstos se cortaban las venas y daban a beber la sangre propia como testimonio de amor mutuo. Esta sangre la extraían los lidios de las venas que están junto a los hombros; los cármanos, de las venas de la frente; y otros, de otras. Y escribían con sangre los documentos pac-

---

Y no voy a admitir que este cuidadosísimo poeta haya pensado que los persas eran negros; pues sabía que eran blancos; mas toma este vocablo («negro») metafóricamente; es decir, con el sentido con que exclama el español cuando dice: «¡Ay negro de mí!», esto es, «¡Ay pobre de mí!». El término «negro» es también un epíteto, que en España se asocia a pecado, de ahí que el padre Castroverde, eclesiástico eximio, dice a los mercaderes impíos que ayuntan siervos y siervas para multiplicar las proles y conseguir esclavos que vender: «Si os fuessedes al Infierno por negros de vuestros pecados, os podría tener lástima; pero no os la tengo, quando veo que os queréis condenar por los pecados de vuestros negros.»

tados, adoctrinados por Demón, según el cual los contratos se escriben con sangre de brujos. (Véase Pedro Damián, Sermón 1, de Nativit.)

Y en la actualidad, entre los germanos hay tanto respeto a la acción de dar la mano que quien la viola es considerado un infame si ha prometido algo estrechando la mano. ¿Por qué no exponer el siguiente caso para afianzar la anterior doctrina? El año 1644, estando yo junto con el reverendo Salemitano visitando unos monasterios en Baviera, me quedé algún tiempo en Furstenvelden, en donde me encontré con no pocos doctos varones. Y allí me contó el prior que cierto anciano noble e ilustre le había confesado un sórdido crimen, y después de la absolución le había dicho: «Señor Padre, prométeme que vas a guardar el secreto.» El prior le expone la fuerza del secreto natural, le explica el respeto al sigilo sacramental, le detalla las censuras y las penas lanzadas en el derecho canónico contra quienes violan este secreto, etc. Todo esto escucha el noble con suma atención, pero añade: «Dame, pues, la mano, para que pueda quedar tranquilo.» ¿Qué más grande hubiera podido decir para comprender cuán grande es la fidelidad de los germanos a la acción de estrechar la mano?

Con la mano también llamamos a quien queremos; de manera que ese mismo movimiento equivale a estas palabras: «ven aquí», mas con esta diferencia: que tenemos la palma hacia abajo cuando llamamos a un plano inferior; y hacia arriba, cuando llamamos a uno superior o igual.

Poniendo la mano delante de la boca solemos prevenir al amigo; y entonces, esta posición de la mano equivale a esta palabra: «calla». En esto se fijó Antonio Pérez, implicado en importantes negocios que requerían secreto sumo; expuso en su casa, en Milán, unos valiosos περιστρώματα (tapices) confeccionados en

oro y seda, en los que se representaba al Minotauro señalando con la izquierda el laberinto y poniendo el dedo de la derecha delante de la boca: insinuando con este emblema que todo el laberinto político dependía del secreto, y que, violado éste, al instante quedaría destruido aquél.

Esta manera de significar silencio está aún en uso: En la comedia de don Pedro Calderón, que se titula *En esta vida, todo es verdad, y todo es mentira,* acto 2, pág. 11a, Lisipo, volviendo los ojos no responde a Foca, y expone por qué no puede con estas palabras:

> Cierta Deidad, que esotra vida guarda:
> Tú no la ves, yo sí: la vi enojada y bella,
> Con el dedo en los labios los míos sella:
> No me afflijas pues ves, que te obedezco:
> No me amenazes, pues por ti emmudesco.

Con un rito muy antiguo, entre los griegos o incluso entre los latinos, los príncipes, cuando querían mantener algún secreto, llevaban el sello a la boca del ministro, y este acto, aunque completamente mudo, equivalía a este precepto: «escucha esto bajo sello de secreto natural».

Celio, «indicando a Dulce con el dedo, metió la mano bajo el manto»; ¿y qué —pregunto— significó? Hay un adagio extendido por todas partes, «tiene la mano bajo el manto», esto es, «está inerte, lánguido, apocado». Y viene del gesto de los oradores, los cuales, cuando languidecen, ocultan la mano bajo el manto; cuando se exaltan, la sacan fuera.

La extensión de la mano, como también el asentimiento por señas, *es concesión de la cosa pedida:* y esto se prueba clarísimamente en Marcial, quien en su libro *De spectaculis,* libro 1, epigrama 20, cuenta esta historia:

Educaba Domiciano en el aula, como propios y particulares suyos, a dos gladiadores: uno llamado Mirino (de quien trata también en el libro 2, epigrama 29) y el otro llamado Triunfo. Eran excelentes en fuerza y versadísimos en el manejo de la espada. Después de haber saltado muchas veces a la arena y quedar empatados, el pueblo, dividido en partes, reclamaba el actuar como cuestor. Una parte se inclinaba por Mirino; la otra, por Triunfo. El emperador, con la mano extendida, significó que concedería conjuntamente ambas cosas. Y esto es lo que celebró Marcial en el siguiente cuarteto:

> Mientras esta parte se inclinaba por Mirino,
> [aquélla lo hacía por Triunfo.
> Prometió por igual Cesar con ambas manos.
> No pudo acabar mejor la festiva[12] lucha.
> ¡Oh dulce ingenio de invicto príncipe!

Elevaban la mano los antiguos en los juramentos; y se prueba clarísimamente por el cap. 14, 22, del Génesis. Volviendo, en efecto, Abram de derrotar a Codorlaomor y a los reyes que con él estaban, le salió al encuentro el rey de Sodoma, y le dijo: «Dame las personas; la hacienda tómala para ti.» Y Abram (todavía no era llamado Abraham) le respondió: «Alzo mi mano a Dios, Señor excelso, dueño de cielo y tierra, que desde un hilo hasta una correa de zapato no tomaré yo nada de cuanto es tuyo, para que no digas: yo enriquecí a Abram.» Isidoro Clario, al dilucidar la palabra «alzo», dice: «es un modo de jurar». Por tanto, estas palabras del patriarca, «alzo mi mano a Dios», equivalen a éstas: «juro por Dios». Y encontrarás simi-

---

[12] ¡Oh cruel y bárbara educación de los hombres!, según la cual entre el juego y la diversión los hombres se mataban.

lar modo de jurar en Daniel 12, 7; Apoc. 10, 5; y en otros lugares.

La otra frase, «desde un hilo hasta una correa de zapato», bien se entiende. Es, dice Clario, «de la cabeza a los pies, de lo máximo a lo mínimo». Y, sin embargo, no bien se explica el rigor de las palabras, pues donde el latín dice «a filo», el hebreo tiene מהוט *mihvt;* el griego, «ἀπό σπαρτίου, desde el hilo de un tejido»; el español diría «desde el cordón del sombrero hasta la cinta del zapato».

Entre los proverbios militares circula este dístico:

Mientras que la tierna (en sentido cortesano) mano puede esquilar la cola del espumeante caballo,
La mano firme no puede arrancarla.

Y se aclara en la historia que leemos en Valerio Máximo, libro 7, cap. 3. Querían, en efecto, los lusitanos, por cuanto eran de noble raza y diligentes, combatir con los romanos en batalla abierta, pese a que se lo desaconsejaba su jefe Sertorio. Entonces, este prudente varón, para hacerles cambiar de parecer mediante un ejemplo, ya que no podía hacerlo con palabras, puso ante su vista dos caballos: uno sanísimo; otro lánguido y enfermo; manda que se presenten dos varones: uno anciano y enfermo; otro joven y robusto; manda al anciano que poco a poco esquile la cola del caballo más fuerte; manda al joven que arranque la cola del macilento y enfermo. Consigue lo que se le manda el anciano; al joven, en cambio, le faltan energía y fuerza. «Y así —dice Valerio— la gente bárbara, ruda y terca para los asuntos políticos, precipitándose en su ruina, la utilidad que con los oídos rechazara, la vio antes con sus ojos.»

Esciluro (en griego se dice Σκίλλουρος y Σκύλλουρος), estando próximo a la muerte, y queriendo consignar como testamento para los ochenta hijos que de-

jaba con vida un consejo político, mandó que le trajesen un haz de flechas, e indicó a cada uno de ellos que, si era capaz, lo quebrase. Mas al decir ellos que no podían hacerlo, él mismo, aunque débil y enfermo, tomando una a una fácilmente las quebró (Plutarco).

Y, ciertamente, este prudentísimo varón mucho dijo sin pronunciar palabra: pues enseñó a sus hijos que nadie, por muy fuerte que fuera, habría de poder con ellos, si permanecían unidos y en concordia; pero, si se separaban y dividían, serían vencidos por cualquiera, por débil que fuese.

Señalar con la mano o con los dedos es una frase de señal. De donde surge el proverbio: «y mostrar pulcramente con el dedo también es decir aquí está». Del cual usa, entre otros, Iacobus Gretserus, *Instit. Linguae Graecae,* libro 2, cap. 1, pág. 7.

Alzar el dedo es prometer. En don Antonio *(sic)* Moreto, *Comed.,* tomo 30, pág. 88, a. b., encuentro:

> *Inés.* Pues dile, que venga luego.
> Que tiene franca licencia
> De mi señora. *Martín.* Esto es hecho.
> Y nosotros, ¿en qué altura
> Quedamos? *Inés.* Ya nos veremos.
> *Mart.* ¿De veras? *Inés.* Y muy de veras.
> *Mart.* Tu nombre. *Inés*. Inés. *Mart.* Alça el dedo.

Empuñar la espada es agarrar la empuñadura de la espada con la mano, y tiene diversas acepciones según las circunstancias. Quevedo, en su *Bruto,* pág. 48:

> Dixóse luego que César venía ya en la litera, y en el camino a vista de Bruto y Cassio, Popilio Lena (el que los havía saludado como sabidores de la[13] con-

[13] En los campamentos, durante la noche, *datur nomen,* se establece un nombre por el capitán, para distinguir a camaradas de

juración) hizo parar la litera[14] y atendiendo cuydadosos los dos, se detuvo hablando con César en secreto grande rato: y no oiendo la plática Cassio, ni Bruto, sospechando, que sería darle noticia de sus intentos, algo se cayeron de ánimo. Y como Cassio y otros recelosos de esta plática, empuñasen[15] las espadas, congeturando Bruto de las acciones[16] de

---

extraños y exploradores. Se pasa el nombre a los centinelas que están en las garitas, quienes permiten pasar a los que se acercan, si lo profieren; sólo así y de ninguna otra manera. Ciertamente, puesto que toda conjura es una noche, en la que muchas cosas aparecen pero pocas iluminan, algún signo secreto usan los conjurados para reconocerse entre sí. Y aquí, parece que Bruto dio alguna palabra de la que usar en el saludo que fuese insólita, pues llevaría a confusión en caso de que pudiese ser común a otras.

[14] Esta circunstancia demuestra cuán grande fue la humanidad de los emperadores y reyes antiguos. Nadie hoy en día se atreve a detener el coche de un simple noble.

[15] Agarrando las empuñaduras de las espadas (en español, «empuñando las espadas») advertían a Bruto de que había peligro en la demora, y que cuanto antes debía cometerse el parricidio, no fuera descubierta la conjura y pereciesen todos.

[16] Y aquí, fíjate en César y en Bruto. Aquél oía a Popilio, éste lo veía; y aunque no percibió palabra alguna, vio en los movimientos lo que decían, y ordenó a Casio y al otro que desechasen toda funesta sospecha.

He aquí que Lena, Casio y los demás hablaban entre sí con las manos.

¿Y también con las manos pueden los hombres mentir? Sin duda podrán; pues pueden y suelen afirmar y negar. Por tanto, dejando esto en suspenso, pues es cierto e incuestionable, pregunto: ¿Pueden retoricar los soldados con el gesto de las manos? Y me refiero a los soldados en particular, pues parecen ser bastante vivaces en sus acciones.

Aunque otras figuras y convenientes encantos del buen orador resplandecen, a veces, con el movimiento de las manos, la hipérbole es más perceptible que las demás, pues algunos, al lanzar y agi-

> Popilio, que le pedía para sí alguna cosa con vehemencia, y que no los delataba, desengañando los asseguró a todos de la sospecha, que los azeleraba. Poco después Lena, despidiéndose de César, le besó la mano, declarando con las postreras palabras, que le havía pedido alguna merced para sí.

En estas líneas cabe hacer muchas anotaciones; mas me fijaré en las que conducen a nuestra argumentación.

Morderse el dedo suelen hacer los hombres desesperados; y parece que esta costumbre ha sido constante a lo largo de los siglos, pues leo en Homero

> —Βάτραχ.
> Αλλ'ἐπί λέκτρον ἰών ἄκρον δάκτυλον[17] καταδάκνω.

Tendiéndome en el lecho me muerdo el dedo pulgar.

En una carta escrita en Sant'Angelo, el 18 de noviembre de 1670, se refiere:

---

tar las manos, son tan arrogantes que parece que están en peligro la vida y la salvación de los presentes, y que el perdonársela y su suerte pende de si él contiene o deja seguir el movimiento de su mano. Pero estas hipérboles, que el vulgo suele llamar «Rodamontadas», bien pensado, no se diferencian mucho de las mentiras. Y pongo como ejemplo a Tersitias, quien, como escribió Vélez:

> Caló el sombrero,
> Metió mano a la espada
> Y dixo, Voto a Christo,
> Y no huvo nada.

[17] El nombre ἄκρος significa *summum* y *extremum,* y aquí se toma por el pulgar; pues éste es el dedo que uno se muerde en la desesperación (en español, «en un despecho»).

> Morì l'Huomo fulmineo[18] il quale fu privato di vita da un Pastore d'animali immondi con una pietra posta in una fionda. Questo constituito in agonia mordeasi il dito pollice, lamentabasi ad alta voce dicendo Eh! Che un'huomo da niente mi hà ammazzato!

Quien quiere significar que él está tolerando con gran tedio e impaciencia las insolencias de alguien, si es español, toca con la mano la garganta y dice: «Me tiene hasta aquí.» En la comedia titulada *El Santo Christo de Cabrilla,* cuyo autor es don Agustín Moreto, en la parte XXXIV, núm. 3, exclama Carreño:

> Esse picaro me tiene
> Hasta aquí, Señor Centeno.

Estas palabras, a menos que se complete su significación con la mano, no podrían, aunque se oigan, ser entendidas.

¿Y qué quería decirnos Manlio, cuando dirigiendo la mirada a Fanio metió la mano en el seno? Probablemente, si tratase con otros, a duras penas sería entendido; pero, puesto que sabía que nosotros habíamos leído a Teócrito, con este gesto tácitamente nos insi-

---

[18] En el reino de Nápoles, cada jefe de ladrones, para infundir terror, se ponía un nombre que sonaba o significaba algo terrorífico. Muchas cuentas tuvieron que pagar los salernianos y los campanienses a quien le dio por llamarse «Infernal» y recorría toda aquella provincia. Otro, que atendía al nombre de «Briareo» o «Centumvir», expoliaba a los viajeros de Sant'Angelo. Y quitado éste o aquél de en medio, un «Tigre», «Toro», «León» y otros similares les fueron siguiendo, y a ejemplo de ellos, este último, que hemos dicho fue matado por un pastor, se llamaba «el Hombre Fulmíneo».

nuó que «Manlio era tacaño y avaro». Pues aquél había cantado en *Charites:*

> —Νενίκιωται δ'ὑπό περδέων
> Πῶς δ'ὑπό κόλπου χεῖρας ἔχων
> πόθεν ἄυξεται ἀθρεῖ
> ῾Αγυρος

> —Vencido por la concupiscencia del lucro,
> Metiendo las manos en el seno, de una única cosa [está pendiente,
> De qué manera pueda crecer su montón de dinero.

Pero hoy, cerrando la mano significamos mejor y más fácilmente que alguien es avaro y tacaño.

Por aquí se aclara lo que quiso significar Zenón (a quien me referiré de nuevo en la Sec. V, ya que allí trataré más y mejor de este asunto) cuando decía que la Retórica era similar a la mano extendida, en tanto que la Dialéctica lo era al puño cerrado, debido a que los oradores hablan de manera más extendida, en tanto que los dialécticos lo hacen de manera más parca y comprimida (Cicerón, *De Finibus,* libro 2 y en *Orat. de Brut.;* Quintiliano, libro 2, cap. 21). Y de aquí colige, de paso, que en vano se hace por mucho lo que puede hacerse por poco, que parco es el genio de la naturaleza, y que una filosofía, sea real o moral, si abunda en exceso de formas o formalidades, conlleva una mala dialéctica.

La mano con la palma vuelta hacia arriba suele significar *patrocinio y aceptación; vuelta hacia abajo, desprecio y aversión.* Don Juan Antonio de Vera y Zúñiga en su *Embaxador,* disc. 1, f. 42a, escribe lo siguiente:

> Suelen algunos Embaxadores con valores mal sazonados dar a la mano occasión de lograr con ellos concepto o accion ayrosa. Tal la dio el Emba-

> xador de Carthago a Andromacha, que poniendo la mano la palma arriba, y luego volviéndola a baxo le dio a entender, que si no hechaba de Taurominio los de Corintio, que amparaba, que la ciudad, que en su prosperidad significa la mano vuelta azia arriba, se la pondrían los Carthagineses vuelta azia abaxo. A lo qual riendo Andromacho, valiéndose de las mismas señas, les dixo, que se partiessen luego poniendo la mano azia arriba; o que a ellos, y a los navíos, en que havían venido, los volverían, como él volvía la mano.

Me gustaría añadir las preciosísimas palabras dichas por Vaguis, orador de los partos, al cónsul romano Craso. En efecto, como éste hiciese avanzar un numeroso ejército hasta sus fronteras sin explicar suficientemente el motivo, comisionaron los partos a un orador para que averiguase sus intenciones, le pidiese explicaciones y, en fin, le dijese:

> Esta guerra que amenazas, bien se entabla a sabiendas y con el consentimiento del senado, bien procede de tu privada voluntad. Si lo primero, es injusta y sacrílega: pues está por medio la paz confirmada con juramento por ambas partes; y nosotros nunca hemos faltado a los artículos exigidos en el pacto. Si lo segundo, te aconsejamos que este floreciente ejército y tu vejez puedan emplearse y gastarse, no en sacrilegios, sino en promesas sagradas.

Y Craso le dijo: «responderé a Seleucia» (pues era Seleucia la metrópolis regia de los partos). Oído lo cual, el legado le mostró la palma de la mano diciéndole: «antes nacerá aquí la hierba que tú veas los muros de Seleucia». (Véase el mismo don Juan Antonio, disc. 2, f. 142b).

Quien acaricia con la mano la mano del amigo suaviza y tácitamente parece decir: «sé condescendiente

con las promesas hechas, puesto que las circunstancias lo requieren».

Y cuando la caricia es mutua significa concordia en deseos similares. De aquí sale aquel adagio griego, χείρ χεῖρα νίπτει, «la mano a la mano frota», o como interpretan otros, «lava». Por ahí podemos saber qué quiso significar Gnejus al decir a Polión: Μή μοι κενεάν ἀπομάξης, «no me frotes la vacía» (sobrentiéndase χεῖρα, «mano»); pues estas palabras equivalen a estas otras: «no me ablandes». No comprendió, pues, Langio las palabras de Mina; pues dijo, «parece que son las de quien ofrece una bofetada».

En lugar de aquel adagio, «la mano a la mano lava», tiene el español: «hazme la barba, y haréte el copete», por similitud tomada de los barberos, quienes se afeitan unos a otros en servicio alterno, y se refiere a los contratos sin nombre, que a falta de nombre adecuado, se dice: «haz y haré» o «da y daré».

Coger con la mano el mentón es propio del hombre meditabundo; pero *agarrar con la mano el mentón de otro* lo es del atacante, que no permite al otro ni hablar ni escapar. De lo primero: Homero, *Odisea,* 4:

> Ἀλλ'' Ὀδυσεύς ἐπί μάσταϰα χερσί πίεζε
>
> Pero Odiseo cogió con las manos la cara o el mentón.

Así traduce el padre Iacobus Gretserus, libro 3, cap. 9. Entre paréntesis: además de la mutación de la letra Δ en Λ, en el nombre de Ὀδυσεύς, *Vlyses,* cuyo origen hay que pensar está probablemente en la escritura (puesto que estas letras son similares en la figura más bien que en la pronunciación), la voz μάσταϰα, o como otros prefieren μύσταϰα, que es de significación desconocida, si en español hace «los mostachos (los bigotes)», entonces de manera un poco distinta significa

ánimo distraído y que está meditando en varias cosas. Carece el latín del correspondiente nombre, y por eso dice que los μάστακας son los pelos que nacen en el labio superior.

Sobre la violencia con la que alguien arrastra por el mentón a otro y lo sacude dice Thryphiodorus:

> Μύσταka δ'ἀρρήκτοισιν ἀλυκτοπέδησι μεμαρπώς
> [εἶχεν ἐπικρατέως.
>
> Le tenía firmemente agarrado por las barbas.

Y Homero, *Odisea,* Ψ:

> Ἀλλά με κεῖνος ἐλών ἐπί μάστακα χερσίν
> [οὐκ ἔα ἐιπέμεναι
>
> Pero él, agarrándome con las manos por la barba, no dejó de hablar.

El signo de silencio se da con la mano; y esto es muy frecuente; de ahí que también el Apóstol Pablo utilizase este signo para indicar silencio; pues en Hechos de los Apóstoles 13, 16, leemos: ἀναστάς γάρ Παῦλος, καὶ κατασείσας τῇ χειρί, εἶπεν. «Levantándose, pues, Pablo, e indicando silencio con la mano, dijo.» (Se canta esto en la misa del tercer día de Pascua).

He dicho que el dedo puesto sobre la boca no sólo designa silencio, sino que también lo impone; y puesto que me viene a la memoria una historia digna de ser oída y oportuna al caso, aquí la escribo. Se hace venir de la ciudad de Constantinopla, a instancias de Sebastiano Ziani, *duce* de Venecia, a un arquitecto, para erigir el templo de san Marcos. Éste, aparte de elevadísimas remuneraciones, exige poner una estatua suya en el lugar más majestuoso del templo. Acceden los patrones; y este hombre griego, puesto que cada día pe-

día más y no todo lo conseguía, llevado por la soberbia y la impaciencia, dijo: «Con mayor magnificencia y belleza hubiera levantado el templo, si no se hubieran presentado, dentro de la obra misma, muchos obstáculos, que me volvieron más prudente.» Estas palabras, dichas desde la ligereza y la arrogancia, fueron oídas con desagrado por el *duce,* quien sonriendo respondió: «y nosotros nos volveremos más prudentes respecto de poner la estatua». Por esta razón, erigieron la estatua de mármol, no donde quería el griego, sino enfrente del vestíbulo, con la mano puesta sobre la boca, como si reprobase la temeridad en su manera de hablar. (Ignatius, libro 6, cap. 5).

This page intentionally left blank

Sección V

Sobre la retórica de la Quironomía

Todo lo dicho hasta aquí quizá pueda parecerle a un amante de las musas que pertenece a la Gramática. Añadamos algo sobre el gesto que es dilucidado por los oradores, pues las partes de la Retórica son cinco: invención, disposición, elocución, memoria y pronunciación. A esta última pertenecen la dicción, la disposición del cuerpo, el modo de proferir y el movimiento de las manos. De todas ellas voy a tratar brevemente. Y no creo que es danzar fuera del coro juzgar que el autor natural de las cosas colocó en la mano humana eximias ciencias, y entre ellas ésa de la que ahora disputamos, la Retórica. Y para persuadir de esto de manera lúcida y cuidada están las palabras de Cicerón, por muchos aducidas, mas por pocos bien dilucidadas.

> Zenón —dice (en *De finibus,* libro 2)— decía que toda la fuerza del decir reside en dos partes: la Retórica, que es similar a la palma de la mano; y la Dialéctica, que es similar al puño; porque los oradores hablan de manera más dilatada; en tanto que los dialécticos lo hacen de manera más comprimida.

Y, ciertamente, con la mano, no sólo hablan, sino que también se expresan los hombres: pues en el padre Marino Mersenne, *In Genes.*, cap. 4, v. 21, encuentro estas palabras de Demetrio: «ἀκούω ἄνθρωπε ἃ ποιεῖς οὐκ ὁρῶ μόνον ἀλλά μοι δοκεῖς τᾶις χειρσίν ἀυταῖς λαλεῖν, «oigo, ¡oh hombre!, lo que haces, y no

sólo lo veo, sino que incluso con las propias manos me parece que hablas». Por tanto, no sólo con la lengua, sino también con las manos, hablan los hombres. ¿Y también con las manos retorican? Sin duda, el movimiento de las manos aumenta la eficacia del decir; pues hay oradores que parecen estár inculcando en los ánimos con la mano lo que expresan con la lengua. El autor de *Corona gótica ad ann.,* 418, pág. 40, expone la inteligencia de Constancio, quien propuso la paz a los godos con tal artificio que los convenció de ella sin insinuar si él estaba a favor o en contra. Según este autor, las últimas palabras de la declamación fueron éstas:

> No es poca gloria que vencedores y triumphantes los Romanos de todas las naciones, remitan a nuestro arbitrio la Paz o la Guerra. Eligid Vosotros la que fuere más conveniente al honor y conservación deste Sceptro; que yo dispuesta tengo esta Mano para exercitar la una, o firmar la otra.

Y añade el historiógrafo: «Estas ultimas razones representadas vivamente con el movimiento de la mano, y con las acciones del semblante, dexaron persuadidos a los Oyentes, que convenía la paz, y assi con acuerdo de todos se hizieron las capitulaciones.»

Fíjate en el término «persuadidos». Así pues, dado que en el discurso persuasivo concurren la Gramática, la Lógica y la Retórica, y que los movimientos de las manos son elocuentes y persuaden, hay que pensar que Saavedra consideró que estas tres nobles ciencias son ejercitadas por el quirónomo.

Invención

Así pues, el primer cuidado del quirónomo que desea retoricar atañe a la moderación de la voz: debe, en efecto, no cantar, sino decir. Pues cantamos cuando

pronunciamos con tono musical; decimos, en cambio, cuando empleamos una voz natural, la cual no puede tener lugar en los tonos armónicos; pues una cosa es hablar con voz alta, y otra, cantar; y no sólo son los agitadores los que en el estrado declaman con voz cantarina, sino que también son muchos los que en conversación privada cantan. Hay que esforzarse para que los discípulos no cojan este vicio en la infancia, pues se adquiere con facilidad, pero no se olvida tan fácilmente. Asigno esta tarea a la invención, pues así como la Retórica común se encarga de encontrar y elegir las cosas que conviene decir, así ésta se encarga de encontrar y elegir los tonos de las voces adecuados a las cosas que deben decirse, no sea que el discípulo escuche decir al preceptor: «si dices, cantas; mas si no dices, sino que cantas, entonces mal cantas».

Disposición

El segundo cuidado de este mismo φροσόφου (quirónomo) concierne a la disposición del cuerpo; pues debe procurar con atención que este aspecto externo del cuerpo se corresponda con la disposición de los argumentos, sobre la que tratan ampliamente los escritores. En efecto, los modales y los movimientos de los brazos y, en fin, de todo el cuerpo son algo así como los garantes de la voz, que confirman cada cosa que se dice. Así, cuando describimos a un hombre soberbio, erguimos todo el cuerpo; cuando describimos a uno modesto y humilde, encogemos los hombros e inclinamos la cabeza. Aquí se ve que unas mismas palabras pueden pronunciarse con modestia, con soberbia y con humildad. La modestia se mantiene en el punto medio; pues se dice que hablamos modestamente, cuando hablamos como suelen hacerlo los demás. La

soberbia exige que, al igual que erguimos los ojos y la cabeza, así también levantemos la voz. La humildad despacha el asunto en pocas palabras, inclina la cabeza, baja los ojos y baja la voz. Ingeniosamente describe don Jerónimo Cáncer el modo soberbio de hablar, en un epigrama que se recoge en mi *Rhythmica,* pág. 101. El modo humilde lo describe Benito. «Despacha el asunto en pocas palabras», decía yo; y él, en el cap. 6 de la *Santa Regla,* dice: «Si hay que demandar algo del Prior, con toda humildad y con toda sumisión y reverencia sea demandado, no parezca que habla más de lo que conviene.» Luego, en el léxico de don Benito, actuar con humildad y reverencia es no hablar más de lo que es menester. Yo añadí: «inclina la cabeza, baja los ojos, relaja la voz». Y el Santo Legislador *(Regla,* cap. 7): «Nos muestra que todo ensalzamiento es linaje de soberbia, de la que se guarda el Profeta, como indican sus palabras: "Señor, no se ensoberbece mi corazón, ni son altaneros mis ojos, etc."» (Salmo 130, 1-2). Y más adelante: «El noveno grado de humildad es si el monje prohíbe a la lengua hablar, guardando silencio, y no habla hasta que le pregunten, como muestra la Escritura: "Porque en el mucho hablar no evitarás el pecado".» (Prov. 10, 19); y

> porque «el hombre lenguaraz no será estable sobre la tierra» [Salmo 139, 12]. El décimo grado de humildad es si el monje no es ligero o propenso a reír, porque escrito está: «el necio, cuando ríe, alza su voz» [Ecles. 21, 23]. El undécimo grado de humildad es si el monje, cuando habla, lo hace pausadamente y sin risa, con humilde seriedad, con pocas y razonables palabras, y no sea clamoroso en la voz, como está escrito: «El sabio en pocas palabras se hace conocer.» El duodécimo grado de humildad es que, no tan sólo en el corazón, sino que también en el cuerpo, demuestre siempre humildad el monje a

los que lo vieren, esto es, en el trabajo, en el oratorio, etc.; esté siempre con la cabeza inclinada, fijados los ojos en tierra, etc.; diciendo siempre en su corazón aquello que dijo el publicano del Evangelio, fijados los ojos en tierra: «Señor, no soy digno, yo pecador, de alzar mis ojos al cielo» [Lucas 18, 13]. Y de nuevo, diga con el Profeta: «Estoy encorvado y humillado en todas las cosas» [Salmo 118, 107].

Elocución

El tercer cuidado del quirónomo en el discurso concierne a la elocuencia, es decir, a la elocuencia con las manos; la cual reprueba y evita los movimientos toscos y desordenados. De ella carecía, en otro tiempo, Manlio Sura, de quien —pues cuando estaba pronunciando un discurso echaba la mano, ya desplegando, ya recogiendo, ya colocando de nuevo, la toga; y dirigiéndose, ora al pueblo, ora al senado, girando de aquí para allá los hombros y la cabeza en un continuo movimiento tosco— se reía Domitius Afer, hombre ciertamente erudito y célebre, diciendo: «Ése, en los tribunales, no hace, sino que se esfuerza en hacer.» Pues se dice que los oradores *hacen;* y que aquellos que en vano persiguen algo, «se esfuerzan en hacer» (Erasmo, libro 6: *apophth.* cita a Quintiliano, libro 6, cap. 4).

Memoria

El penúltimo cuidado que aguarda al φροσόφον (quirónomo) atañe al recuerdo, y por eso el ingenioso lector se pregunta: «¿Por qué hemos de tratar de la memoria, cuando discutimos de la mano?» Pues, porque un antiguo autor juntó la mano con la memoria, y

nosotros colocamos el arte de memoria en la mano misma, para que nos resulte más fácil. Exclama aquél: ὅπου τὶς αλγεῖ, ἐκεῖ καὶ χεῖρἔχει, «donde alguien siente dolor, allí lleva la mano». Y sentimos dolor allí donde recordamos una injuria o un infortunio. Por eso, Temístocles respondió a Simónides, que le ofrecía el arte de la memoria: «Si me ofrecieses el arte del olvido, acudiría a tu escuela; pues recuerdo muchas veces lo que no quiero; y no puedo olvidar lo que quiero.» (Cicerón, *De Oratore,* libro 2, Plutarco, *in Graec. Apoph.*)

῾Η μνήμη (la memoria), dice Platón en el *Cratilo,* παντί πού μηνύει ὅτι μονή ἐστιν ἐν τῇ ψυχῇ ἀλλοῦ φορά, esto es, para un intérprete ordinario, memoria (o en su nombre griego), «para cualquiera revela que es cierta permanencia, no un movimiento, en el alma». Pero alguien podría precisar mejor las palabras del intérprete y decir que memoria, o con su nombre en griego, μνήμη, si es derivada del verbo latino *maneo,* «para cualquiera insinúa que es cierta permanencia, no movimiento, en el alma». Y a nadie podría parecerle extraño que Platón haya derivado este nombre de una fuente latina; ya que, por una parte, en el tesauro griego hay muchos vocablos extraídos del latín; y por otra, no encontrarás fácilmente un verbo griego que signifique lo que significa *manere,* y que haya podido generar μνήμη.

Dionisios Sículus, libro 17, escribe: «Consideramos que las cosas se retienen fácilmente en la memoria, cuando, dispuestas como por capítulos, tienen el fin unido al principio.» Por tanto, el jurisconsulto en el senado, el preceptor en la escuela, el eclesiástico predicador en el templo, procure, en primer lugar, hacerse pulir varios anillos de material diverso (hierro, plomo, cobre, plata y oro), y mande incrustar en ellos piedras de diversas figuras (triangulares, cuadradas, ovales, redondas, etc.) y de varios colores (negras, blancas,

verdes, rojas, azules, amarillas, etc.), y dígase que ese aparato general es un Δακτυλομνήμες. Luego, cuando tenga que ir a discursear, disponga los puntos de su discurso como por capítulos, y a cada uno de los puntos asigne el anillo conveniente al tipo de argumento. Y, finalmente, adorne los dedos de la mano izquierda con los anillos, empezando por el meñique, y exactamente en el mismo orden que exige la disposición del discurso, para que las piedras, por sus distintos colores, pongan a la vista los puntos a tratar. El método es muy cómodo, y yo lo utilizo con frecuencia.

Hay, además, anillos compuestos de dos o tres aros, llamados «anillos de memoria» (en español, «sortijas de memoria»); cuando queremos no olvidarnos de algún asunto, soltamos de él uno de esos aros, que, pendiendo de los otros y chocando contra los dedos, nos trae a la memoria el asunto objeto de nuestro cuidado y preocupación.

Un anillo de este tipo utilizaba María Augusta, hija de Felipe III, hermana de Felipe IV y esposa del emperador Fernando III, la cual, guiada por el magisterio espiritual del padre capuchino Quiroga, confesor suyo, guardaba el temor de Dios, y se ejercitaba en heroicas virtudes. Llevaba ella un aro suelto en el anillo con esta norma, que cuantas veces tropezase con él le recordase que era cristiana, y que diese gracias a Dios por haberla creado, haberla redimido con su preciosa sangre, haber querido instruirla en la verdadera religión y haberle dado los medios oportunos para conseguir la eterna beatitud.

Y porque así deberían esculpirse en las almas, para que nunca se borrasen, aquellas palabras del Espíritu Santo: «En todas tus obras acuérdate de tus postrimerías, y jamás pecarás.» (Ecles. 7, 40). El pontífice máximo Alejandro VII mandó fabricar unos anillos que distribuyó entre los amigos, en los que una de las pie-

drecillas era un cráneo, que tácitamente sugería a los ojos estas palabras: «vive recordando la muerte: huye el tiempo: esto que digo ya es pasado» (Persio, 5). «Dios mismo manda que te acuerdes de la muerte.» (Marcial, libro 2)

Pero de este argumento también se escribió un precioso libro, que se editó sin el nombre del autor en Roma, en el año 1654, con este título:

> Optima Philosophia: meditatio mortis. Pia gestatio annuli Calvariis opere encaustico caelati; tum, ut mortis recordatio per oculos mentem admoneat: tum, ut, quae hic subjiciam, Philosophiae Christianae de Morte documenta, in usum deducantur.

¿Y por qué no atreverme a sugerir que los hebreos, cuando padecían y se dolían bajo la tiranía y cautividad de los babilonios, llevaban anillos o incluso pulseras inscritas con el nombre יוּשָׁלִם, Jerusalén, para que cuantas veces viesen y leyesen ese nombre se acordasen de la Ciudad Santa? Prueba de ello es aquel miserable cautivo, que, según el Profeta Rey, Salmo 136, 5, atemperando el sonido del estrépito de grilletes y cadenas, cantaba: «Si yo me olvidare de ti, Jerusalén, sea echada en olvido mi diestra; péguese mi lengua al paladar, si yo no me acordase de ti.» Pues, cuanto tiempo se acordase de sus manos, tanto se acordaría de la ciudad de Jerusalén, inscrita en los anillos, pulseras y demás adornos de las manos.

Y, hablando en general, quien recibe una noticia grata, o al menos útil, suele dar al mensajero, en señal de gratitud, un anillo, para que el mensajero lo conserve como testimonio y recuerdo de su gratitud.

En la comedia *La venganza en el empeño,* compuesta por Juan Matos Fragoso (7, pár. 34, pág. 48):

El criado. A Francia puedes passarte,
O Aragón. *Elvira.* A queste anillo
En señal de agradecida
Recibe. *El criado.* Yo lo recibo
Por timbre de mi lealtad.
Elvira. Vamos pues, Hados impíos,
Tened lástima de mí.
El criado. Gran dolor. *Elvira.* Fuerte martyrio.

He aquí que al mensajero, que trae una noticia, aunque ingrata, necesaria y útil, se le da un anillo.

Pronunciación

El último cuidado del orador es la pronunciación. Y ésta concierne al modo de hablar. Y los escolios que siguen, si se leen atentamente pueden ser provechosos para tu instrucción. En efecto, el modo de pronunciar, en primer lugar, diferencia un pueblo de otro, unas gentes de otras; pues de distinto modo y con distinto acento pronuncia la misma lengua latina un castellano, un lusitano, un germano, un italiano, etc., de tal manera que, a veces, cuando oímos conversar a dos personas, por el modo y el tono, aunque no entendamos ni una sola palabra, sabemos en qué lengua hablan. En segundo lugar, el modo de pronunciar distingue la interrogación de la afirmación; y este tono en el hablar convierte con frecuencia un aserto auténticamente católico en una herejía. Católicas son aquellas palabras de san Agustín: «Quien te hizo sin ti, no te salvará sin ti»; las cuales, sin embargo, en boca de Juan Calvino son heréticas, pues las pronunció así: «Quien te hizo sin ti, ¿no te salvará sin ti?», puesto que pronunciadas, no afirmativa, sino interrogativamente adquieren un sentido opuesto. En tercer lugar, el modo de pronunciar separa la ironía de la simple

enunciación: pues con un tono decimos «hermosa cosa», cuando quedamos admirados y afirmamos que realmente es hermosa; y con otro, cuando con estas palabras gritamos con ironía que la cosa es fea. Ciertamente, el modo de hablar irónicamente es antiquísimo; y el primero que hizo uso de él, fue Dios. En el cap. 3 del Génesis se reseña la caída de nuestros primeros padres. Dice la serpiente a la mujer: «¿Por qué os ha mandado Dios que no comáis de los árboles todos del Paraíso?» Respondió la mujer: «No vayáis a morir.» Y la serpiente dijo a la mujer: «no, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal». Es engañada la mujer, e induce al hombre al pecado. Son llamados por Dios a juicio, son condenados, y el hombre es puesto en ridículo con este reproche: «He aquí a Adán, hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal», aludiendo a las palabras del demonio, que él había dicho de manera aseverativa, pero Dios las retoma de manera irónica, y expresan el sentido contrario.

La ἐιρωνία, como suelen definirla los oradores, es una figura, que en la escritura se percibe con bastante dificultad, pues toda ella se cultiva con la mordacidad de la voz. Con ella podemos hablar «de manera encubierta o jocosa», es decir, con la pronunciación misma mostramos que significa algo diverso de lo que las palabras mismas parecen decir. Ejemplo de ello son las palabras del libro 10 de la divina obra de Virgilio:

> Siendo yo guía del Dardanio adúltero cuando a Esparta asaltó

En donde, a menos que ayude el tono amargo de la pronunciación, parece que confiesa lo que pretende negar. Aunque, si reflexionas bien sobre el asunto, te

darás cuenta de que lo introducido por Virgilio es una ἐρώτησις (o interrogación) más bien que una εἰρωνία. Pero, tanto en una como en otra, el modo de la voz invierte la significación; como asimismo ocurre en aquel pasaje de Ovidio que se lee en el libro 3 de *Las metamorfosis:*

> —El resultado de nuestra lucha, valeroso guerrero,
> ¿Cuál fue?

En donde todos los intérpretes sostienen que se trata de una εἰρωνία.

Los movimientos del cuerpo y de las manos atañen a la pronunciación, ya que, si se observan los términos de la modestia, la decoran y adornan: pues una cosa es la actuación de los histriones, y otra, la actuación de los oradores. Quintiliano, en el libro 6, cap. 4, dice: «Afer, viendo a Manlio Sura, cuando estaba pronunciando un discurso, echar la mano a la toga, ya desplegándola, ya recogiéndola, ya colocándola de nuevo, dijo que él no hacía, sino que se esforzaba en hacer.»

This page intentionally left blank

Sección VI

Sobre la derecha. Sobre qué se considera en el mundo parte derecha y qué parte izquierda

Cuatro puntos cardinales se ponen en el mundo: Oriente, Occidente, Mediodía y Septentrión. Y según las diversas posiciones del hombre, se dice que están a la derecha o a la izquierda.

El padre Juan Bautista Ricciolius, en *Almagestum Novum,* libro 1, cap. 16, in Schol., pág. 22, b, § IV, escribe lo siguiente:

> Puesto que Virgilio y Ovidio, en la descripción de las zonas, hacen mención de la parte derecha y de la parte izquierda del Mundo, Clavius, *pág. 310,* con esta ocasión, explica cuál es la parte derecha y cuál la parte izquierda del mundo, y de manera más erudita todavía Jacobus Mazzonus, en *Dantis defensio, libr. 1, cap. 15***;** y *libr. 3, cap. 30,* dice que es opinión general entre los filósofos y geógrafos que la derecha es el Oriente, porque por ella empieza el movimiento diurno, del mismo modo que en los animales empieza por la derecha; o porque los geógrafos, al ir a describir el orbe habitado, al describir los boreales, miran al Polo Boreal, y por eso queda a su derecha Oriente, y nos presentan sus mapas de manera que el Oriente esté a nuestra derecha. Entre los astrónomos, en cambio, la derecha es el Occidente, porque contemplan, sobre todo, los planetas y las estrellas del Zodíaco y miran hacia el Austro

(entiéndase, de los Boreales), por lo que el Occidente les queda a la derecha. Entre los poetas, finalmente, la derecha es el Septentrión, porque es más noble, por el mayor número de estrellas y de habitantes más civilizados y doctos, y por la mayor permanencia del Sol en los signos boreales (casi ocho días) que en los australes.

En esta posición del cuerpo, aquel verso de Lucano:

> Admirados de que siempre las sombras no van hacia la izquierda.

Se verifica con los soldados europeos, que habiendo sobrepasado el trópico de Cáncer, con el sol en el solsticio de verano, veían que las sombras se extendían hacia la parte derecha; pues si se tratase de los africanos, colocados en la zona tórrida, hubiesen dicho: «admirados de que siempre las sombras van hacia la izquierda». Y el término «siempre» va referido a «ir», no a «admirados».

Sección VII

¿Por qué en las bulas pontificias, en las que se estampa el sello de plomo, se pone Pablo a la derecha y Pedro a la izquierda?

Antes de resolver esta cuestión debemos discutir dos cosas. Primera, ¿qué mano es más digna? Y segunda, ¿realmente en la bulas, Pedro es puesto a la izquierda?

Sin duda, es cierto que en Europa se considera la mano derecha con mayor honor que la izquierda. Lo prueba: Tiraquellus, *De iure Primog. In praef.,* núm. 13 y 14; Castaldus, *De imper.,* quaest. 88, núm. 9; Juan Fernández, *Thesaur., verb. Dextera;* Pineda, en *Iob,* cap. 11, v. 9, núm. 6; Rota, en *Caesaraugustana praeminentiarum,* 11, Novembr. 1627; Paciano, *De probationib.,* libro 2, cap. 25, núm. 90; Juan García, *De Nobilit. Gloss.,* 48, núm. 24; Azevedo, *Ad Curiam Pisanam,* libro 2, cap. 2, núm. 9; Ribeira, Epist. 1 ad Hebr., núm. 20; y otros.

También entre los judíos, ponían a la derecha a quien concedían mayor honor; fijándose en ello, aparece en el Rey Profeta: «Dijo el Señor a mi señor: siéntate a mi derecha.» (Salmo 109, 1). Con lo que concuerda el Símbolo de los Apóstoles; pues allí Cristo «ascendió a los cielos, y está sentado a la derecha del Padre omnipotente», etc. Y en el día del Juicio Final, los elegidos se situarán a la derecha, y los condenados serán arrojados a la izquierda.

Los mahometanos (turcos, persas, etc.) consideran más digna la mano izquierda. Y les siguen algunos

pueblos en el mundo oriental, como nos advierten: Baronius, t. 2, *ad annum Christi* 213, y t. 3, *ad ann.* 325, y t. 6, *ad ann.* 451; Buratius, *Decis.* 488, núm. 7; Stephanus Gratianus, *Discept. Forens.,* cap. 106, núm. 43; el padre Gabriel de san Vicente, en *Consil. Respons.,* 110, núm. 6, pág. 229 b; y otros eruditos varones.

A la segunda cuestión respondo que ni los autores se ponen de acuerdo en los nombres (pues a la parte que unos llaman izquierda, otros la llaman derecha), ni siempre ocupa Pablo el mismo lugar en los sellos pontificios. Y, sin duda, si preguntase cuál es la parte derecha de esta página, unos la ubicarían en el comienzo de las líneas, y otros en el final. De ahí que el lugar del Evangelio que todos llamamos y consideramos derecho, el padre Gabriel lo llama izquierdo, pues dice *(loc. cit.,* núm. 6): «El sacerdote en la misa lee la Epístola en la derecha, y el Evangelio, porque es de más dignidad, en la izquierda.» Y, además del padre Gabriel, recurriré a Juan Servilio, quien en el Prólogo al lector de su *Diccionario trilingüe* dice que los nombres primitivos sobresalen en el margen de la izquierda. Según esto, los inicios de estas líneas constituyen la izquierda; y el final, la derecha. Pero esta denominación (izquierda/derecha) se toma, no a partir de la cosa percibida, sino a partir de ti que percibes, y debe ser al revés: en efecto, los pintores, para representar aquel pasaje, «está sentado a la derecha del Padre Omnipotente», pintan a Cristo en A, y al Padre Eterno en B. Dice, ciertamente, Bellarminus, *De Rom. Pontif.,* libro 1, cap. 27, que no fue constante en la Iglesia el que estos dos apóstoles estuviesen siempre colocados en los sellos del mismo modo. Pero no sé si Bellarminus ha acometido bien el asunto, pues hoy (7 de julio de 1676) he revisado todos los diplomas de nuestro archivo y he comprobado que absolutamente en todos (sin excepción) san Pablo está colocado a la derecha.

Con estos preliminares volvamos a la cuestión principal.

Respondo, con respecto a que Pablo sea puesto a la derecha, que de ningún modo perjudica a la dignidad de san Pedro, pues ésta es cierta e indudable, y no depende de las ceremonias y de su incierta significación. El Príncipe de los Apóstoles y Pontífice Universal es Pedro. Bernardo, *De Consider,* libro 2, dice de manera totalmente clara y oportuna: «Camina (Pedro) sobre las aguas, en señal de que él es el único Vicario de Cristo: el que habrá de estar al frente, no sólo de un único pueblo, sino de todos en conjunto; pues igual que hay muchas aguas, así también hay muchos pueblos.»

Por tanto, partiendo del supuesto de que absolutamente todos los apóstoles han sido súbditos y ovejas de Pedro y de que tal supuesto es tan cierto que no deja lugar a duda o controversia alguna, debemos buscar la razón de por qué san Pablo es puesto a la derecha.

Algunos le conceden este lugar porque, aunque sea menor en dignidad que Pedro, en el ministerio de la predicación, en la eminencia del conocimiento y en algunas otras prerrogativas superó a los demás: pues predicó incluso al mismísimo Pedro; dice, en efecto: «Pero cuando Cefas fue a Antioquia, en su misma cara le resistí, porque se había hecho reprensible.» (Gálatas, 2, 11). El padre Gabriel propone esta sentencia (núm. 4), y la desarrolla (núm. 7), diciendo:

> Ora se pone a Pablo a la derecha, ora a la izquierda, para así significar la Iglesia que estos Apóstoles son iguales entre sí (ciertamente, en ámbitos diversos) o que no tiene en cuenta que uno sobresale sobre el otro: pues, aunque Pedro sea mayor en potestad (y dignidad), Pablo, en cambio, es mayor en sabiduría; y así, sopesando todo, no se sabe quién de ellos sobresale claramente.

La reprensión de que habla Pablo indica, no mayor dignidad en él, sino providencia más perspicaz. El asunto giraba en torno a la elección de comidas; asunto que, como expone nuestro *Apologema**, trataba de una materia probable, y Pablo consideraba que, en la práctica, su doctrina era más útil. Y tampoco lo tomó a mal el Príncipe de los Apóstoles, sino que, como escribe san Cipriano en la Epist. 71 ad Quint.:

> Pedro, a quien Dios eligió el primero, sobre quien edificó su Iglesia, aunque Pablo discutiese luego con él sobre la circuncisión, no reivindicó cosa alguna de manera insolente o adoptó arrogantemente el decir que él tenía el Primado y que se le debía obediencia por parte de los recién llegados y siguientes. Ni despreció a Pablo por haber sido el

---

* Se trata del libro de Caramuel: *Apologema pro antiquissima et universalissima doctrina de probabilitate contra novam, singularem, improbabilemque D. Prosperi Fagnani opiniationem,* Lyon, 1663. Este libro constituye una defensa del probabilismo como método (o «lógica») que tiene su aplicación en ámbitos —la Moral, la Jurisprudencia, la Teología— en los que no funciona adecuadamente la «lógica aristotélica», y se hace necesario acudir a una «lógica moral». De la confusión del «probabilismo gnoseológico» con el «probabilismo metodológico», surgió la acusación a Caramuel de escéptico en epistemología y de laxista en moral. La defensa de Caramuel es que: así como hay varios modos de certeza, así también hay varios modos de probabilidad —cierta, probable, dudosa—, y en lógica moral cabe sacar conclusiones ciertamente probables. La probabilidad no afecta al razonamiento, al proceso cognoscitivo, sino al estado de cosas. Y hay muchas disciplinas (desde la Gramática hasta la Teología, pasando por la Jurisprudencia y la Medicina), cuyos conocimientos se mueven en el terreno de lo probable, y en las que no cabe la demostración *a priori*. Para esas disciplinas resulta útil el método probabilista o la «lógica caramuelea» *[N. del T.]*.

> primero (lee, "primeramente") perseguidor de la Iglesia, sino que admitió el consejo de la verdad, y de buen grado se avino a la legítima razón que Pablo reivindicaba. Es decir, nos da una lección de concordia y de paciencia, para que no nos apeguemos pertinazmente a lo nuestro, sino que cuando aquellas cosas que son provechosa y sanamente sugeridas a veces por nuestros hermanos y congregaciones son verdaderas y legítimas, entonces vayamos en busca de ellas, más bien que en busca de las nuestras.

Palabras éstas que deberían releer todos los prelados, y tolerar así, con rostro sereno y ánimo tranquilo las admoniciones de los súbditos. Pues el súbdito, cuando corrige al superior guardando filial reverencia, no ejerce jurisdicción, sino que obedece al precepto de la caridad.

Otros sostienen que Pablo debe colocarse a la derecha por ser el Apóstol de los Gentiles, mientras que Pedro fue enviado a los hebreos; y los gentiles poseían el imperio, y en tiempos de Cristo y los apóstoles, los césares romanos dominaban a los hebreos y a otros pueblos del mundo conocido. Siguió esta vía interpretativa el beato Pedro Damián, *In privatis ad Abbatem Desiderium scriptis,* según consta en Franciscus Musicantus, en *Libell. De Imaginibus Sactorum Apostolor. Petri et Pauli;* y en Marco Antonio Georgius, *in speciali scripto, de Statua D. Pauli a dextris*.

Nuestro ilustrísimo don Ángel Manrique, maestro mío (cuya memoria guardo y contemplo con reverencia; fue, en efecto, general de la Orden Cisterciense, catedrático de prima en la Universidad de Salamanca y obispo de Pacis-Iuliae (vulgarmente, de *Badaxos),* en un sermón resuelve esta misma dificultad, y dice que Cristo, en carne de pasión presente y futura, asignó a Pedro y otros al Colegio Apostólico; pero después de la

resurrección, ya glorificado, lo hizo con Pablo. Y que la Iglesia ortodoxa, sin prejuicio de la dignidad y majestad pontificia, para señalar este decoro y privilegio especial, ha colocado a Pablo a la derecha, para así mostrar la diferencia, no de Pablo con respecto a Pedro, sino de Cristo glorioso con respecto a él mismo en este mundo de pasión[19].

[19] ¿Y si desde un principio ocurrió en los sellos por error, no a propósito, eso que ahora se discute y se examina con tanto empeño? El motivo de esta duda pudo ser que, al grabar en la matriz el ἀποσγράφισμα (así se llama al sello activo) el divino Pedro habría sido colocado a la derecha y el divino Pablo a la izquierda. Y entonces necesariamente debió pasar en el metal a la izquierda; pues los tipos, como todo el mundo sabe, invierten la derecha y la izquierda.

Sección VIII

Sobre si la Quirología es constante y perpetua, o bien varía con el cambio del tiempo y del lugar

Los signos que se hacen con las manos son considerados por muchos como naturales, y debiendo incluirse en el censo de los inmutables. Pero yo, sin pretender negar que en algunos movimientos de las manos se expresan de manera natural emociones internas del ánimo, sin embargo, no acepto que pueda negarse por parte de alguien que en la propia mano hay también movimientos significativos por convención. Y, entre otros, aduzco como ejemplo aquél que, con la mano alzada contra alguien, extiende los dedos índice y meñique, al tiempo que contrae los intermedios: este movimiento, en efecto, no expresa nada natural en absoluto. Y hoy en día indica otra cosa distinta de lo que significaba hace dos mil años. Presta atención.

Debido a que el burro, animal fatuo, está dotado de grandes orejas, los fisonomistas, junto con Aristóteles en su correspondencia con Alejandro, infieren que el hombre que está señalado por la naturaleza con esta marca es estúpido. Porta, libro 2, cap. 7: «Albertus ex Loxo dijo que grandes y prominentes orejas eran signo de estulticia e ignorancia», etc. De ahí que, lo que vulgarmente suele hacerse contra aquellos que cometieron faltas en el estudio, en los usos o en el hablar es imitar con los dedos índice y meñique extendidos las grandes orejas del burro y añadir el rebuzno.

A esto se refiere Persio en:

¡Oh Jano!, a quien ninguna burla se le hace por la espalda,
Ni se le extiende la mano imitando las blancas orejas.

Pero hoy en día, los hombres, bien para atacarse en serio, bien para recrearse jocosamente, con este signo significan, no orejas, sino cuernos. Por tanto, esa disposición de los dedos que hace dos mil años habría expresado «Tú eres un burro», por haber mutado con el tiempo los signos quirológicos, significaría, «Tú eres un cornudo», y ninguna otra cosa en absoluto. Fijándome en esto, alguna vez he bromeado así:

La mano que en un tiempo fuera figura
De orejas, y a Cayo burro llamaba,
Cuestiona ahora la castidad de la esposa mostrando
[los cuernos.

Sección IX

Sobre el modo de contar y de hablar por medio de los dedos

Sobre este asunto escribió hace tiempo Nicolás Smyrnaeus Astabasdas un ingenioso y erudito libro en griego, que tituló Ἔκφρασιν τοῦ δακτυλικοῦ μέτρου, esto es, *Tratado sobre el modo de medir (contar) por medio de los dedos*. Y para que le entiendas debes antes conocer lo que significa cada uno de los dedos con sus vocablos.

El primero se llama *pollex,* «pulgar». Algunos derivan este nombre de *polliceor,* «prometer»; pero Passeratius procede al revés: pues dice que *polliceor* viene de *pollice* y de *licendo,* «ofreciendo», porque quien ofrecía un precio levantaba el dedo (Cicerón, *in Verrem,* 2 y 3). En otro tiempo, en el pulgar residía la significación de aprobación y reprobación, pues quien deseaba suerte movía el pulgar hacia arriba; quien, por el contrario, deseaba mal a alguien volvía el pulgar hacia abajo. Plinio, libro 28, cap. 2: «Cuando deseamos suerte, incluso proverbialmente prescribimos levantar el pulgar.» Por donde puede entenderse aquel verso de Horacio:

> El vulgo aprobaba su juego con ambos pulgares.

Y esto es lo que llaman los griegos χειροτονεῖν, pues en otro tiempo se concedían los sufragios levantando la mano o el pulgar. Es llamado, además, en griego μέγας δάκτυλος, *Magnus digitus,* en español, «el dedo

grueso», o «el pulgar». Se llama también ἀντίχειρ, cuasi «otra mano», y a veces también *Hallux,* ἀπὸ τῶ ἅλλομαι, «lanzarse».

El segundo se llama «índice», pues lo usamos cuando señalamos a alguien. De ahí que «ser mostrado con el dedo» es δείκνυσθαι τῷ δακτύλῳ, ser tenido y considerado como insigne, según Luciano en *Hermonides;* Horacio, 4 *Carm. Oda,* 3; Persio, y otros. Y por esta razón suele ser llamado por los griegos δεικτικός o λιχανός. Con este dedo indicaban en otro tiempo los romanos silencio. Marcial, libro *De nupt. Philomel.,* dice: «Cierto niño traído ante ellos advertía con el dedo alzado guardar silencio.» Con este dedo levantado pedía indulgencia el reo, y con él levantado la concedía el juez o el príncipe. De ahí el proverbio, «pecaste: saca el dedo», extraído de los gladiadores, los cuales, si eran vencidos, con la extensión del dedo pedían la indulgencia del pueblo, que clamaba: «coge la espada». Hoy en día, con la elevación del índice se confirman, como si de un juramento civil se tratara, las promesas de los niños, pues cuando se les corrige, se les manda prometer enmienda con esta ceremonia.

El tercero, puesto que está en medio, se llama μέσος, «medio». Se llama también *Verpus,* de *verrendo podice,* «limpiar el ano»; por causa de lo cual también se llamó en otro tiempo «el impúdico», «el famoso» y «el infame». Extender este dedo era signo de burla y menosprecio. Así, Marcial:

> Muestra el dedo, el impúdico, a Alconte, a Dacio y a Simmaco.

Juvenal:

—Él, en tono amenazante,
Enseñaba un látigo y mostraba la uña del medio.

Y Persio:

—Humedece la frente y los labios
Con el dedo infame, y previamente con saliva expiatoria se purifica.

Pero a este mismo dedo, basándose en Suidas, también lo llama Juan Escápula σφάκελον, «úlcera» o «inflamación».

El cuarto, que está παράμεσος, «junto al medio», se llama ἰατρός, «medicinal»; y debido a que en un principio sólo en este dedo solían llevarse los anillos, se llamaba «anular». Agellius, libro 10, cap. 10: «En el dedo de la mano izquierda, que está junto al meñique, se llevan los anillos.»

El quinto es el μικρός, «el pequeño», y el ὠτίτης, «el auricular», como dice Plauto en *Amphitr.:* «Si picasen a la puerta con el dedo pequeño.» La razón de estos nombres es que, en realidad, es el más pequeño, y con él suelen limpiarse los oídos.

Con todo, pese a que la Antigüedad adornó tanto con anillos el penúltimo dedo de la mano izquierda, debido a que hoy en día vemos cada uno de los dedos cargado de anillos, circula por ahí este verso:

Mercader, Médico, Necio, Estudioso, Amante.

Que tiene cinco palabras que corresponden a los cinco dedos, y que según la cualidad de cada cual prescribe en qué dedo debe llevarse el anillo. En efecto, el mercader lo lleva en el pulgar; el médico, en el índice; el necio, en el del medio; el estudioso, en el medicinal; y el amante, en el meñique; y podría dilucidarse el sentido de este verso con varios ejemplos y argumentos.

Usamos los dedos, y así lo decíamos al principio, para numerar; los usamos también, para hablar. Con-

sideremos, primero, la χειραριθμητικήν, y luego comentaremos algo sobre la χειρολογία.

Como antes dijimos, Smyrnaeus escribió un tratado especial sobre la manera de expresar los números mediante la posición de los dedos. El padre Nicolás Caussin vertió al latín los capítulos principales de este tratado y los incluyó en *De Eloquent. sacr. & human.*, libro 9, cap. 8, pág. 565. Y dado que contribuyen a desarrollar las enseñanzas de esta obra, también los aducimos aquí:

> En las manos —dice—, abarcarás los números de la siguiente manera: en la mano izquierda debes tener las unidades y las decenas; en la derecha, las centenas y los millares. Los números que exceden a éstos conviene representarlos de otra manera. Pues no te será posible abarcarlos todos con las manos.
>
> Con el dedo meñique o auricular contraído y los cuatro restantes extendidos y rectos, en la mano izquierda tienes una sola unidad; en la derecha, un solo millar.
>
> Luego, con el meñique y el médico contraídos y los tres restantes, como decíamos, extendidos: en la mano izquierda tienes dos; en la derecha, dos mil.
>
> Con el tercero, el que se llama medio e infame, contraído junto con los otros dos, pero con los restantes extendidos, es decir, el índice y el pulgar, lo que tienes en la izquierda son tres; en la derecha, tres mil.
>
> De nuevo, con los dos medios encogidos, es decir, el medio y el médico, y los restantes extendidos, es decir, el pulgar, el índice y el auricular, expresas: en la izquierda, cuatro; en la derecha, cuatro mil.
>
> De nuevo, con el tercero o medio contraído y los cuatro restantes extendidos denotas: en la izquierda, cinco; en la derecha, cinco mil.
>
> Además, encogidos el infame y el anular y extendidos los restantes, en la izquierda tendrás seis; en la otra, seis mil.

Luego, con el meñique o auricular extendido y colocado sobre la raíz de la palma o el brazo y los restantes levantados, designas: en la izquierda, siete; en la derecha, siete mil.

De nuevo, con el anular o médico igualmente extendido e inclinado hasta tocar con la punta la palma quedando también junto al meñique, y con los otros tres, el medio, el índice y el pulgar levantados, este gesto expresa: en la izquierda, ocho; en la derecha, ocho mil.

Luego, con el tercer dedo o medio colocado de la misma manera y con los otros así colocados, es decir, con el primero auricular y el segundo o médico, en la misma posición, en la izquierda declaran nueve; en la derecha, nueve mil.

Además, con el pulgar extendido, pero no levantado sino más bien en oblicuo, y con el índice inclinado hasta que toque la primera articulación del pulgar, de manera que se forme la figura de una sigma, y con los tres restantes extendidos de manera natural pero no separados uno de otro sino juntos, tal gesto denota: en la izquierda, diez; en la derecha cien.

Además, con el cuarto, que se llama índice, desplegado como en línea recta, con los otros tres juntos e inclinados un poco hacia la palma como formando un ángulo, con el pulgar puesto sobre ellos y a la vez pegado al índice, tal gesto designa: en la izquierda, veinte; en la derecha doscientos.

De nuevo, con el índice y el pulgar extendidos hacia delante y tocándose entre sí por la punta, con los tres restantes extendidos y unidos en su dirección natural, tal flexión declara: en la izquierda, treinta; en la derecha, trescientos.

Más: con los cuatro extendidos en línea recta, y con el pulgar desplegado sobre el índice y orientado hacia la parte superior exterior, a modo de la letra Γ, gamma, en la izquierda indicas cuarenta; en la derecha, cuatrocientos.

Continuemos: con los cuatro del mismo modo extendidos en línea recta y unidos, pero con el pulgar a modo de Γ, gamma, doblado por la parte interior hacia el pecho o hacia el interior del índice, denota: en la izquierda, cincuenta; en la derecha, quinientos.

En esta posición y con el pulgar curvado bajo el índice, de manera que el índice toque por el medio la primera y la segunda articulación del índice y el frente del índice ciña el monte del pulgar, declara: en la izquierda, sesenta; en la derecha, seiscientos.

También, con los tres igualmente extendidos y, como hemos dicho varias veces, unidos, con el pulgar también puesto sobre el índice hasta juntarse en el giro con el índice en el extremo de la uña, señala: en la izquierda, setenta; en la derecha, setecientos.

De nuevo, con los tres juntos y rectos, como en forma de ángulo con respecto a la palma, pero con el pulgar formando un arco con apoyo inicial en el medio (tercero) y final en su raíz en la palma, y con el índice vuelto por la primera articulación por encima hasta tocar con la punta en el monte del pulgar, tal gesto representa: en la izquierda, ochenta; en la derecha, ochocientos.

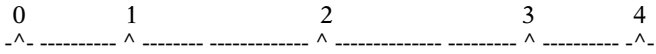
Finalmente, con la mano puesta a modo de palma, recto el pulgar, pero con los tres dedos extendidos, bajado el índice, como suele doblarse en contracción, un gesto de este tipo indica: en la izquierda, noventa; en la derecha, novecientos.

Así escribe Smyrnaeus en su ἔκφρασι.

Pero a mí no me satisfacen estas posiciones de los dedos; pues son difíciles, y todas las artes exigen facilidad. A ello se añade que estos signos vienen divididos en dos secciones: en la primera, al número expresado en la mano izquierda corresponde, en la derecha, el multiplicado por mil, mientras que en la segunda sec-

ción corresponde el multiplicado por diez, siendo así que el método exigiría guardar la uniformidad. Además, este método es paupérrimo, ya que no avanza más allá de diez mil.

Resultará, pues, de gran valor para la obra proponer otras nuevas y fáciles posiciones de los dedos. Considera la tabla siguiente:



Índice	E	C	E	E	E	C	E	E	C	E	C	E	C	C	C	C
Medio	E	E	C	E	E	C	C	E	E	C	E	C	E	C	C	C
Anular	E	E	E	C	E	E	C	C	C	E	E	C	C	E	C	C
Meñique	E	E	E	E	C	E	E	C	E	C	C	C	C	C	E	C
Números	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16
Letras	**A**	**B**	**C**	**D**	**F**	**G**	**H**	**L**	**M**	**N**	**P**	**Q**	**R**	**S**	**T**	**Z**

Los dedos que se toman en consideración en una primera instancia son esos cuatro que aparecen en la tabla. Y estarán extendidos o contraídos; con la letra E se señala extensión; con la letra C, contracción.

El pulgar está siempre extendido. En la primera columna no se contrae ninguno, y por eso tiene superpuesto el carácter 0. En las cuatro columnas siguientes se contrae uno, como indica el carácter superpuesto 1. Sobre las otras seis columnas se pone el carácter 2, que contrae en cada una dos dedos. Luego se superpone el carácter 3, pues en las otras cuatro columnas se contraen tres. Y finalmente, como expone el carácter 4, en la última columna se coaligan y contraen los cuatro todos. Así, pues, con el pulgar extendido tienes a la vista dieciséis posiciones distintas de los de-

dos; y puedes tener otras dieciséis con el pulgar contraído*.

Para los cálculos aritméticos bastan sólo diez caracteres (a saber: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 0), pues no usamos más cuando numeramos al estilo arábigo. No hay razón, por tanto, para emplear más posiciones de los dedos en los razonamientos.

Para hablar, en cambio, necesitamos consonantes y vocales; las tienes en la tabla, y así dispongo: el pulgar, si no toca ningún otro dedo, da A; si toca el índice, da E; si el medio, I; si el anular, O; y si el auricular, U.

Entre los latinos la K no tiene ningún uso; la X se compone de C y S, a veces de G y S. La letra pitagórica, si quieres conservarla en lengua latina, será significada mediante la contracción de los dedos medio y último.

Las otras dieciséis posiciones que da el pulgar contraído podrán tomarse por expresiones completas, y se tendrá un magnífico método para expresarse. Y dado que todo esto lo exhibe una sola mano, podrás expresar otras 32 notas con la otra mano; y si quieres combinar ambas manos, tendrás 1.024 posiciones, pues es lo que dan 32 multiplicadas por 32.

---

* Caramuel aplica aquí la combinatoria: combinaciones de *m* elementos *(m* = 4, dedos) de grado *n* (de grado 0 a 4), cuyo número combinatorio:

$$\frac{m!}{n!\,(m-n)!}$$

aparece en negrita en la quinta fila del triángulo aritmético:

1
1 1
1 2 1
1 3 3 1
1 4 6 4 1

La combinatoria tiene una gran importancia metodológica en toda la obra de Caramuel. Cfr. nuestro libro, *Juan Caramuel. Vida y obra,* Oviedo, Pentalfa, 1989 *[N. del T.].*

Sección X

Sobre la lengua de los ángeles. Se refieren varias sentencias de los teólogos. Sobre si los demonios hablan por medio de movimientos o por medio de la mano

Es cierto que los espíritus hablan entre sí (puesto que una república bien gobernada, como es la angélica, exige que no a todos les sean manifestados los secretos. Por tanto, debe haber entre los ángeles un modo de guardar el secreto; y también un modo de manifestarlo cuando y a quienes quiera cada uno).

Sobre el modo en que hablan entre sí, varias son las sentencias de los teólogos. De este argumento trata el doctor Tomás, I parte, *quaest.* 107, *por entero,* y los profesores de Teología, en comentario a este texto, *passim*. El padre Philippus a Sanctiss. Trinit., ibídem, disp. 12, sostiene que deben defenderse estas conclusiones:

I. «Un ángel habla a otro, no sólo el superior al inferior, sino también el inferior al superior; es más: el ángel habla a Dios y a sí mismo.»

Esta conclusión, bien entendida, no contraría a la de ningún teólogo; pues nunca teólogo alguno ha negado la conversación entre sí de los ángeles. En pro de una doctrina más rica, el padre Philippus aduce y refuta argumentos que pudieran ser propuestos por algún docto varón, bien contra la sustancia de la conclusión, bien contra el modo de explicarla.

II. «El lenguaje angélico no se realiza mediante un influjo físico del ángel que habla sobre el que oye; influjo que sea: o la producción de una noticia actual en el intelecto del oyente, donde permanece de manera meramente pasiva; o la producción de una especie que representa la noticia del ángel que habla; o la producción de algunos signos espirituales que constituyen nuevas especies inteligibles o modificaciones de las preexistentes; o la producción de figuras y caracteres sensibles.»

Esta conclusión, hablando de manera general, va contra Escoto y sus discípulos, que, *in* 2, *dist.* 9, *quaest.* 2, sostienen que el ángel que habla imprime realmente una noticia en el intelecto del que oye, si bien divergen en el modo de explicar su opinión; pues dado que el hombre, cuando habla, produce en los oídos de los otros, no la audición misma, sino una especie. Alensis, Richardus y otros sostienen que lo que lanza el ángel que habla al intelecto del ángel que oye es, no la noticia misma, sino la sola especie. También contra éstos habla allí el padre Philippus. (Otros, finalmente, defienden que el lenguaje angélico se realiza mediante ciertas figuras y caracteres sensibles formados en algún cuerpo por el ángel que habla).

III. «El lenguaje angélico se realiza por medio de un influjo moral, mediante el cual el ángel que habla dirige su concepto hacia el que oye. Mas este influjo es suficiente para la pura locución angélica, que, evidentemente, no es iluminativa, pero sí requisito necesario para ella. De ahí que la locución angélica consiste en el concepto de un ángel dirigido a otro, para que sea conocido por él, o para que le sea dado a conocer.»

Esta conclusión supone que sólo Dios puede producir algo realmente en los ángeles. Y puede explicarse con toda claridad. Porque las especies del intelecto angélico son sumamente universales, y representan de suyo todos los individuos existentes, a menos que Dios sustraiga su concurso, y Dios, como mira por la perfección de la república angélica, no quiere concurrir con el ángel que oye, a no ser que quiera hablar aquél que habla. Por tanto, la voluntad de éste es condición *sine qua non*. Por tanto, el ángel que habla concurre a la audición del otro ángel de manera no física, sino moral. Y si vas a objetar que debe decirse que el ángel al que el otro habla ve más bien que oye, responderé, apoyándome en el divino Tomás, *quaest*. 9, *de Verit*., art. 4, ad 12: advertid que es enseñanza de Agustín que el oír y el ver difieren en los sentidos externos, pero coinciden en el intelecto, y por esta razón en los ángeles el oír y el ver es lo mismo.

IV. «La distancia local nada influye en el lenguaje angélico. De ahí que los ángeles puedan hablar entre sí a cualquier distancia, incluso infinita, caso de que se dé. Y este lenguaje es percibido sólo por éstos, a los que está dirigido.»

Si se admiten las precedentes, esta conclusión es clara y cierta. Pues si la locución se produjese por un influjo material, la más mínima distancia entre dos ángeles sería un obstáculo. Pero se forma por un influjo tan solo moral. Por tanto, la distancia ni retarda ni disminuye la interlocución, pues la distancia no perjudica a lo moral.

Pero también encuentro repetidas veces en la historia del venerable padre Ricalme, diligentísimo abad del Vallehermoso, historia que ilustro con oportunos

escolios, que los demonios hablan entre sí mediante el movimiento de todo tipo de cosas, para colegir de aquí que, al menos, no debe rechazarse en absoluto la sentencia que expone de una interlocución de los ángeles, al menos la de los mensajeros, por medio de caracteres geométricos en el aire. Puede oírse a este respecto al padre Amicus, quien en su *Theolog.,* tomo 2, dist. 15, núm. 3, pág. 126a, así escribe:

> Una primera modalidad explica el lenguaje de los ángeles por medio de signos no-sensibles convencionales, bien en forma de escritura impresa en el empíreo por el ángel que habla, bien en forma de voz modulada en el aire *(cfr.* Aegidius, *in 2, dist. 10, quaest. 3, in resol. art.;* Argentinus, *ibíd. art. 2;* Molina, *quaest. 106, art. 1, concl. 2),* aun cuando no niegan que la locución de los ángeles puede realizarse también de otro modo interno y espiritual, si bien Durando, *dist. 11, quaest. 2, art. 12,* es ambiguo. Su fundamento es que los ángeles hablan perfectamente las lenguas de los hombres, y tienen capacidad de expresarlas, bien en forma de escritura en el cielo, bien en forma de voz en el aire, como es evidente cuando hablan a los hombres. Por tanto, pueden manifestarse mutuamente los secretos de este modo.

Y no se alejan mucho de esta sentencia: Rubio, *in* 2, dist. 9, *quaest.* 2, art. 2; *in part.* 2, art. concl. 2; Ariminensis, *quaest.* 2; Marsilius, *quaest.* 7, art. 2, núm. 6; Albertinus, *coroll.* 11, *ex princ. philos.;* a los que también se adhieren Aegidius, Argentinus y Molina, ya citados, y parece que asiente Vázquez, *disp.* 211, cap. 10, pues sostienen que los ángeles usan signos espirituales, que no son ni actos vitales ni especies inteligibles, sino cualidades incorpóreas significativas de las cosas sobre las que hablan. Y dicen que los ángeles, usando

éstos a modo de voces o gestos, manifiestan unos a otros los designios de sus corazones.

Y, ciertamente, esa opinión según la cual los ángeles hablan por medio de signos externos es la que parece eligió don Francisco de Quevedo en el libreto que se titula *Las zahúrdas de Plutón.* Dice, en efecto: «En esto me llamó un Diablo por señas: y me advirtió con las manos, que no hiciese ruido. Lleguéme a él: y assomóme a una ventana y dixo. Mira lo que hazen las Feas», etc. Luego un hombre puede llamar a otro por señas y decirle con la mano: «no hagas ruido». Por tanto, los diablos, que actúan entre sí por signos en opinión de Ricalme, actuaban por signos (como se cuenta en esta historia imaginada) con Francisco de Quevedo.

This page intentionally left blank

Sección XI

Sobre si mediante el movimiento de la mano se elimina la ambigüedad de una oración. Para resolver y dilucidar la cuestión se reseñan curiosas historias extraídas de los textos sagrados y profanos

En la declamación, el movimiento de la mano aporta significación de tres maneras, pues: o bien reafirma en su misma forma las cosas que la lengua dice; o bien transfiere las que la lengua dice; o bien añade las que la lengua no dice, y completa la oración. Reafirma, si cuando, por ejemplo, dices «hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra», junto con la voz «cielo» elevas la mano, y junto con la voz «tierra», la bajas; y se expondría a la risa de los oyentes quien nombrando el cielo mostrase la tierra; y diciendo tierra señalase al cielo. Transfiere, si lo que se refiere a una cosa lo dice referido a otra. Como cuando en Roma, en cierta ocasión, un cómico, volviéndose hacia Pompeyo, citó aquello de Plauto: «y tú sé feliz con nuestras miserias». Añade y completa, si se dice algo que en una situación dada no puede entenderse a menos que se vea la mano. Dices al médico, «tengo dolor aquí»; y estas palabras dejarán al médico en suspenso, a menos que sean restringidas por el movimiento de la mano, y él vea el movimiento de la mano. Y estas mismas palabras, si tocas con la mano la frente, indicarán que tienes dolor de cabeza; y si tocas con la mano el

pecho, significarán que sufres dolor de pecho. Y estas palabras, si son leídas escritas, necesitan comentario. Y si queremos expresar el sentido de estas palabras en una carta, haremos un comentario sobre lo que pensamos. Y si tienes alguna duda al respecto, acude a la pluma del Príncipe de Portugal y escucha con atención la siguiente historia. Habíamos llegado a Amberes, y en compañía de consejeros, ministros y muchos nobles, somos conducidos a un hospedaje. El señor, habiendo entrado en la habitación, les dijo: «con vuestra benevolencia, voy a dictar a mi señora dos líneas, para que no esté preocupada por la marcha de los avatares y luego hablamos». Se presenta el secretario, varón realmente elocuente y caro al príncipe; a quien éste tenía en constante ocupación para recrearse, llegando a vejarle. Y el príncipe comenzó a dictar así: «Al mediodía llegamos a Escalda, y una vez entramos en Faselo, tuvimos al principio viento favorable.» Escribe el secretario; continúa el príncipe: «pasada una hora, se desató con fuerza el aquilón, que agitó las olas del mar de tal manera que la nave hacía así y así». Y cuando pronunciaba estas últimas partículas, moviendo la mano en forma de ola, representaba el movimiento de la nave azotada por el viento y las olas. Se detiene el secretario; nosotros reímos, pues sabe recoger con la pluma las palabras que oye, pero no los movimientos de la mano que ve; y las palabras, sin ninguna otra añadidura, no cobran significación específica. Pero siguiendo nuestro consejo, expresó aquel «así y así» de esta manera (*así ~ y así ~*), de modo que esas mismas líneas onduladas con la pluma correspondiesen al movimiento de la mano y del mar alterado, y significasen el curso de la nave zozobrando.

«Aquí tengo yo» es una aserción simple; pero tiene una significación indeterminada, que la mano concreta. Puesto que si toco con la mano la frente, es: «yo

bien sé qué debo hacer»; y si agarro con la mano la espada, esa frase equivale a ésta: «él que haga o deje de hacer lo que quiera, que en mi mano y en mi espada está el remedio», etc. Por eso, si pretendes escribir estos sentidos a aquellas palabras, «aquí tengo yo», debes añadir algo; por ejemplo: «aquí en la mente», etc.; «aquí en la espada», etc.; o algo similar. De esto es ilustrativo Plauto, quien en *Pseud.* exclama: «Aquí hay cinco minas»; pues el adverbio «aquí», que podría parecer amplísimo, queda determinado con la mano para significar la bolsa, ya que aquí señalaba él con la mano. Aquí resultan pertinentes aquellos conocidísimos versos que repetimos los españoles cuando queremos hacer ver la personalidad del que amenaza mucho en vano, a saber:

> Caló el sombrero, metió mano a la espada,
> Y dixo, Voto a Christo, y no huvo nada.

También estas palabras extendidísimas, «voto a Christo», pueden aducirse en diversos sentidos. Pero restringidas por el movimiento de calar el sombrero y agarrar la espada, lanzan amenazas, y cuanto más rápidos sean esos movimientos, más dan que pensar y que temer. Y también dan luego más que reír, si después de tan grandes truenos y relámpagos no hubiera seguido ningún rayo; esto, en efecto, aporta aquella cláusula: «no huvo nada». Esto fue lo que hizo Anastasio Pantaleón en otra situación similar. Enviaba al Marqués de Velada (que entonces era gobernador, etc., en Orán, en África, y cultivaba las artes de Palas en sus dos vertientes, ya que ejercitaba las armas sin descuidar el culto de las musas) un códice manuscrito, y en la carta que adjuntó, escribe así: «Háseme puesto aquí, que este pequeño librito va a lograr el amparo de V. E. (i escrívolo con el índice de la mano derecha entre las cejas), pero al fin va a tierra de moros», etc. Quisiera

yo ver de qué modo escribía Pantaleón con el índice de la mano derecha colocado entre las cejas. Pero vayamos al grano. Aquellas palabras, «Háseme puesto aquí», sin añadir nada, no significan lo que pretende el autor, pues para que se ciñan a la significación debida, exigen el movimiento de la mano, como describen aquellas voces: «i escrívolo con el índice de la mano derecha entre las cejas». Y entonces, las palabras proferidas con la lengua y el movimiento expresado con la mano, tomados conjuntamente, podrían verterse a este párrafo: «Me ha venido a la mente, y tengo la firme esperanza, de que este librito va a lograr el beneficioso y útil patrocinio de V. E.»

De aquí resulta evidente que se sobreentiende un movimiento de la mano amenazante en aquellos celebérrimos versos de Virgilio: después de que Eolo, desatados los vientos a petición de Juno, había agitado el mar Tirreno y hundido, desatada la tempestad, muchas naves de la flota troyana, Júpiter llama a Euro y Céfiro y exclama:

¿Cómo os atrevéis a mostrar semejante audacia?
¿Desde cuándo, vientos imprudentes, osáis, sin mi permiso,
Revolver cielo y tierra, y levantar estas montañas de agua?
Mereceríais... Pero antes es preciso apaciguar las olas.
Después sufriréis castigo con penas no menores.

Y para que le entiendas, conviene que le imagines presente, de modo que tú estés frente a él, y prestes atención a lo que él exclama no sólo con la lengua, sino también con la cabeza, los ojos y la mano, contra la insolencia de los vientos. Pues bien, cuando dice el primer verso, eleva la cabeza, abre en tono furibundo los ojos y eleva a la vez un tanto la mano y la extiende abierta ante la faz. Cuando pronuncia las palabras «cielo» y «tierra», señala con los ojos y la mano esos

lugares de que habla. Y, finalmente, cuando añade «mereceríais...», lanza a los vientos una mirada insolente, mueve hacia ellos el índice extendido, y con la cabeza un tanto inclinada baja la mano diciendo: «pero antes es preciso apaciguar las olas», etc.

Esta doctrina nos ayuda a entender algunos lugares sagrados que, si las circunstancias que añaden significación faltan, no pueden explicarse. Se me ocurren muchos y variados; pero, para no ser prolijo, aduciré uno o dos.

En el capítulo cuatro de la Historia de Cristo, san Juan escribe esto: «ἦν δὲ ἐκεῖ πηγή τοῦ Ἰακώβ. ὁ οὖν Ἰησοῦς κεκοπιακὼς ἐκ τῆς ὁδοιπορίας ἐκαθέζετο οὕτως ἐπὶ τῇ πηγῇ. «Estaba allí la fuente de Jacob. Jesús, fatigado del camino, se sentó así encima de la fuente.» Pero, dime, te lo ruego, ¿cómo se sentó Cristo? «Así», dice el evangelista. ¿Qué denota ese «así»? Respondo: que esas palabras quedan restringidas por la acción, y no pueden entenderse sin ella. Digo, pues, que el evangelista se sentaba cuando narraba esta historia, para que el sentido sea: «se sentó Jesús encima de la fuente así, como yo me siento». De ahí, que quienes estaban presentes y veían a Juan sentado no podían ignorar de qué manera se había sentado Cristo encima de la fuente; nosotros, en cambio, que no vemos a Juan sentado, ignoramos cómo se sentó Cristo encima de la fuente, y consideramos que nos basta saber que él se sentó.

Y, ciertamente, apenas se encuentra en los libros la voz οὕτως, «así», sin que se concrete por medio de una externa. Y esto nos lo muestra Plauto, quien, en *Aul.*, escena 1, acto 2, escribe: «¿Qué dices? C.: así estoy, como ves.» En donde, como puedes observar, para saber qué valor comporta ese «así», y dado que no puede percibirse sólo con el oído, se invoca la ayuda de los ojos. Considera aquellas palabras de Plauto que se

leen en *Men.,* escena 2, acto 4: «Quita la mano. Se coge así. Apresuraos en mi ausencia a comer las viandas.» Son palabras de una esposa sumamente rígida, que increpa al varón, herida por la liquidación, en su ausencia, de las viandas. Y lo mismo sucede en el pasaje de *Pseud.,* escena 2, acto 1, concordante con el anterior: «Se da así, si un siervo desprecia al señor.» En ambos lugares aparece con toda claridad ese «así»; pero queda concretado por el golpe mismo.

Entre los poetas, el «así», cuando en el discurso se aplica a verbos, es concretado y entendido por medio de esos mismos verbos. Como en el pasaje de Virgilio, libro 6: «Así habla llorando», etc., en lugar de lo que Homero había dicho: ὥς ἔφατο, y otras veces, ὥς εἰπὼν. Si se trata de algún movimiento del cuerpo, la voz «así» queda concretada y determinada por la posición del cuerpo, como es de ver en Virgilio, *Eneida* 4, pues canta:

Que así venga: y tú también ciñe las sienes con las
[ínfulas sagradas, etc.
Así dice, y ella aceleraba el paso con senil afán, etc.
Dicho esto, y con los labios hundidos en el lecho murmura:
[moriré sin ser vengada;
Pero he de morir, que así me place, así descender al reino
[de las sombras.

Y todo esto prepara mi mente para entender aquella exclamación de Amán tan provechosa para Mardoqueo. La historia es muy digna de consideración, porque nos enseña a no confiar nunca en el poder de la iniquidad. Mucho puede y suele prometerse la temeridad; pero Dios está de parte de los justos, y la iniquidad miente para sí. Por eso, tanto para ejercitar el intelecto, como para afianzar nuestra voluntad en la imitación de la virtud, consideremos atentamente las siguientes líneas.

Ciertamente, Amán, a petición del rey, vociferaba, sin duda a pesar suyo: «Así será honrado aquél a quien el rey quiere honrar.» Quienes estaban presentes no tenían necesidad de más palabras, pues ese «así» que oían quedaba restringido por la solemne pompa que veían. Pero nosotros, que no la hemos visto, tenemos necesidad de su descripción para entender el valor de esa misma voz. El libro Ester, cap. 6, la dilucida; por eso transcribo los párrafos siguientes:

> Entonces dijo el rey: «¿Quién está en el atrio?» Amán había venido al atrio interior de la casa para pedir al rey que mandara colgar a Mardoqueo de la horca que le había preparado. Los servidores le respondieron: «Ahí está Amán en el atrio». Y dijo el rey: «Que entre». Entró Amán y el rey le dijo: «¿Qué ha de hacerse con aquel a quien el rey quiere honrar?» Amán se dijo a sí mismo: «¿A quién otro ha de querer honrar el rey?» Y contestó: «Para honrar a quien el rey quiere honrar, habrán de tomarse las vestiduras reales que se viste el rey, y el caballo en que el rey cabalga, y la corona real que ciñe su cabeza, y dar el vestido, el caballo y la corona al más noble de los príncipes y mandatarios del rey para que vistan a quien el rey quiere honrar, y llevándole en el caballo por la plaza de la ciudad, vayan pregonando ante él: «Así será honrado aquel a quien el rey quiere honrar.» El rey dijo a Amán: «Coge ya el vestido y el caballo, como has dicho, y haz eso con Mardoqueo, el judío que se sienta a la puerta del palacio. No omitas nada de cuanto has dicho.» Cogió Amán el vestido y el caballo, vistió a Mardoqueo y le paseó a caballo por la plaza de la ciudad, gritando delante de él: «Merecedor de este honor es aquel a quien el rey quiere honrar.»

He aquí que lo indicado por ese «así», que pudo ser captado con una sola mirada, no ha podido ser expre-

sado, sino a través de muchas palabras. Hay también otros muchos lugares en los Libros Sagrados en los que la voz «así» queda concretada y determinada por un acto externo.

Resultará útil añadir otra historia, en la cual, la ὁμονομίαν, la «homonimia», que pudieran tener las palabras en sí mismas, la elimina Cristo tocando su pecho con la mano. Entró Jesús en el templo, y encontró a los vendedores de bueyes, de ovejas y de palomas, y a los cambistas, etc.; quienes para lucrarse de los sacrificios habían convertido el culto de Dios en un mercado. Parecían, sin duda, decir tácitamente:

Llévate la ganancia, y no habrá ni altar ni Júpiter alguno.

Entonces, el Señor, haciendo de cuerdas un azote, a latigazos (ya que con palabras había sido inútil) los expulsó del templo, echó fuera a los animales, derribó las mesas y derramó el dinero. Había mercaderes con poderes pontificios y cesáreos, ya que debido al lucro que de allí emergía, tenían permiso de los príncipes, de los sacerdotes y de los ministros del César. Por eso, considerando que ellos no podían ser arrojados del templo, sino por una autoridad divina, gritaban los expulsados: «¿Con qué signo, prodigio o milagro pruebas que tú actúas con autoridad divina al hacer todo esto?» Y el Señor, tocándose el pecho les respondió (Juan 2, 19): Λύσατε τὸν ναὸν τοῦτον, καὶ ἐν τρισὶν ἡμέραις ἐγερῶ αὐτόν. Εἶπαν οὖν οἱ Ἰουδαῖοι τεσσεράκοντα καὶ ἓξ ἔτεσιν οἰκοδομήθη ὁ ναός οὗτος, καὶ σύ ἐν τρισὶν ἡμέραις ἐγερεῖς αὐτόν; ἐκεῖνος δὲ ἔλεγεν περὶ τοῦ ναοῦ τοῦ σώματος αὖτοῦ. «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Replicaron los judíos: cuarenta y seis años se han empleado en edificar este templo, ¿y tú vas a levantarlo en tres días? Pero Él hablaba del templo de su cuerpo.» Tan rudamente toma-

ron los judíos estas palabras, que sirvieron para incriminar a Jesús en el tribunal, y luego de irrisión en la cruz. La acusación se lee en Mateo 26, 61: Οὗτος ἔφη. Δύναμαι καταλῦσαι τὸν ναὸν τοῦ Θεοῦ καὶ διὰ τριῶν ἡμερῶν αὐτὸν οἰκοδομῆσαι, «Éste ha dicho: Yo puedo destruir el templo de Dios y en tres días edificarlo.» Y según lo recoge Marcos 14, 58: Algunos se levantaron a testificar contra Él, y decían: ὅτι ἡμεῖς ἠκούσαμεν αὐτοῦ λέγοντος ὅτι Ἐγὼ καταλύσω τὸν ναὸν τοῦτον τὸν χειροποίητον καὶ διὰ τριῶν ἡμερῶν ἄλλον ἀχειροποίητον οἰκοδομήσω. «Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este templo, hecho por mano del hombre, y en tres días levantaré otro que no será hecho por manos humanas.»

Lees todo esto, e inmediatamente descubres que estos testigos que recuerda Marcos son falsos; pero los que recuerda Mateo, no percibes que sean falsos. Más aún, la falsedad y la iniquidad de los últimos testigos se aprecia en los epítetos χειροποίητον, «hecho por mano del hombre», y ἀχειροποίητον, «no hecho por la mano del hombre», ya que el Señor no pudo decir tales epítetos. En cambio, en el testimonio de los primeros, no ves qué puedas tachar de falso. Pero otros sí lo perciben. En primer lugar, aunque, efectivamente, sea verdad que Cristo puede destruir (derribar) el templo de Dios, sin embargo, no es verdad que Cristo lo haya dicho. Pues Él no dijo Δύναμαι καταλῦσαι, «puedo destruir», sino Λύσατε, «destruid». Lo cual basta para quedar violada la veracidad del testimonio. En segundo lugar, ha de pensarse en una concreción de la amplitud del sentido. Había dicho Cristo, y declaran en el tribunal los testigos: τὸν ναόν, «el templo». Pero, ¿qué templo? Cristo, tocándose el pecho, había dicho τοῦτον, «éste». Y los inicuos testigos ponen en su lugar τὸν τοῦ Θεοῦ, «el templo de Dios», denominación por la que era conocido el de Jerusa-

lén. Por tanto, Cristo había dicho «este templo», esto es, «su cuerpo». Y se arguye que dijo «aquel templo de Dios», que, efectivamente, había sido edificado en cuarenta y seis años.

De aquí se desprende que la voz ὁ ναός, «el templo», se toma en sentido propio y en sentido metafórico: en sentido propio significa el templo hecho por las manos del hombre; y en sentido metafórico, el cuerpo del hombre justo. Dice, en efecto, san Pablo (I Corintios 6, 19): ἢ οὐκ οἴδατε ὅτι τὸ σῶμα ὑμῶν ναὸς τοῦ ἐν ὑμῖν ἁγίου πνεύματός ἐστιν, οὗ ἔχετε ἀπὸ Θεοῦ. «¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios?» Y se toma en sentido propio a menos que concurra una razón y causa para que se tome en otro sentido. Por tanto, si elevando la mano hacia los muros hubiera dicho Cristo: τὸν ναὸν τοῦτον, «este templo», estaría hablando del templo hecho por la mano del hombre. Pero como había dicho: τὸν ναὸν τοῦτον, «este templo», tocando con la mano su pecho, hablaba del templo de su cuerpo.

Y, sin duda, es tan cierto que la voz «templo» es tomada por «varón justo y santo», que no necesita más prueba. El Apóstol transmitió esta doctrina a los corintios diciendo (I Corintios 3, 16): οὐκ οἴδατε ὅτι ναὸς Θεοῦ ἐστε καὶ τὸ πνεῦμα τοῦ Θεοῦ οἰκεῖ ἐν ὑμῖν; εἴ τις τὸν ναὸν τοῦ Θεοῦ φθείρει, φθερεῖ τοῦτον ὁ Θεός · ὁ γάρ ναὸς τοῦ Θέοῦ ἅγιός εστιν, οἵτινές ἐστε ὑμεῖς. «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá. Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros.» Y de manera aún mucho más clara y más acorde con las palabras de Cristo habla luego, cuando dice (I Corintios 6, 19): ἢ οὐκ οἴδατε ὅτι τὸ σῶμα ὑμῶν ναὸς τοῦ ἐν ὑμῖν ἁγίου πνεύματός ἐστιν, οὗ ἔχετε ἀπὸ Θεοῦ, καὶ οὐκ

ἐστὲ ἑαυτῶν; «¿O no sabéis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y que habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenece?» Y en la segunda epístola a los mismos (II Corintios 6, 16): ἡμεῖς γὰρ ναὸς Θεοῦ ἐσμεν ζῶντος: καθὼς εἶπεν ὁ Θεὸς ὅτι ἐνοικήσω ἐν αὐτοῖς. «Pues nosotros somos templo de Dios vivo, porque Dios dijo: "Yo habitaré en ellos".»

También entre los gentiles aparece esta voz con tal acepción. En efecto, Lucrecio, que vivió antes de Cristo, llama (libro 5) a los secretos profundos del alma «templos de la mente». Y aquí cabe referir las palabras de Estratón, que quizá no entendió bien Ateneo, ni tampoco Erasmo, quien escribió sobre ello muchos apotegmas, pues, al contemplar los templos de Melisa, adornados con preciosos tesoros, y a los ciudadanos, despojados y más bien desnudos de buenas costumbres, los increpó Estratón exclamando: «¡Oíd oh templos!», como si dijera: «vosotros sois los verdaderos templos, y debéis adornaros con la elegancia de las virtudes». De ahí que los Padres de la Iglesia, en sus sermones, frecuentemente incriminan a los pecadores porque no conservan la debida pureza de cuerpo y de alma. Según escribe Aurelio Prudencio contra Símaco, así habla Dios:

El templo de la mente amo, no el de mármol áureo.
En él residen los fundamentos de la fe.
Con estructura nívea se alza, apoyándose en la piedad.
La cúpula cubre lo arduo[20].

---

[20] Dice la Regla LXXVIII del derecho canónico: «No cabe aducir en una reclamación lo que alguna vez fue concedido por necesidad.» Mas si bien, a veces, en caso de necesidad debe concederse algo que está más allá de lo que es justo, sin embargo, nada puede concederse en contra de la justicia. Supone esto el poeta en este verso, pues a sabiendas puso la palabra «arduo», se-

Por el suelo interior se esparce la justicia,
Adornada con la flor roja de la honra,
El pudor es nutricio y cuida los atrios.
Esta morada es apta para mí.
Esta[21] pulquérrima sede me acoge,
Digna del eterno y celeste huésped.

Los pronombres *éste, ésta, esto* y *ése, ésa, eso,* como ya hemos advertido repetidas veces, son abstractos y genéricos (o si quieres, son equívocos), y deben quedar restringidos por el nombre que sobreentienden; pero frecuentemente, a menos que concurra la mano, aquél no se conoce en absoluto, como muestran las siguientes historias.

Vociferaba Calígula en cierta ocasión, y decía: «iré, y éste conmigo». Y la curiosidad de los eruditos trata de descubrir quién es ése que un indignado Calígula grita que va a ir con él. Respondo: el pronombre «éste», si se atiende solamente a los oídos, precisa de un sustantivo al que adjuntarse. Ahora bien, en esta exclamación no aparece ningún nombre al que pueda referirse; pero dado que aquí los ojos auxilian a los oídos y observan el movimiento de las manos, saben que el pronombre «éste» se refiere, no a algún Marte o Hércules, sino a su propia espada, pues su mano agarrada a la espada restringe de manera evidente la amplia significación aparente. Oigamos a Suetonio, quien describe con esmero y exactitud todas las circunstancias. «Iré, dice, iré y éste conmigo: sacudiendo repetidas veces la empuñadura de la espada con la que iba armado.» Y fíjate en que, obviamente, por ese nombre, «espada», se entien-

---

guramente para advertir que la justicia debe observarse no sólo en las cosas fáciles, sino también en las arduas y difíciles.

[21] La voz «esta», que aparece repetida dos veces, sonará de manera débil a menos que se ayude con el movimiento de la mano.

de, no sólo el hierro y la funda, sino también los arreos (en español, «los tiros») y demás.

Y, ciertamente, sin el movimiento de la mano quedarían indeterminadas las siguientes palabras de Plauto: «Como éste es jefe, así él es pedagogo.» Y en *Captiv., prólog.:* «Éste tiene la apariencia de aquél; y aquél, la de éste.» Terencio, en *Eunuc.:* «id por aquí todos vosotros: y que os vaya bien y aplaudid». Plauto, en *Curc.,* escena 3, acto 5: «Éste es su hermano; ésta, su hermana»; y en *Milit.* 3, acto 2: «¿Quién es aquella mujer?»; y en *Pseud.,* escena 5, acto 1: «Hoy pagarás el dinero con estas manos»; y en *Most.,* escena 1, acto, 1: «Tu tibi istos habeas (en español, «tente tú para ti») estas tórtolas, peces, aves», etc.

El pronombre «Este hombre», si tocas con la mano tu pecho, lo restringes a primera persona, para convertirse en «Yo». Así, por ejemplo, Plauto, en *Curc.,* escena 3, acto 2: «Sólo este hombre (habla así tocándose el pecho) es el que lo sabe por inspiración divina, esto es, sólo yo lo sé por inspiración divina.»

El Coridón virgiliano, en la Égloga 2, dice así:

Tengo una flauta hecha de siete cañas diferentes,
Como regalo que una vez me hizo Dametas,
Quien cuando iba a morir dijo: ésta eres el segundo
[en poseerla.

Por tanto, en las palabras de Dametas el pronombre «ésta», restringido por la mano que ofrecía la flauta, significó una determinada «flauta».

Las palabras aquellas de la sacerdotisa de Febo y Trivia que se leen en Virgilio, *Eneida 6,* a saber:

No es el momento de gastar el tiempo en estos espectáculos,

Exigen que, cuando la mencionada sacerdotisa pronunciaba el pronombre «éstos», ella mostrase con

la mano la escultura de las alas de Dédalo, los altares por él erigidos y custodiados y las historias representadas en las paredes.

En el mismo Marón, *Eneida,* 9, aparecen estos versos:

Saliendo entre las sombras de la noche, el foso cruzan;
Se internan en el campamento enemigo,
Pero antes llevarán la muerte a muchos.
Por doquier ven soldados sumidos en la embriaguez y
[el sueño,
Tendidos en la hierba; carros inmóviles por la orilla.
Y entre las ruedas y arreos duermen sus conductores,
Entre las armas desperdigadas y entre cubas de vino.
El primero de los Hirtácidas así habla:
«¡Eurílalo, hay que dar un golpe de mano!, la ocasión nos
[invita.
Por aquí está el paso. Tú custodia y en derredor vigila,
Para que nadie nos sorprenda por la espalda,
Que yo haré esto accesible *(haec ego vasta dabo)* y te
[abriré ancha senda.»

Y en los primeros versos reconozco que el arte militar en aquella época estaba aún balbuciente, apenas salido de la cuna; ahora, por el contrario, cuando hay peligro, de otra manera se permite dormir a los soldados. Ciertamente, en la toga se es audaz con la palabra; en la pelea, en cambio, hay que ser audaz con la espada; no debemos, en efecto, obtener victoria en las disputas con los puños, ni vencer al enemigo en la pelea con palabras. «Por aquí está el paso», y lo señala con la mano. Añade: «tú vigila». Pero ¿qué? El camino que había señalado con la mano. Y entiende así el *haec ego vasta dabo,* para que el *dabo* sea *faciam* y adquiera sentido: yo, toda esta planicie que señalo con esta mano, es decir, toda esta área que ves llena de soldados, «la daré desolada», esto es, como dice Ascensio, la haré accesible, sin obstáculo.

¿Y cómo sin el movimiento de las manos pudieron proferirse o entenderse estos versos? (Virgilio, *Eneida,* 11):

Hay un valle tortuoso y profundo,
Propicio para sorpresas y astucias de la guerra;
Cubren ambas laderas espesas frondas;
No hay otro acceso que un pequeño sendero entre angostas
[y arriesgadas hoces.
Sobre él, en la cima del monte, se extiende una llanura,
Oculta a los ojos, puesto cómodo y seguro,
Ya se trate de caer sobre el enemigo por la derecha o por
[la izquierda,
Ya se quiera apretarle desde lo alto con grandes peñas.
Hacia aquí se dirige el joven héroe, por caminos conocidos.
Y apoderándose de la posición, se atrinchera en el pérfido
[bosque.

Languidecerán, igualmente, estos versos a menos que se ayuden de la acción y de la pronunciación. Así arengaba Palante, el más valiente de los soldados, a los suyos (Virgilio, *Eneida,* 10):

¿Adónde huís, amigos? ¡En nombre de vuestras famosas
[hazañas,
En nombre de Evandro, que tantas veces os condujo a la
[victoria,
En nombre de mi esperanza que entra a emular las glorias
[de mi padre.
No busquéis vuestra salvación en la huida!
A hierro hemos de abrir camino entre los enemigos.
Por allí, por donde más espesa está la enemiga hueste;
La sagrada patria lo exige de vosotros y de vuestro jefe
[Palante.
No nos combaten dioses; somos mortales y por mortales
[atacados[22].

[22] En la expedición araucana leemos que los habitantes de aquella región, antes de hacer frente a un soldado español, quisie-

Tenemos tantos pechos y tantos brazos como ellos.
Por aquí el mar nos cierra el paso; por allí la tierra no da
[para más fuga.

Cerremos esta sección reproduciendo una historieta (caso de ser digna de tal nombre, lo que no veo cómo pueda probarse) que se cuenta de un santo N (pues se cuenta de varios). La resumo: Está en oración un santo varón a la vera de un camino, y un prófugo, que era buscado, bien por guardianes para encadenarlo, bien por enemigos para matarlo, ruega al santo que no diga a los que vengan detrás que él ha pasado por allí. El prófugo escapa; queda el santo; llegan los guardianes y le preguntan si alguien pasó por allí. Y el santo, llevando la mano derecha a la manga izquierda, respondió: «nadie ha pasado por aquí», es decir, por esta manga.

Esta historia se cuenta muchas veces de san Francisco. Y los intérpretes se agobian para exponer qué movimiento hizo el santo con la mano cuando dijo, «nadie ha pasado por aquí»: pues unos afirman que llevó la mano a la manga; otros, al capucho; otros, que se había rascado el oído. La primera sentencia prevalece entre los españoles, y es transmitida por Ángel, en *l. qui vas. §. Qui ex voluntate* D. *de furto,* y por otros doctores. Defienden la segunda sentencia: Nevizanus, en *Sylv. nupt.,* libro 3, *verb. Monitoriae,* núm. 31; Juan de Anna en cap. *qui cum furt;* Flo., en *§ si tibi judicium;* Afflictus, en *constit, in qu.,* columna 3; y otros. Y la terce-

---

ron dilucidar dos cuestiones muy controvertidas entre ellos. Una, «si el caballo y el hombre, en la equitación, era un único y simple animal»; otra, «si los españoles eran inmortales». Y como vieron que el caballo se separaba del hombre, y que éste estaba sujeto a muerte, tomaron las armas, y se lanzaron intrépidamente contra el soldado invasor.

ra es del agrado de otros, además de Ángel, en *leg. § si tibi judicium D. de cond. ob turp. causam.* Y llegados a este punto, otros escritores se admiran de que una y la misma cosa sea descrita por diversos de manera tan distinta. Y a estos respondo yo, en *Metametrica., Apoll. Logrogriphic., Mus. VIII,* pág. 242b, núm. 239*, que en los conceptos y en las sutilezas se busca, no tanto la verdad de la historia, cuanto el ingenio del escritor. De ahí que, ya se diga que san Francisco llevó la mano a la manga, ya al capucho, ya a otra parte, siempre resulta el mismo concepto; pues el ladrón no pasó por allí. ¿Y qué pasaría si esto no le hubiera sucedido a san Francisco, sino a otro religioso? ¿Qué, si les hubiera sucedido a muchos? ¿Qué, si a ninguno? Pues que siempre resulta la misma sutileza. Y, por eso, fijándose en esto, don Cristóforo de Benavente, en las *Advertencias* que escribió para reyes, príncipes y legados, en el cap. 22, pág. 504, añadió una cuarta sentencia, escribiendo: «También pudiera decir, "no pasó por aquí", restringiendo en su interior al lugar donde tenía los

---

* La obra a la que aquí se refiere Caramuel es: *Io. Caramuelis Primus Calamus ob oculos ponens Metametricam...* Roma, 1663. Esta obra, una de las más queridas por él, constituye el tomo tercero de su *Cursus Artium Humanarum.* La obra es de difícil y costosa impresión, por las láminas (preciosas) y caracteres inusuales que lleva impresos. La *Metamétrica,* según su autor, «expone la arquitectura poética de los laberintos métricos»: laberintos formados por retóricos, poetas y músicos. Y no debe confundirse con la Métrica de los gramáticos, ya que ésta última se restringe al estudio del uso concreto de los ritmos en la expresión poética; en tanto que la Metamétrica busca determinar la significación figurativa y supralingüística. La *Metamétrica* de Caramuel, además de su valor interno por las aportaciones de su autor a la poesía figurativa, constituye una preciosa e insustituible fuente de información bibliográfica sobre el tema (cfr. G. Pozzi, *La parola dipinta,* Milán, Adelphi Edizioni, 1981) *[N. del T.].*

pies.» Pues, si bien pasó al lado, no había pasado por allí mismo en donde estaba el santo.

Expuesto, pues, este caso (sea verídico o imaginado), el teólogo escrupuloso desea saber, si el santo Francisco, o quien sea, que eludió de este modo las diligencias de los guardianes, realmente mintió.

Quizá a alguien le parezca que mintió cortésmente; pues la respuesta queda restringida por la pregunta; y los guardianes preguntaban si había pasado «por el camino», no «por la manga». Por tanto, esas palabras, «no ha pasado por aquí», restringidas por la pregunta, adquieren este sentido: «no ha pasado por este camino»: pero había pasado; por tanto, esas palabras contenían una mentira cortés. Y quizá se piense que con esta actuación no sufren menoscabo alguno el honor y la estima del santo. Pues todos los hombres, incluso los más santos, cometen pecados veniales, y, entre éstos, la mentira cortés se halla en el puesto más bajo. Por tanto, no se hará injuria al santo por poner esta pequeñita falta entre las leves que sabemos cometió. Emprendió esta vía el padre Ioannes Poncius, varón realmente docto y religioso de la Orden del seráfico san Francisco, quien, sin duda, hubiera emprendido otra de haber percibido que por ésta quedaría perjudicado, aun en lo más mínimo, el honor del santo. El propio autor, luego de reproducir la historia en el núm. 61 del t. 4, in 3 sentent., dist. 38, *quaest. unic.,* pág. 607a, con palabras de Navarro, *Manual,* cap. 12, núm. 8, en el núm. 62 escribe lo siguiente:

> Yo sinceramente confieso que estas explicaciones no me satisfacen, a menos que en alguna otra parte haya una razón o autoridad para legitimar su uso. Pues, como luego se dirá a lo largo de los principales argumentos dilucidatorios, no es necesario salvar todos los hechos de los santos de pecado venial, y por consiguiente, no se sigue que si ellos lo

cometieron en algún hecho o dicho, éste era lícito y no pecado venial, etc.

Pero yo, ciertamente, opino de otra manera; pues una culpa grave hacia Dios puede y suele no dañar al honor del hombre; y una leve, en cambio, puede y suele menoscabar gravemente el honor de los nobles. Pues a tal punto han llegado las corruptas costumbres de algunas gentes, que la simple fornicación entre los españoles y la embriaguez entre los germanos, etc., no causan infamia alguna; y, en cambio, entre los varones honrados la mentira es tan grave desde el punto de vista civil, que el deshonor causado por el verbo *mientes* no suele borrarse más que a hierro y sangre. Con balanza fiel pesaba la gravedad civil de la mentira don Antonio de Vera, pues decía (en su *Embaxador,* discur. 2, f. 112): «Tan lexos de su dignidad y obligación halló que era el mentir aquel Gran Embaxador, Duque de Sessa, que muy discretamente dezia, "Que los rallos de los confessionarios no sabia para que otra cosa se pudiessen haver inventado, que para confessar un pecado de mentira", juzgando por impossible (tal lo affeaba) que cara a cara se pudiesse hazer (es decir, se pudiesse confessar).» Por eso, apoyándome en ese mismo fundamento, fijo así mi opinión:

Digo, en primer lugar, que la respuesta, en caso de que adolezca de equívoca, queda restringida por la pregunta. Y supongo esto como muy cierto e indudable. Digo, en segundo lugar, que un hombre no tiene por qué responder, si se le pregunta en privado. Y ésta es también doctrina común que por nadie puede negarse. Digo, en tercer lugar, que el santo aquel pudo no responder, pues no se le interrogaba legítimamente. Digo, en cuarto lugar, que él, de facto, no respondió. Pues dijo, como si nadie le preguntase, «nadie ha pasado por aquí»; y dado que ese «aquí» era equívoco, lo

restringió con la mano, para significar «por la manga». Pero —dices— ellos no advirtieron el movimiento de la mano. ¿Y qué se infiere de eso? El santo no tenía la obligación de advertirles, y si fueron incautos, allá ellos.

Finalmente, como antes decía, si se considera bien el asunto, entre las circunstancias consignificantes, con razón se enumeran: el tono de voz, el movimiento de las manos, etc.; pues las mismas palabras, pronunciadas con tal tono de voz, son series afirmativas; con tal otro, en cambio, son tomadas en sentido interrogativo; con tal otro, en sentido irónico. De una manera arquea los labios y las cejas, quien anima y elogia; y de otra, quien desdeña. Para mejor ilustrar esto reproduzco las palabras de Eleonor, quien, en el acto 3 de la comedia titulada *Como amante, y como honrada,* cuyo autor es el doctor Juan Pérez Montalbán, con voz trémula y labios titubeantes dice así:

Vino pues, y al momento.
(No es fácil proseguir, aunque lo intento;
Porque al pensarlo el alma desfalleze:
Y la lengua enmudece
Al quererlo decir, como corrida
De no bastar a pena tan crecida,
Que es para pena de la misma pena
Dexarse referir a boca llena,
Sin que el ansia lo escuse,
El dolor lo rehuse,
O sin que bachillera la fatiga
Se adelante a la voz y ella lo diga).
Ma ya, que es fuerza, que lo cuente el labio
A pesar de los ascos del agravio,
Oye, y mírame a un tiempo todo junto,
Que es circunstancia de tan gran asunto,
Que a decirle no bastan las razones,
Y se ayan de valer de las acciones,

Para que su verdad quede explicada,
Pues con lengua turbada,
Con labio balbuciente.
Arrugada la frente,
El corazón en lágrimas deshecho,
Pálido el rostro, revoltoso el pecho,
La voz difunta, la congoja viva,
Y qual fuente cautiva,
Que el yelo texe, y el calor quebranta,
Añudada la voz a la garganta,
Mi ansias tengo de contarte atrozes,
Con los affectos mas que con las vozes.

Por tanto, a veces, los gestos y las acciones externas expresan mejor que las propias palabras las pasiones y turbaciones del alma.

NOTA

Hablando en general, los hechos humanos se significan por medio de la mano; por eso se dice que hablamos con las manos cuando con hechos y obras significamos la interioridad del alma. Así lo afirma el Excmo. doctor don Pedro Francisco Paserino, en el muy erudito libro que se titula *Problemata legalia;* pues allí, en el *syntagm.* 7, pág. 277, dice: «Es doctrina unánime de los doctores que la voluntad se declara, bien con palabras, bien con hechos, ya que los hechos también hablan, como bien dijo Hering., en *De Fidejussorib.,* cap. 11, núm. 54 y sigs.»

This page intentionally left blank

COLECCIÓN
CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO

This page intentionally left blank

Títulos publicados

Últimos títulos publicados

Teeteto, Platón. Edición de Serafín Vegas González.
Pensamiento y poesía en la vida española, María Zambrano. Edición de Mercedes Gómez Blesa.
El príncipe, Nicolás Maquiavelo. Edición de Ángeles Jiménez Perona.
Relación del escepticismo con la filosofía, G. N. F. Hegel. Edición de María del Carmen Paredes.
La ciudad del Sol. [Diálogo poético], Tomasso Campanella. Edición de Álvaro Otero.
La deshumanización del arte, José Ortega y Gasset. Edición de Luis de Llera.
Las reglas del método sociológico, Émile Durkheim. Edición de Gregorio Robles Morchón.
Sobre el poder del Imperio y del Papa. El defensor menor. La transferencia del Imperio, Marsilio de Padua. Edición de Bernardo Bayona y Pedro Roche.
Cuestiones divinas (Ilāhiyyāt). Textos escogidos, Avicena (Ibn Sīnā). Edición de Carlos Segovia.
Contra heterodoxos (Al-luma') o lo que deben creer los musulmanes, Al-Aš'ari. Edición de Carlos Segovia.
La lógica considerada como semiótica. El índice del pensamiento peirceano, Charles S. Peirce. Edición de Sara Barrena.
Hacia otra España, Ramiro de Maeztu. Edición de Javier Varela.
La política como profesión, Max Weber. Edición de Joaquín Abellán.
Misión de la universidad, José Ortega y Gasset. Edición de Jacobo Muñoz.
El Corán. Religión, hombre y sociedad. Antología temática. Edición de Carlos Segovia.
Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo. Juan Donoso Cortés. Edición de Juan Olabarría.
El político, Azorín. Edición de Francisco José Martín.
Investigación sobre los principios de la moral, David Hume. Edición de Enrique Ujaldón.
Ensayos económicos, David Hume. Edición de Javier Ugarte.
Teoría de la valoración. Un debate con el positivismo sobre la dicotomía de hechos y valores, John Dewey. Edición de María Aurelia Di Berardino y Ángel Manuel Faerna.
Quirología. Sobre el modo de hablar de las manos. Edición de Julián Velarde Lombraña.

This page intentionally left blank